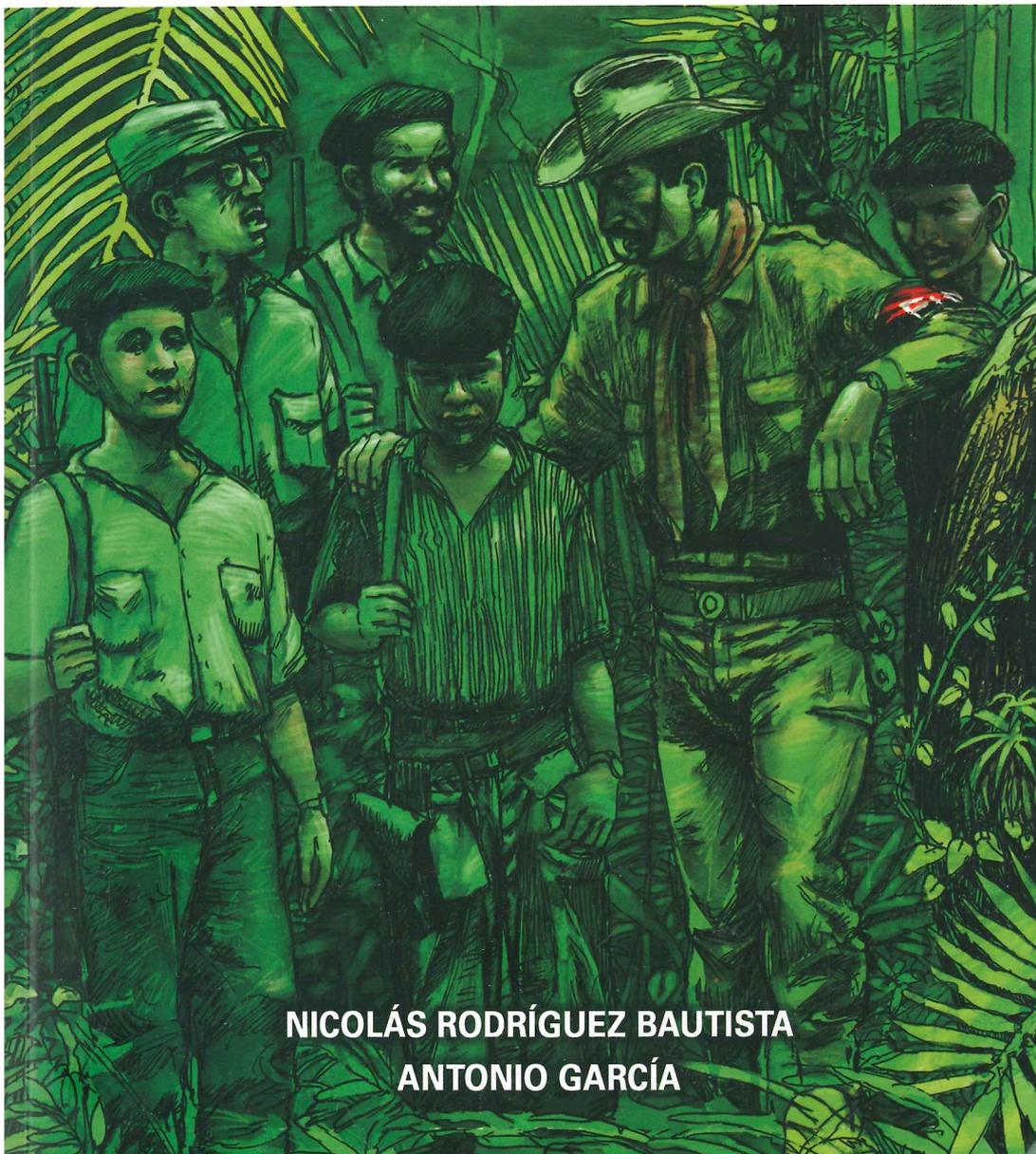


¡PAPÁ, SON LOS MUCHACHOS!

Así nació el Ejército de Liberación Nacional (ELN)
en Colombia



NICOLÁS RODRÍGUEZ BAUTISTA
ANTONIO GARCÍA

¡Papá, son los muchachos!

*Así nació el Ejército de Liberación
Nacional (ELN) en Colombia*

NICOLÁS RODRÍGUEZ BAUTISTA, Gabino, nació el 25 de enero de 1950 en el municipio de San Vicente de Chucurí, departamento de Santander. Integra el Ejército de Liberación Nacional (ELN) desde sus orígenes, circunstancias que se relatan en este texto. Es el Primer Comandante de la organización desde 1998.

ANTONIO GARCÍA, nació el 10 de enero de 1956 en el municipio de Mocoa, capital del departamento de Putumayo. Ingresó al ELN a los 19 años, cuando estudiaba Ingeniería en la Universidad Industrial de Santander, en Bucaramanga. Desde 1983 integra el Comando Central de la organización, de la cual es el Segundo Comandante.

¡Papá, son los muchachos!
*Así nació el Ejército de Liberación
Nacional (ELN) en Colombia*

Nicolás Rodríguez Bautista
Antonio García



LA FOGATA
EDITORIAL

ocean
sur



una editorial latinoamericana

Derechos © 2017 La Fogata Editorial
Derechos © 2017 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-925317-83-1

Primera edición 2017

Impreso en Colombia por talleres de la Corporación Periferia Comunicación Alternativa

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Distal Libros • Tel: (54-11) 5235-1555 • E-mail: info@distalnet.com

Australia: Ocean Press • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Ocean Sur Bolivia • E-mail: bolivia@oceansur.com

Canadá: Publishers Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • E-mail: customerservice@raincoast.com

Chile: Ocean Sur Chile • Tel.: (56-09) 98881013 • E-mail: contacto@oceansur.cl

• <http://www.oceansur.cl>

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavivacol@gmail.com

Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com

Ecuador: Ediciones Populus • Tel: +593 992871665 / +5932 2907039

• E-mail: info@edicionespopulus.com www.edicionespopulus.com

EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador: Distribuidora El Independiente S.A de C.V • Tel: 7900 1503

• E-mail: walterraudales@hotmail.com

España: Traficantes de Sueños • E-mail: distribuidora@traficantes.net

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

Guatemala: ANGUADE • E-mail: anguade.09@gmail.com

México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com

Paraguay: Editorial Arandura • E-mail: empresachaco@hotmail.com

Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com

República Dominicana: Editorial Caribbean • E-mail: ecomercial@editcaribbean.com

Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com

LA FOGATA EDITORIAL

Catálogo, compras online: www.lafogataeditorial.com

Correo: info@lafogataeditorial.com • lafogataeditorial@gmail.com

Facebook: /La Fogata Editorial - Colombia • **Twitter:** @LaFogataEditora

**ocean
sur**



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur
info@oceansur.com

Índice

| | |
|---|-----|
| Nota a la presente edición. En primera persona | 1 |
| Prefacio. Rescatar la memoria vivencial de la guerra <i>Javier Giraldo</i> | 5 |
| Prólogo. La sencillez de la palabra justa <i>Stella Calloni</i> | 9 |
| Capítulo I | 19 |
| Capítulo II | 21 |
| Capítulo III | 23 |
| Capítulo IV | 24 |
| Capítulo V | 30 |
| Capítulo VI | 32 |
| Capítulo VII | 38 |
| Capítulo VIII | 41 |
| Capítulo IX | 53 |
| Capítulo X | 74 |
| Capítulo XI | 108 |
| Capítulo XII | 130 |
| Capítulo XIII | 141 |

Nota a la presente edición

En primera persona

Detrás de cada propuesta que llega a nuestras manos hay una historia. Es cierto que la obra debe hablar por sí misma y un libro suele contar, además, con el recurso del lenguaje escrito para decir lo suyo. Sin embargo, narrar los sucesos que ocurren en torno a su realización es una tarea que nos gusta realizar. Tal vez sea una forma de acercar el oficio de editores a quienes ejercen la grata tarea de la lectura; contar cómo hacemos, cómo se encadenan las necesidades de quien escribe con quienes, finalmente, ponemos manos a la obra para que la idea del libro se convierta en realidad.

En este caso, el momento que vive Colombia fue determinante a la hora de concebir esta edición. Las iniciativas de paz y de participación de la sociedad, aun con dificultades, dan pasos de avance, y nuestra labor no es ajena a esa realidad. **La Fogata Editorial** en Colombia, y **Ocean Sur** en todo el continente, son proyectos vinculados al pensamiento crítico y al movimiento social, leales a un compromiso con la libertad, la justicia y la verdad.

Tras la difusión, en febrero de 2016, del libro *El revolucionario sonriente* – una exquisita fotobiografía de Camilo Torres –, recibimos una invitación particular: un mensaje que nos hizo llegar el Colectivo de Presos Políticos «Camilo Torres Restrepo» que funciona en el penal de Bellavista, en las afueras de Medellín.

Ellos realizan, cada tanto, reuniones a las que convocan a integrantes de movimientos sociales, iglesias y universidades, como parte de los ejercicios de pedagogía para la paz. Allí, los presos del Ejército de Liberación Nacional (ELN) están organizados y promueven el vínculo de su organización con diversas expresiones de la sociedad.

Las negociaciones de esta fuerza insurgente con el gobierno, además, tienen como una de las propuestas centrales la participación de la población. Con esa idea, a partir de la instalación formal de la Mesa de diálogo con el gobierno nacional en Quito, Ecuador, los contactos de los guerrilleros presos con representantes de la sociedad civil se multiplicaron.

Además de la labor social y política que pueden hacer desde la cárcel, los presos del ELN fueron conquistando derechos que deberían ser respetados a cualquier persona privada de su libertad, pero que en Colombia el Estado no respeta. A fuerza de reclamos, argumentaciones e insistencias, lograron que se les permita recibir a docentes y profesores o acceder a seminarios virtuales brindados por Universidades del país y del exterior. De la mano de esa labor educativa, que extendieron al conjunto de los presos, fueron armando una biblioteca de uso común en las instalaciones del penal. Allí hicimos llegar algunos de nuestros libros.

Cuando nos invitaron a participar en una de las visitas junto a integrantes de la iglesia, del ámbito académico y del movimiento social, aceptamos gustosos. Teníamos interés en conocer las condiciones en que los miembros del Colectivo de Presos Políticos desarrollan sus labores, queríamos conversar sobre sus lecturas, preguntarles de las expectativas con las actuales negociaciones de paz. Llevamos nuevos ejemplares de nuestras edi-

ciones y, para nuestra sorpresa, algunos de ellos demostraron conocer nuestra labor. Así fue que nos hicieron esta propuesta.

Los presos del ELN nos hablaron de la existencia del texto que nutre las páginas que siguen. Nos explicaron que, antes de explorar posibilidades de publicación con editoriales comerciales, preferían apostar a proyectos vinculados al movimiento social; también manifestaron interés en que la obra pudiera conocerse más allá de Colombia, con una edición internacional, propuesta que finalmente concretamos por medio de **Ocean Sur** y **La Fogata Editorial**.

Los autores del libro, los comandantes Nicolás Rodríguez Bautista y Antonio García, no están en condiciones de suscribir un acuerdo de edición, ya que se mantienen en la clandestinidad. Quienes sí pueden hacerlo son los guerrilleros presos: por los delitos de los que el Estado los acusa están privados de la libertad ambulatoria, pero son sujetos de derecho como cualquier ciudadano. Así fue que esta edición encontró en el Colectivo de Presos Políticos «Camilo Torres Restrepo» el respaldo formal para su publicación.

Más allá de los acuerdos de La Habana con las FARC y del inicio de la Mesa pública de diálogo con el ELN en Quito, la violencia política sigue siendo un hecho en la cotidianidad del movimiento social en Colombia. La judicialización de la protesta y del pensamiento crítico persisten, las amenazas y asesinatos de líderes sociales son frecuentes y el avance de los acuerdos que buscan una salida política al conflicto armado con las insurgencias parece haber reactivado las redes paramilitares que siempre se beneficiaron con la guerra.

En ese contexto, la estigmatización y señalamiento contra actores culturales o académicos que de alguna manera se vinculan con las diversas expresiones de la trama política y de la historia

4 Nota a la presente edición

reciente de Colombia, entre ellas las insurgencias, cobra ribetes peligrosos, tan preocupantes como la violencia que padecen otros sectores del movimiento popular.

Aun siendo conscientes de ello, nuestra apuesta editorial por textos que reflejen la historia del conflicto armado, sus protagonistas y su actualidad, es una opción consciente. Creemos que, si no desafiamos el manto de silencio y temor que impone el estigma que pesa sobre el pensamiento crítico, poco favor estaremos haciendo a la búsqueda de Paz, y al aliento a una salida política para el conflicto armado en Colombia.

Con esa convicción, y más allá de cualquier prevención, incorporamos este libro a nuestra labor editorial con la certeza de estar aportando a la difusión de la verdad histórica por medio de algunas de sus voces protagonistas. Confiamos en que así sea tomado. Es un testimonio histórico y un texto muy bien escrito. Esperamos que disfruten su lectura.

Los editores
Abril de 2017

Prefacio

Rescatar la memoria vivencial de la guerra

Uno de los retos que todo proceso de paz debe enfrentar es el que se refiere al dilema *memoria / olvido*.

Cuando se reflexiona sobre los caminos para ponerle fin a un conflicto armado, muchos profesionales de diversas disciplinas recomiendan la estrategia del olvido, teniendo en cuenta que la guerra es, también, un desbordamiento de la emotividad, y cualquier ejercicio de recuerdo despertaría nuevamente esa emotividad destructiva.

Otros consideramos que la memoria es uno de los ejes fundamentales de una estrategia de paz no ficticia, pues poner ante la conciencia, lúcidamente, lo ocurrido, es lo único que puede desvelar el sentido y el sinsentido de lo vivido, poner a la vista los hilos racionales o irracionales de las situaciones conflictivas y despejar el camino de un futuro sin conflicto. A mi modo de ver, es imposible construir responsabilidad frente al futuro sobre una base de irresponsabilidad frente al pasado, cuando este queda silenciado o sepultado bajo espesas capas de olvido.

Todos lo sabemos y lo reconocemos: Colombia ha vivido muchas décadas de violencia, de guerra interna, que ha dejado huellas imborrables en toda la sociedad, ya que pocas personas o familias han escapado a sus efectos y secuelas. La literatura sobre violencia inunda nuestras librerías y, dentro de ella, las

crónicas de guerra ocupan un alto porcentaje. Sin embargo, el sesgo es evidente.

Quienes detentan el mayor poder editorial y mediático hacen de la crónica de guerra un instrumento ideológico de promoción de opciones políticas y del modelo vigente de sociedad, pues la crónica bélica nunca es aséptica o neutral. Por ello es ya una tesis de universal aceptación el que la historia la controlan y la dominan los vencedores, es decir, los ejércitos más poderosos, aunque hayan triunfado a contracorriente de toda ética, valor humano y o principio racional.

En el desarrollo de las doctrinas y las técnicas de la guerra, el siglo pasado vio desarrollarse en varios continentes el modelo de *guerra irregular*, y dentro de este el de la *guerra de guerrillas*, luego de comprobar que la normatividad confeccionada por las estructuras internacionales de poder estaba pensada para ejércitos relativamente equiparables, pero que si dichas normas se aplicaran a contiendas entre ejércitos descomunalesmente desiguales, la guerra estaría perdida de antemano por los ejércitos minúsculos en armas, combatientes y recursos, así tuvieran evidente superioridad ética.

Sin embargo, las reglas de juego del modelo vigente condenan de antemano al estigma a la crónica de guerra de los ejércitos disidentes del establecimiento, materialmente minúsculos o vencidos, ahogándolos en los imaginarios del mal, sobredimensionados por su publicidad arrolladora.

Las perspectivas de una solución política a la guerra interna han comenzado a abrir pequeños espacios a la crónica de guerra de los pequeños, de los estigmatizados, de los réprobos o excomulgados por la institucionalidad y el establecimiento dominantes. Esos ejercicios, como el presente, permiten penetrar en campos antes cubiertos por prejuicios y dogmas políticos estig-

matizantes, y entrar en contacto con realidades muchas veces deformadas e insospechadas que permiten confrontarse con situaciones e ideales humanos interpelantes.

Las filosofías modernas han ido sacando la comprensión de los ejercicios de la racionalidad humana del estrecho mundo del conocimiento científico-técnico y han ido descubriendo el papel fundamental que juega el sentimiento en los ejercicios de la razón. Immanuel Kant, Max Weber y Bertrand Russell están entre esos grandes pensadores que han identificado el papel preponderante del sentir en todos los ejercicios de la conciencia.

Para Russell, por ejemplo, «la ética se diferencia de la ciencia en que sus datos fundamentales son los sentimientos y emociones, no las percepciones»,¹ y el sentir humano se alimenta fundamentalmente del relato. Mientras este sea más espontáneo y más arraigado en las cotidianidades que evocan nuestras experiencias de base, más activará el sentir ético que sitúa racionalmente a las personas en su compromiso histórico.

La crónica de guerra que aparece en estos relatos impresionada por su espontaneidad y por dar acceso a una cotidianidad genuinamente campesina, encuadrada en la cultura de la pobreza, donde se encarnan sin tapujos ideológicos los valores de la solidaridad, de la resistencia a la opresión y de la búsqueda de utopías sociales y políticas, dentro de la sencillez más descarnada de las familias y de los conglomerados rurales donde toman cuerpo los sacrificios y tragedias de la guerra, donde el hambre, las penurias y las lágrimas alternan con un ejercicio militar incipiente y precario.

¹ Russell, B.: *Sociedad Humana: Ética y Política*, Cátedra, Teorema, Madrid, 1993, p. 25.

Impresiona descubrir allí los orígenes de una vertiente de la insurgencia nacional, historiografiada de otras mil maneras por el discurso oficial y dominante para ser ubicada mediáticamente en los imaginarios del horror.

Antes de que sea muy tarde, los colombianos debemos rescatar al máximo la memoria vivencial de la guerra, la única que puede construir un sentir ético que roture caminos de paz hacia el futuro.

*Javier Giraldo, S.J.*²

² Javier Giraldo Moreno es sacerdote jesuita. En 1998 fundó la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz, integrada por 45 congregaciones religiosas. Fue coordinador del proyecto Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).

Prólogo

La sencillez de la palabra justa

Este libro está escrito en distintos momentos, en un escenario de luchas, resistencias, clandestinidades y batallas que se dan en condiciones tan asombrosamente dispares que solo pueden ganarse inexplicablemente por los más débiles en armas; pero que sin duda alguna cuentan con la enorme fuerza moral que da la razón, la justicia, la dignidad y otros valores, entre los cuales flota el amor, como un aire fresco en un mundo hostil.

Nicolás Rodríguez Bautista y Antonio García recogen voces, historias y personajes que van dejando estelas de luces, y también de dolorosas pérdidas. Ese grito de: «¡Papá, son los muchachos!», que da título al libro, define el alma, el ánimo de esos adolescentes, casi niños que, sin embargo, cumplen, desde pequeños, tareas de hombres. Lo más extraordinario de lo que nos ofrece esta escritura limpia, transparente, natural como el agua que corre en los arroyos de pueblos detenidos en el tiempo, es que nos hace comprender, con una desafectada intensidad literaria, las razones de una lucha inevitable para los sufridos, desheredados, condenados al olvido, a la desolación, a ser dominados, atrapados sin salida.

No hay caminos, nadie los abrirá para terminar con la injusticia que marca sus vidas no vivas, vidas muertas por la obediencia y la dominación. De la simplicidad de esos pueblos donde todos se conocen, donde existe una solidaridad de base,

donde se ríe y se llora colectivamente, surgirán los combatientes del rocío.

Sucede la relación de los que desde muy jóvenes van cosechando y sus razones de rebeldía, que por diversos caminos los llevarán a encontrar a los que anduvieron años en esa lucha desigual, los dueños de la esperanza, que no se ofrece fácilmente, sino con la responsabilidad del que sabe lo que cuesta enfrentarse al poder brutal.

Pueblos pequeños arrasados por las empresas multinacionales, que se lo llevan todo, que les van ganando sus tierras, acorralándolos hasta que ya no tienen sitios adonde huir.

Esta es la historia contada por los que la hicieron a partir de una decisión de dignidad: el nacimiento de un grupo guerrillero, una columna, que será el corazón del Ejército de Liberación Nacional. No quiero hacer una síntesis política, porque eso está bien narrado, en este libro, cuya mayor belleza es la sencillez de la palabra justa, medida o embellecida por lo que la propia naturaleza despierta en cada uno.

Pocas veces he leído la historia de un comienzo de la formación de un grupo guerrillero que se prepara para entrar en la lucha directa, en el enfrentamiento contra aquel que invade, destruye, mata sin piedad. Es imposible olvidar aquel tiempo de La Violencia, aquellos años después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán un 9 de abril de 1948, una de las primeras grandes acciones de la CIA creada solo un año antes. Asesinado frente a su pueblo que lo amaba, mientras ahí mismo, en Bogotá, se estaba creando la Organización de Estados Americanos (OEA) bajo la manipulación de los enviados de Estados Unidos, que además utilizaron esos momentos de confusión, dolor y terror para conformar la organización que necesitaban para dominar con mayor efectividad mediante ese nuevo ministerio de colo-

nias que rigió nuestras políticas y decidió golpes e invasiones en nombre de la democracia.

Signos ominosos de entones, de ese tiempo feroz, donde los pájaros paramilitares matarían en forma atroz a miles y miles de campesinos, instalando lo que se conocería como La Violencia. Para defender al pueblo nacieron las primeras guerrillas liberales, nació la lucha popular en un país que ya había vivido tantos hechos heroicos, solo basta con recordar las rebeliones en las bananeras. La historia de Colombia fue ocultada a los pueblos de América porque fue la historia de una eterna rebelión. Nadie recuerda que, en los primeros años del siglo XX, Bogotá era considerada la Atenas de América, por los intelectuales de entonces — tan comprometidos — como Gabriela Mistral.

Esa es la Colombia de la que habla este libro, relato, novela, casi el diario de una vida mirada con ojos de adolescente y contada en las voces de todos aquellos que iban a la lucha. No hay historia de héroes, sino de hombres y muchachos simples, con miedos, como debe ser, con errores, con dudas. Esa forma de narrar con transparencia, el impacto de la primera vez que ven morir a compañeros, de la primera vez que se mata al enemigo y se entiende que también es un hombre. Esta narración es muy valiente e íntegra, porque es de personas en lucha de lo que se trata; ninguno se propone ser héroe, van aprendiendo en el camino de peligros infinitos la enorme responsabilidad que significa elegir ese camino sin descanso de la lucha. Es duro el camino bajo vientos helados, con hambre, con sed, pero se aprende a vencerlo todo y a disfrutar un pequeño pozo de agua, como si se alcanzara el cielo.

Pocas veces he leído historias como esta, escenas de luchas, con los tropiezos lógicos, donde no se ocultan los momentos de debilidad o dudas, porque esa es la realidad y esa es la for-

taleza del que va superando cada prueba, creciendo cada día, escuchando a los viejos maestros de voces duras, y capaces de grandes momentos de ternura. Escuchemos esas voces en una página del libro para entender la pureza del tono:

Cuando voy con Segundo a buscar los plátanos, siento que le sale desde lo más profundo la canción que empieza a entonar:

*Allá atrás de las montañas
donde temprano se oculta el sol
quedó mi ranchito triste
y abandonado ya sin amor.*

— ¿Está triste? — le pregunta Alberto, que también nos acompaña.

— Triste no — responde Segundo y, manteniendo los ojos apagados, continúa diciendo —, quizá un poco de nostalgia porque lo bueno sería que los problemas no fueran tantos, que existiera justicia, menos violencia, que el gobierno atendiera al campo, que la policía y el ejército no fueran el símbolo de la represión. Seguramente si la vida fuera diferente, en lugar de empuñar una escopeta, todos los que vamos aquí empuñaríamos un azadón, una rula, y la tierra pariría comida y las gentes tendrían el disfrute hoy de lo que nos proponemos alcanzar después que triunfe la revolución.

Los tres callamos por un momento. Mientras corta un vástago de plátano para bajar un racimo, Alberto rompe el silencio.

— Si llego vivo al triunfo, quiero venirme a sembrar cacao a esta vega — y señala con la mano un plan grande a la orilla de la quebrada La Pitala.

— Qué bueno que llegara ese momento — le contesto yo —, siempre soñé con ser piloto, porque dicen que desde arriba

uno se siente con la cabeza más lúcida para ver el mundo; pero cuando me enteré que para ser piloto necesitaba ser rico, comprendí que mis sueños eran fantasía... Claro que, si llego vivo al triunfo de la revolución, seré piloto.

Y en esta historia en que vemos formarse los cuadros de una guerra de liberación auténtica, que ha transitado tantos años la vida de Colombia y América, vamos a conocer aquella figura emblemática del sacerdote Camilo Torres, en este caso como parte de esta historia, este relato novelado con la belleza de la palabra justa, no efectista, simple como la tierra donde los hechos transcurren. Conocemos — por primera vez en mi caso — otra faceta de Camilo, que tanta poesía, canciones y amores populares despertó e inspiró en nuestra América. Camilo llega un día a encontrarse con el grupo combatiente. Habla con los más jóvenes. Todo lo quiere saber y su presencia, la sencillez de su trato, la sabiduría sobre las flaquezas y las fortalezas humanas, hacen parte de esa especie de diario de una lucha guerrillera que va creciendo día a día.

En esta historia la verdad se revela con todos sus matices. En una parte cuenta el relator:

El padre Camilo pasa cerca de donde me encuentro y me dice:

— ¿Te sientes bien?

— Sí, compañero — le respondo.

— ¿Te sientes bien en medio de los mayores?

— Al comienzo me dio duro, pero ya me he ido acostumbrando.

— Yo conozco San Vicente — me dice, buscando establecer conversación conmigo —. Sus gentes son buenas, laboriosas y luchadoras, he hablado con Carlos de tu familia y quiero que me hables de ellos, de tu papá, de tu mamá y tus hermanos.

—Nosotros somos dieciocho hermanos y veinte con mi papá y mi mamá. Mi hermano Pedro y yo estamos en la guerrilla y dos hermanos estaban presos porque el ejército los encontró en la casa de Alberto; eso fue el año pasado, estos días me comentaron que ya están en libertad.

—¿Por qué los detuvieron?

—Porque estaban en una casa que no era la suya, y allí cerca estábamos nosotros, entonces el ejército dijo que eran colaboradores por ser hermanos míos.

—Qué injusticia. ¿Y ellos son mayores?

—Mi hermano Álvaro tiene quince años y mi hermana Beatriz tiene dieciseis.

—¿Y ahora dónde están?

—Yo no sé, parece que deben seguir presentándose a las autoridades.

—Caramba, todo esto es demasiado injusto, pero es el precio de la lucha. Norberto, cuéntame de tu papá.

Camilo escuchaba cada una de las historias como la del relator, que iba desde las huelgas bananeras a una serie de luchas en las que participó su padre. El Padre Camilo Torres fue conociendo la otra historia nunca contada de Colombia, por esas voces reales:

Mi papá nació en Charalá, Santander, el 29 de junio de 1903; no conoció a sus padres. No pudo estudiar, pues desde muy temprana edad tuvo que trabajar para mantenerse. Él nos contó que cuando tenía once años consiguió empleo en la alcaldía de Charalá, llevando cartas a los municipios vecinos. Ese oficio se lo asignaban a los niños porque corrían más rápido y les pagaban poquito. Cuando cumplió los quince años se voló para San Vicente porque lo acusaban de haber embarazado a una muchacha y lo iban a llevar preso. Allí se dedicó a la herrería, trabajó en el taller del señor Rodolfo

Flores, un dirigente popular que organizó a los artesanos del lugar. En 1927, junto a otros activistas del movimiento, entró a coordinar actividades revolucionarias con los dirigentes de los trabajadores ferrocarrileros y bananeros, todo esto en el área que se extendía a lo largo del río Magdalena.

Y así, como estos párrafos, este libro va describiendo momentos únicos. La historia oral, la razón de ser de la lucha, transmitida desde bisabuelos, con la humildad del heroísmo de vidas desconocidas.

¿Cómo no va a ser ya tiempo de la paz para Colombia, que ha transitado la violencia y la injusticia de generación en generación? En estas páginas podemos ver a Camilo Torres, el sacerdote y el hombre, conmoviéndose a cada paso con todas esas escalas de vidas, con la certeza de que la lucha era el único camino si alguien quería alcanzar una paz justa en un país de extraordinaria belleza, donde sus habitantes no tenían derecho al paraíso de su propia tierra.

El Padre Camilo escucha mi relato sin perder detalle, quizá relaciona esta historia con otras tantas que habría estudiado o conocido. Luego de un instante de reflexión me dice:

—Norberto, te agradezco mucho lo que me has contado. Ya está tarde y el cansancio nos hace daño. Mañana seguramente viene el ejército, es mejor descansar.

Con un gesto que lo caracterizaba, Camilo coloca sus manos en mis hombros y con una mirada cariñosa me dice:

—Hasta mañana, que descanses.

El relator seguirá contando la historia al Padre Camilo Torres mientras se alista para una batalla. Esa intimidad de los momentos necesita ser hablada, de boca en boca, para que no se pierda, enriquecida por detalles increíbles.

La sinceridad con que los autores, a la vez relatores y combatientes, narran los pormenores de los preparativos de las batallas, nada tiene que ver con otros relatos fríos de la historia a la que yo llamo desalmada, sin alma, sin cuerpo, sin escalofríos, sin miedos, sin dolor, sin lágrimas. La lucha misma, en la desigualdad impactante entre una fuerza y otra, se refleja en cada párrafo, convirtiendo a este libro no en un folleto de una guerrilla en su tiempo, sino en algo mucho más profundo: la revelación del hombre frente a los hechos que se registran como son, sin subterfugios inútiles a la hora de la verdad, que necesitamos como el agua. Fue después de esos momentos en que se da una dura batalla contra el ejército. Unos fuertemente armados, los otros con armas absolutamente menores.

Es en esa batalla donde mueren varios de los compañeros que conocimos desde el principio de esta historia, y muere Camilo Torres, un golpe muy fuerte para el ELN y también para toda América Latina.

«Camilo Torres muere para vivir», cantará el uruguayo Daniel Viglietti. Y así es. Ese mismo Camilo afable, sonriente, compañero, camarada, con sed de saber y con la decisión de estar junto al pueblo de Colombia en su lucha, se convertirá en una fuerza de pensamiento y acción para América y el mundo. Será poesía y canción entre los pueblos. Y será símbolo y alma (alma) entre los combatientes.

Este es un libro único en su estilo de transmitir los hechos con tanta lealtad, que hasta duelen. Voces recogidas con amor, porque solo así pueden darse las palabras con tanta sinceridad, tan humanísimas aún en los momentos más crudos. A través del relato en primera persona, la palabra está como tallada en un recuerdo fiel, una memoria que deslumbra con dolores, con alegrías, con críticas también. Hasta la profundidad del

heroísmo se cuenta como algo que transcurre tan sencillamente como la vida en esos pueblitos perdidos, porque tienen que haber sido heroicos para sobrevivir a una guerra de terrorismo de Estado contra el pueblo, como ha sucedido durante tantos años, bajo disfraces de gobiernos democráticos, mientras el paramilitarismo y el ejército sembraban miles de tumbas colectivas que convirtieron el territorio de Colombia en un enorme cementerio.

El pueblo colombiano merece la paz. Es la hora de la paz, es hora que desaparezca toda ocupación extranjera. Colombia no necesita bases militares gringas, necesita paz y justicia. Y América Latina debe agradecer a un pueblo que ha conservado intactas las raíces de su cultura, su música, su escritura, sus sueños, aún entre el horror y la muerte.

Gracias a los autores por este libro, que nos revela causas y consecuencias, en una historia verdadera, con sus luces y sus sombras, como la vida que merece vivirse.

*Stella Calloni*¹

¹ Stella Calloni, periodista y escritora argentina. Recibió el Premio Latinoamericano de Periodismo José Martí (1986), fue corresponsal de guerra en América Central y se especializó en política internacional, lo que le permitió conocer de cerca el conflicto social y armado en Colombia.

CAPÍTULO I

Un hombre frágil, tal vez anónimo, de edad indescifrable o escondida en los vericuetos de su vida, recuerda que a sus trece años se metió con muchos otros niños a la guerra, con las guerrillas de Rafael Rangel, porque la chulavita mataba a los liberales sin importar las edades. La guerra que había desatado La Violencia parecía haber terminado, pero no. Ahora era de otra manera, subterránea, disfrazada a veces, pero igual de trágica y dura; la vida debía empezar de nuevo, pues aquella guerra no había dejado ningún saldo positivo.

Junto con otros cincuenta desheredados, Luis José Solano Sepúlveda, con sus recuerdos entre el bolsillo roto, comenzó a colonizar por Río Fuego en 1961. Su pelea es con Ecopetrol, la *Troco* – Tropical Oil Company – y la Shell, porque en todas esas tierras abunda el petróleo y las empresas no quieren ningún tipo de enredos con los campesinos. Todos ellos permanecen alertas para no dejarse joder. Con muchas mañan se meten clandestinamente y siembran el pasto, luego que este crece tumban el monte y construyen sus viviendas en el lugar apropiado para no ser vistos desde la carretera, y lo mismo hacen con los demás cultivos. Los campesinos más antiguos que ya están asentados en estas tierras los apoyan, porque necesitan más fuerza para resistir.

Los obreros de Ecopetrol les señalan los cuidados a tener en cuenta, así como las precauciones en las discusiones con la empresa; también los alertan cuando el ejército va rumbo a sus fincas con el fin de apresarlos. Cuando Luis José ya es conside-

rado un líder entre este puñado de colonos, se entera que sus enemigos han pagado a un tipo para que lo mate cuando salga a Barrancabermeja. Al descubrir a su futuro asesino, sale a buscarlo junto con otro compañero y se le adelanta en los planes. De ahí en más ya no puede volver a Barrancabermeja.

La pelea sigue. El ejército se mete por las noches con no buenas intenciones, por eso Luis José construye un rancho en el monte para dormir algo más tranquilo y desde allí vigila lo poco que tiene. En esos días habla con Policarpo y Abelardo, y acuerdan que él vaya a San Vicente de Chucurí a buscar a José Ayala para que les ayude. José Ayala lo pone en contacto con Carlos, y con él se orienta mejor en lo que habrá de hacer.

Cuando Luis José regresa a Río Fuego, la situación ha empeorado: la empresa está en disposición de guerra y el ejército está sobre el terreno.

Las cosas no están para pensarlas dos veces. Recuerda que su delito no solo es haber organizado a los vecinos para no dejarse quitar sus parcelas, sino también haber apoyado a los obreros petroleros en su última huelga. En esa oportunidad, junto con Abelardo, Policarpo y cinco mil campesinos de Yarima, Río Fuego, Lizama, Peroles, La Colorada y otras regiones, de manera organizada alimentaron durante tres semanas a los trabajadores en huelga, a quienes Ecopetrol quiso reducir por hambre. Han transcurrido tres años de pelea.

También recuerda que en aquellos días agitados construyó barricadas a las entradas y salidas de Barrancabermeja para enfrentar al ejército y a la policía. Aún tiene presente las llamas que se levantaban de los tres pozos petroleros que ayudó a incendiar; en algún lugar del puerto petrolero quedan los rastros de un inmenso letrero que dejaron escrito: «Preferimos ver el petróleo quemado en nuestra patria antes que permitir que

los yanquis lo roben y lo pongan al servicio de la guerra». Ahora el ejército ha tomado su pequeña parcela.

—La cosa terminó en que yo quemé tres camperos, dos volquetas, dos buldóceres y le regué sal a una maquinaria de la Shell. Yo sabía que al día siguiente el ejército me iba a tumbar la casa con el buldócer y preferí darles antes que ellos me jodieran a mí; después de eso busqué a los compañeros y aquí me tienen, para ver qué hacemos entre todos — nos dirá Luis José Solano Sepúlveda unos años más tarde.

Ahora se ha cambiado el nombre, lo llamamos Leonardo.

CAPÍTULO II

Sergio tiene en sus manos el revólver de Pedro David, veterano comandante de las guerrillas liberales de Rafael Rangel. Se lo ha pedido prestado para curiosearlo.

—Es muy bonito —le dice Sergio, con su timidez llena de picardía.

—Sí, pero muy costoso.

—¿Cuánto le valió?

—Es una historia muy larga de contar —Pedro David agacha la cabeza para seguir colocando el tabaco dentro de su pipa, pero continúa hablando de manera pausada—. Yo no me quise amnistiar en 1953, cuando los acuerdos con Rojas Pinilla, porque varios guerrilleros liberales lo veíamos como un engaño. Ese temor existía en nosotros, pero la presión del Directorio Liberal fue muy grande. Yo le dije a Rangel que no aceptaba la amnistía, y él me comprendió. Nos abrimos veinticinco guerrilleros y buscamos al ala radical del Directorio, pero alguien nos traicionó y fui detenido mientras buscaba los contactos. Como los acuerdos para los amnistiados ya no me cobijaban, me juz-

garon en Bucaramanga y fui condenado a doce años de prisión. De inmediato me trasladan a San Gil, allí empiezo a pagar mi condena en el año 1954. Desde el momento de ingresar a la cárcel tomo la decisión de no quedarme todo ese tiempo encerrado. Allí encuentro gente conocida, descubro nuevos amigos y tengo siempre el apoyo de mi madre. A los tres años me hago ordenanza, es un reconocimiento de confianza que da cierta autoridad en la cárcel. También aprendo carpintería, termino la primaria y, lo más importante, gano el respeto y el cariño de los presos. En los últimos días de noviembre de 1959 organizo mi fuga. Finjo dolor en el apéndice y solicito permiso para la visita médica. Con las expresiones de dolor en mi rostro y entre quejidos, una ambulancia me lleva hasta la puerta del hospital. Los dos guardias me ayudan a bajar de la ambulancia, que no espera nuestro ingreso para alejarse. En el instante que uno de los guardias toma un teléfono y llama a la sección de urgencias para anunciar nuestra llegada, sin vacilar y con mucha rapidez le quito de su pretina este revolvito, le disparo a quemarropa y de la misma manera procedo con el otro guardia. Ambos rodaron moribundos por el suelo. En una sola carrera llego a la vuelta del hospital, donde mi madre y un amigo, que sabían de mi plan de fuga, me esperan en un vehículo con el motor en marcha. De allí partimos a toda velocidad. A los pocos minutos me bajo del vehículo y, junto con otro amigo, tomamos el camino Real que va al municipio de Galán. Luego de un descanso de cuatro días continuamos hacia San Vicente, allí leo en los periódicos los relatos de mi fuga y la muerte de los dos guardianes; me acusan de ser el responsable. Diez días después llego a mi casa paterna en Los Aljibes.

Pedro David deja a un lado su pipa, toma su revólver y termina diciendo:

—Por eso estimo tanto este revólver. Ahora que me incorporé nuevamente a la guerrilla le pedí a Carlos que me dejara portarlo, teniendo claro que está al servicio de la organización.

CAPÍTULO III

—¡Papá, son los muchachos!

El grito de Rosa estremece el plácido ambiente del mediodía de la casa cuando escucha la información que la radio transmite. Son los primeros días del año 1965 y las noticias hablan de un ataque a la población de Simacota, realizado por un grupo de unos cien bandoleros al mando de Fabio Vásquez Castaño. Va corriendo a su cuarto a buscar el pañuelo que le había regalado Pedro Gordillo, amigo del alma de su hermano Nicolás, el último día que se vieron. Le enseña a su papá las letras que Pedro bordó con sus propias manos en una de las esquinas. No tiene dudas, son las mismas tres letras de las que hablan las noticias: E-L-N.

Recuerda las palabras que Pedro le había dicho al entregarle su pañuelo limpio, recién planchado:

—Guárdelo muy bien y que nadie sepa de este pañuelo; después, en algún momento, usted entenderá por qué se lo regalo.

Para ella, para su familia, no son bandoleros como dice la radio: son *los muchachos*.

Desde mucho antes de regalarle el pañuelo, Pedro la molestaba. En la escuela, Flor Duarte, una muchachita de trece años, estaba enamorada de él y lo perseguía. Ambos se mostraban insinuantes y eso a ella le producía celos.

De todas formas, él la seguía molestando, y cuando se encontraban le decía *Rosita*, de una manera especialmente afectuosa.

Y ella le respondía:

— A usted le gustan son otras flores.

Y él volvía a decirle:

— A mí me gustan las Rosas, y las dalias.

Como él sabía que le gustaban los jardines, prometió traerle unas dalias matizadas.

CAPÍTULO IV

En horas de la tarde, como de costumbre, salgo con mi hermano Álvaro para Romelandia. Allí tenemos una sementera donde hay plátano, maíz, yuca, árboles frutales y tres potreros, donde desde hace dos años, llueva o truene, me corresponde ordeñar las tres vacas de leche de mi papá. Transcurren los últimos meses de 1963. Un hombre forastero llamado Carlos, que ha llegado hace pocos días a la vereda, está sentado en un taburete frente al mostrador en la tienda de los Gordillo. Tiene unos veintiséis o veintisiete años, viste una camisa negra, bluyín azul claro y zapatos tenis. Es bastante alto, mide un metro con ochenta de estatura y su mirada es amable, pero con un aire de malicia que no se preocupa por ocultar. Pedro Gordillo dice que es primo suyo, pero no se parecen ni en el caminado.

— Ese tipo no es de por aquí — le digo a mi hermano.

Cuando regresamos, luego de encerrar los terneros, entramos a la tienda con el pretexto de comprar un pan. Tenemos muchas ganas de mirar de cerca al forastero. Sus ojos son de color café claro, sus manos grandes y fuma cigarrillos Continental. El hombre se hace el pingo y se marcha casi de inmediato. Seguramente Pedro lo tiene advertido de nosotros, y no quieren que circulen comentarios sobre su presencia.

Pocos días después vuelvo a verlo junto con otros forasteros tomando cerveza. Se nota que le gustan las rancheras y los tangos que, por cierto, se escuchan bastante en la tienda de los Gordillo.

La recién pasada Violencia ha dejado en la gente de la vereda la buena costumbre de no confiar en los forasteros. Todos nos damos las mañas para indagar sobre ellos, sin que sus allegados sospechen de nuestras averiguaciones. Por eso a Pedro Gordillo, mi amigo del alma, yo no le revelo mis dudas sobre el forastero que anda por la vereda.

Poco a poco Carlos va haciéndose amigo de todos. Su fuerte no es el trabajo material, pero habla de ello con propiedad, sabe los precios del cacao, del café, y raja de los especuladores. Ahora visita con frecuencia a mi papá, con quien habla durante horas de Fidel Castro, de la Revolución Cubana y de la farsa electoral que cada cuatro años se da en Colombia. Carlos, además, sabe trucos con las cartas de la baraja española, y le rinde mucho escribir a máquina. Es amigo de la maestra, quien le consulta cosas para sus clases en la escuela; ella dice que Carlos es muy amable e inteligente. Mis hermanas le toman el pelo a Carlos con la maestra y le dicen si se va a especializar de sobandero, porque la maestra se dislocó un brazo y Carlos le está haciendo los sobijos.

Los vecinos dicen que este forastero es un buen tipo. La amistad que él mantiene con mi familia y con la de Pedro Gordillo ha disminuido en algo nuestros interrogantes, pero no dejan de llamarnos la atención sus continuos viajes y esas reuniones que rompen con la vida rutinaria de nuestro pequeño mundo.

Las visitas de Carlos a mi casa se hacen recurrentes; acompaña por momentos a mi madre, sobre todo cuando ella remienda nuestra ropa en su veterana máquina de coser Singer.

—En esta región, ¿sí hay gente que esté dispuesta a levantarse en armas? —le pregunta Carlos a mi mamá.

—Claro que la hay —responde ella—, pero falta la cabeza que se amarre bien los pantalones y eche las cosas por donde deben ser, y no hagan lo de la banda de Los Picos, que le roba a los demás muertos de hambre.

—¿Por qué no estás estudiando? —me pregunta Carlos cuando estamos solos.

Su pregunta me sorprende, pues no entiendo por qué este forastero se preocupa por mis estudios. Imagino entonces que algo de esto habría conversado con Fanny Ramírez, mi última maestra. Sin darle tiempo para que sospeche de mis inquietudes, le digo:

—Yo hice el tercero de primaria y aquí no enseñan el cuarto, para estudiar toca salir a Bucaramanga o a San Vicente y mi papá no tiene plata para eso.

—Es una lástima —me dice, haciendo un gesto de disgusto con sus labios, pero así es, la mayoría de los muchachos pobres viven la misma situación—. Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Trabajar aquí con mi papá; cuando esté más grande me iré para San Vicente a aprender mecánica y luego me pondré a manejar un carro.

—¿Cuántos años tienes?

—En diciembre cumplí trece.

—Si alguien te ayudara a costear los estudios, ¿los harías?

—Sí señor, yo quiero estudiar.

—Luego hablamos y te digo qué podemos hacer —terminó diciéndome.

Pensar en estudiar es darle a mi vida un rumbo diferente, pienso para mis adentros, pues mi deseo es ser piloto y si no estudio, ahí se queda todo. Ahora, con lo que me dice Carlos,

puedo volver a soñar con los aviones. Me imagino el mundo chiquitico mirándolo desde allá arriba, como dice el libro *El mundo del futuro* que tiene mi mamá.

Sin estos sueños, la vida es distinta. A las cuatro de la mañana me levanto para ayudarles a mis hermanas a moler el maíz para las arepas del desayuno, labor que alterno con mis hermanos Álvaro y Pedro. Cuando ellos muelen yo desgrano el maíz para las gallinas o pelo el bore que se cocina para los marranos. Pero lo que más me afana para levantarme temprano es poder lavarme los dientes con un cepillo seco, pues para los diecisiete hermanos que somos, solo hay siete cepillos.

Las permanentes dificultades que nos trae la vida, por momentos, la hacen aburrida. Como a mi papá le han cerrado los créditos en los almacenes de San Vicente, las provisiones de la familia se agotan a mitad de semana y las necesidades que pasamos son cada día mayores. Todos los días a las siete de la mañana, después del desayuno, me voy para Romelandia a ordeñar las tres vacas, y cuando por alguna razón yo no puedo, lo hacen mis hermanas.

Los miércoles y domingos en la madrugada voy con Álvaro a recoger sangre fresca de la res que matan para la venta, y con ella mi mamá hace el pichón, y así reemplazamos la carne tan cara y escasa para nosotros.

En esta tierra de apodos las familias son más conocidas por ellos que por sus apellidos; a nosotros todo el mundo nos dice los Comejenes, porque ese es el apodo de mi papá desde hace muchos años, de manera que nadie, salvo los amigos más cercanos, nos llaman por el nombre sino por el apodo: Comejenes, Comejencitos o los hijos de don Pedro Comején. A mi mamá no le gusta que le pregunten si es la señora de don Pedro Comején,

menos mal que ya se ha dado cuenta que nada puede hacer si lucha contra la corriente.

Gonzalo, mi hermano mayor, prestó el Servicio Militar como chofer y desde ese tiempo se fue de la casa y se convirtió en el chofer de un medio hermano que tenemos en San Vicente. Prefirió irse porque lo que allí consigue es para él; además, sus relaciones con todos nosotros eran vinagres, pues siempre quiso tratarnos a las patadas como lo aprendió en el ejército.

— Tome salivas ecuatorianas, cabrón — me dijo un día que estábamos arrancando yucas, a las dos de la tarde, al rayo del sol y sin almorzar, todo porque le dije que bebiéramos un poco de guarapo para refrescar el trabajo.

— ¿Cómo es eso de las salivas ecuatorianas? — le respondí.

— Pues tomar saliva mirando el sol sin cerrar los ojos, marica, así uno se hace más verraco para aguantar.

— Eso es para usted, no para mí — le dije, sin dejar de arrancar las yucas hasta que regresamos.

En la casa, quien tiene más autoridad, y la ejerce, es Rosa, una de mis cuatro hermanas mayores. Mi mamá es muy buena, por eso prefiere que Rosa lleve las riendas y nos ponga en cintura. Ella lo hace tan bien que cuando ordena es poco lo que le reprochamos.

Mis hermanas acosan a mi papá para que nos bautice. Quizá ellas piensen en sus documentos a la hora del matrimonio o para salir a trabajar, pero mi papá les responde que para eso hay tiempo. La verdad es que ninguno de nosotros ha sido bautizado y mis padres tampoco se han casado, por eso los vecinos murmuran con frecuencia.

Todo sucedió, según cuentan mi papá y mi mamá, cuando en los tiempos de La Violencia el cura godo de San Vicente se negó a bautizarnos por pertenecer a una familia de origen libe-

ral, porque además mis hermanos mayores estaban muy crecidos y, según sus palabras, él no bautizaba bestias.

Al día siguiente mi papá, con unos tragos en la cabeza, le dijo al cura:

—Métase sus oraciones pu'el culo, el don de gente para mis hijos no lo determina usted y además los godos no van a ser eternos en San Vicente.

Por ese incidente mi padre siempre se negó a bautizar-nos. Como los años habían pasado y los odios entre liberales y conservadores ya no eran tan fuertes, mis hermanas lograron convencerlo para que nos bautizara. Fanny, la maestra, amiga de mis hermanas y también del Padre Galvis, cura del corregimiento de El Carmen, aprovechando las fiestas de San Pedro y San Pablo en las que mi papá cumple años, armó el complot con mis hermanas.

El padre Galvis, sin sotana y con más de un aguardiente encima, nos bautizó a todos en las afueras de la iglesia y para que todo quedara en ley con Dios también casó a mis viejos, al son de los rajaleñas que sonaban en un tocadiscos que habían llevado mis padrinos, el Chato Horacio y José Kikirico.

La vida del campo me parece aburrida. No me imagino haciendo lo de los jornaleros que viven deambulando y lo que ganan en una semana lo dejan en las cantinas los domingos. Mis padres nos aconsejan mucho y por eso yo quiero estudiar, ser algo diferente. La promesa de Carlos quizá solo sea eso, una promesa.

—He hablado con tu hermano Gonzalo, y entre él y yo te tenemos listo el cupo para que estudies en la Escuela Piloto de Bucaramanga, alístate para que viajemos mañana mismo —me dice Carlos, mientras habla de política con mi papá.

CAPÍTULO V

Hace dos meses fui matriculado por Carlos y mi hermano en la Escuela Piloto de Bucaramanga. Todos los días el hambre taladra mi estómago y mi vida de campesino contrasta con esta realidad de edificios, pavimento y ausencia de solidaridad. Tengo la firme decisión de no seguir estudiando, estoy convencido de que no puedo aguantar más.

El barrio donde vivo ahora queda muy cerca de la escuela, así que no necesito tomar el bus, me voy a pie y paso junto al edificio de la Nacional de Cigarrillos justo en el momento en que suena la sirena para que los trabajadores ingresen a sus labores diarias a las siete de la mañana.

Una noche de mayo, mientras mi hermano se baña para regresar con su camión cargado de cerveza a San Vicente, entro al cuarto donde duermo y meto en un bolso viejo el uniforme de la escuela, otra muda de ropa, los cuadernos y la libreta de calificaciones. Como sé que él no aceptará mi regreso, y para que no sospeche de mi plan, introduzco un papel en blanco en un sobre de carta y cuando nos despedimos, se lo entrego diciéndole que es para mi mamá. Al momento de despedirse me da dos pesos:

—Tenga, pa'l recreo.

En el mismo instante que mi hermano Gonzalo sube al camión, recojo el bolso que tengo listo detrás de la puerta y cuando el motor del camión se pone en marcha apoyo uno de mis pies en la llanta de repuesto y salto a la baranda de la carrocería. Con la mano temblorosa suelto una de las correas de la carpa, me introduzco y busco acomodarme encima de las cajas de cerveza.

Transcurridas dos horas de viaje, calculo que estamos un poco más adelante de donde se separa la carretera que va para Barran-

cabermeja. Serán ya las diez de la noche, la brisa y el frío perforan mis huesos, el ruido de las botellas es insoportable, el bambolear del camión pone en movimiento las botellas y sus tapas ya no las siento en mis nalgas, sino en el alma. Alrededor de las diez y media de la noche el camión Pegaso disminuye su velocidad, se orilla en la carretera y detiene la marcha. Sin vacilar, salgo de mi escondite mientras mi hermano orina sobre las llantas traseras de su camión. Cuando escucha la bulla que yo hago tratando de bajarme me alumbró con su linterna en la cara y me grita:

—¿Este cabrón qué hace aquí? ¿Quién le dio permiso para que se viniera? Esas son las vainas que le pasan a uno por meterse a ayudar culicagaos irresponsables que no saben valorar los esfuerzos que uno hace. Pagaba pa' esperar aquí un carro y despachar de nuevo este marica pa' Bucaramanga.

Mientras me dice todo eso no me quita la linterna de la cara. Yo permanezco agachado y con los ojos cerrados, prefiero no responderle nada.

—¿Por qué no me avisó que se venía? —continúa diciéndome.

—Porque usted no me iba a dejar venir —le respondo.

—Móntese a la cabina, güevón, y no me vuelva a joder que quiere estudiar.

Yo, sin responderle, abro la puerta y me siento en el cojín.

Media hora después vuelve con su descarga:

—Ahora a tirar machete y ordeñar vacas con mi papá, porque usted es una güeva que no sirve pal estudio, y no le voy a permitir que se quede en San Vicente de vago.

—Yo tampoco quiero quedarme en San Vicente —le respondo, en son de pelea.

Eran las dos de la mañana cuando divisó la luz mortecina del barrio La Pola, por donde entra la carretera; luego apa-

rece todo el pueblo. Atrás queda Bucaramanga, y con ella mis recuerdos ingratos.

El ruido que hace el camión con sus frenos de aire va despertando a su paso a los pobladores. Mi hermano se estaciona en la bomba de gasolina Santander y me dice:

—Duerma sobre el cojín, yo vengo en la mañana.

Sin responderle me acomodo tratando de dormir. A las ocho de la mañana mi hermano me despierta y, sin despedirse, me hace abordar la destartalada buseta que maneja un moreno trompón apodado Jabalí. Desde el asiento con olor a polvo y gasolina diviso por la ventanilla el pequeño aeropuerto de mi pueblo, la finca Totumos, luego el Puente Murcia, la panadería y la tienda Mi Ranchito. A las once de la mañana llegamos por fin a la finca de mis viejos, El Progreso. Estoy en ayunas, despelucado, solo me animan las ganas de abrazar a mis padres y hermanos.

—¿Qué le pasó, mijo? —me dice, nerviosa, apretándome entre sus brazos, mi madre.

—Nada —le respondo de manera piadosa, haciendo mucha fuerza para no llorar—, vengo en ayunas, no vuelvo a estudiar. Gonzalo me ultrajó porque no quise quedarme, vengo de nuevo a ordeñar a la Cachona, la Colorada y la Tres Tetas.

El sol está en el centro del cielo. En mi casa nada ha cambiado, la pobreza sigue intacta y se siente en el ambiente, pero todo es bonito, el patio, el altar de la casa y el jardín que, como eterna primavera, mis hermanas cuidan con esmero.

CAPÍTULO VI

Ese domingo la monotonía de junio se rompe en la vereda al calor de unos tragos y jugando al bolo en la tienda de los Gor-

dillo, que está repleta de gente. Un muchacho, que apenas conozco, pide prestada una yegua a un campesino para dar una vuelta al galope, con tan mala suerte que en una curva de la carretera se cae del animal hiriéndose la frente, los codos y las rodillas. Entre sollozos y con cara angustiada se dirige a Carlos.

—Compañero Carlos, la cagué, sancióneme, soy consciente del error que cometí.

Carlos, un tanto nervioso por la imprudencia del muchacho, lo calma evitando nuevas autocríticas que evidenciarían otras cosas desconocidas para muchos. Como yo tengo un racimo de inquietudes en la cabeza, al día siguiente, de manera imprudente, le pregunto a Carlos que cuándo me va a enseñar a manejar la pistola que él carga.

—¿Cuál pistola? Yo no tengo pistola. ¿Por qué me sales con eso?

La conversación se interrumpe porque alguien lo llama.

—Luego seguimos hablando — me dice mientras se aleja, y de verdad me quedo a la espera de su anuncio.

Termina junio. En dos semanas saldrán de la escuela mis hermanos menores, así como los amigos de mi edad. Los otros amigos, los mayores, están en actividades que me producen curiosidad; veo entrar muchas cajas sospechosas a la casa de Pedro Gordillo, pero no me atrevo a preguntar, porque ya sé que puedo pasar por imprudente y perder la confianza de ellos.

A las siete de la noche del 1 de julio llega a mi casa Pedro Gordillo a visitar a mi hermana Rosa, que es su novia. Él está diferente, más callado y pensativo, algo nervioso y melancólico. Estamos solos, sobre las piedras del pretil del corredor de mi casa.

—Cuñao — me dice —, júreme por Dios y por nuestra amistad que me guardará un secreto muy grande, que si lo divulga me pueden acusar de delator.

— Tranquilo que yo no le cuento a nadie — le respondo tratando de ocultar mis temores.

— Yo me voy p'al monte en estos días. De estas veredas nos vamos casi todos los muchachos. Esta mierda se va a putiar porque vamos a formar una guerrilla pa' dale pu' el culo al ejército, a los ricos y al gobierno.

También me comenta que el jefe es Carlos. Estas revelaciones me dejan helado y en mi cabeza solo se repite su voz: «nos vamos todos, esto se va a putiar, el jefe es Carlos, no divulgue el secreto».

Dos días después Carlos habla animadamente con mis padres. Cuando termina, me llama para decirme:

— Ya que no quisiste estudiar, quiero que me cuentes qué piensas hacer de ahora en adelante.

— Irme pa'l monte — le respondo.

— ¿Para cuál monte, por Dios? De qué me hablas...

— De nada — le contesto haciéndome el pingo.

— Habla con tu papá y tu mamá — me dice, pensativo—. Tú eres un niño aún, apenas tienes trece años, lo de ir al monte es para gente mayor, esa es una decisión demasiado grande, ¿no te parece?

— Yo ya tomé esa determinación y sé que no me quedará grande.

— De todas maneras, debes pedir consentimiento a tus viejos, ellos te pueden ayudar.

— Está bien — le digo, y quedamos de vernos al día siguiente.

Cuando les anuncio a mis viejos que me voy para el monte, mi padre me mira a los ojos y empieza hablando pausado:

— ¿Usted sabe por qué lo hace? No es juego, eso es algo para toda la vida. Quien se arrepiente — continúa diciendo, en tono dramático—, luego es un traidor y como tal se le juzga; ni su

mamá ni yo le decimos que se vaya o que se quede, porque después usted nos culpará de una decisión que lo compromete.

Mi madre, nerviosa y con sus ojos enternecidos, mira a los míos, también nerviosos.

— A sus trece años — agrega mi papá — usted ya tiene uso de razón y lo que tiene que ver con su vida lo define usted mismo, así que si se va nos parece bien, y si se queda también.

— Yo me voy — les digo.

Mi mamá me abraza y me da su bendición; me toma por el hombro y me acompaña hasta el cuarto donde yo duermo para ayudarme a organizar una muda de ropa que será todo mi equipaje.

Como a las tres de la tarde salgo corriendo hacia la casa de Pedro Gordillo y le pregunto por él a doña Teófila, su madre.

— Espérelo, él está por regresar — me contesta la viejita.

Al momento veo a Pedro venir hacia su casa; en tono jovial deja escuchar su saludo:

— ¡Quiubo, cuñado!

Ya a solas le comento que estoy listo, pero él acrecienta mi angustia cuando me cuenta que ve a Carlos indeciso de llevarme. De todas maneras, me aconseja que esa tarde, cuando llegue Carlos, le diga que estoy listo, pero me sorprende cuando me dice:

— Si le dice que no, entonces mañana a las siete de la noche váyase listo con la ropa a El Encerrado, que allí es donde nos vamos a reunir para arrancar, pero cuidado, güevón, si le dice a Carlos.

Al terminar el día miro hacia la casa de los Gordillo. Allí está su fachada de tabla sin pintar, la única ventana es a la vez el mostrador de la tienda desde donde se despacha a los compradores. El techo de zinc se ve empañado por el paso del tiempo,

pero parece vibrar con el estridente volumen con que el viejo tocadiscos envía al aire la ranchera de moda:

*Viva Castro democrático y valiente
a Batista con valor derrotó
que vivan los cubanos libremente
la tiranía Fidel Castro la quitó.
Colombia que sufrió la dictadura
dominada por verdugo sin piedad
con la sangre de sus hijos se bañaron
pero hoy también buscará su libertad.*

Mi mamá, sentada en su vieja máquina de coser *Singer*, trata que yo no me dé cuenta que borda unos brazaletes de colores rojo y negro. Me hago el que no los he visto. Pese a lo evidente de la situación para ambos, ella prefiere no decir nada. Cuando llega Carlos le digo que ya he hablado con mis padres y que ellos aceptan mi decisión. Pero me toma por el hombro y me dice:

—Estas cosas son muy serias, luego que las decisiones se toman no se pueden cambiar, así que mira bien lo que estás pensando.

Para mí es evidente que Carlos y mi papá se han puesto de acuerdo para decirme las mismas cosas y hasta con las mismas palabras. Continúa enseguida con una andanada de explicaciones sobre las dificultades de la lucha y me hace advertencias de todo tipo. Lo único que deseo es que termine la conversación pues siento que no necesito tantas recomendaciones.

Aquella noche, entre sueños, El Encerrado me da vueltas en la cabeza; también mi amistad con Pedro Gordillo y ese pequeño mundo que me rodea, que quiero llevarme conmigo.

Hace cinco años mi papá le vendió un pedazo de su finca a don Militón Merchán, llegado por ese tiempo de Güepsa, un municipio de Santander; construyó su casa y se instaló allí. Al poco tiempo don Militón le vendió la finca a la familia Gordillo, también llegada de Güepsa.

Cuando la carretera que va de San Vicente a El Carmen estaba siendo arreglada con cunetas y alcantarillas, los Gordillo instalan una tienda aprovechando la presencia permanente de los trabajadores.

Mientras Pacífico, el hermano mayor de los Gordillo, está al frente de la tienda, los otros tres, Pedro, Jesús y José Miguel, trabajaban en la finca. Con mucho empuje tumbaron el rastrojo y lo transformaron en potreros con pasto puntero y guinea; a golpes de hacha doblegaron la selva y sembraron plataneras, maizales, cortes de yuca y árboles frutales.

Don Santos, el padre de los Gordillo, como buen boyacense, trabaja con sus hijos desde el amanecer hasta que oscurece; también en las fincas vecinas son contratados como jornaleros. Doña Teófila y Ana, su única hija, venden comida los sábados y domingos, aprovechando que a la tienda llegan muchos campesinos a comprar sus provisiones y las demás cosas de necesidad que Pacífico no olvida entre el surtido de mercancías que ofrece.

Junto a la tienda de los Gordillo está la carnicería de la familia Acevedo, instalada en sociedad con don Graciliano Navas, vecino de la vereda de Villa Pinzón.

El negocio de Pacífico mejoró con la cancha de bolos que se construyó al lado de la tienda. Los días de mercado son los miércoles y domingos; esos días se juega bolos y cartas, los viejos se distraen con el dominó. Yo juego a la turra, al pique y jeme, a la rayuela y a los trompos con Jesús y José Miguel

Gordillo, Hugo Duarte, Rodrigo Beltrán y con mis hermanos Álvaro, Pedro y Mario.

Cada dos semanas nuestro programa es irnos de baño a la quebrada Agua Blanca, que colinda por el oriente la finca El Recreo, propiedad de los Gordillo, con la de don Antonio Hernández. En ese programa está incluido Pedro, quien a sus veinte años tiene amigos que oscilan entre los niños o adolescentes como nosotros y los muchachos de su edad. Para ir a la quebrada es paso obligado El Encerrado, lugar lleno de árboles frutales y que don Santos cuida como la niña de sus ojos.

Allí hay naranjos, ciruelos, mandarinos, mamoncillos, guayabos, chirimoyos, limones y mangos. Alguno de esos árboles casi siempre nos ofrece sus frutas, por eso cada vez que pasamos por ahí El Encerrado es una estación obligada, y nosotros una plaga despiadada.

En El Encerrado se encuentran hierros retorcidos y oxidados, pedazos de losa fina, cimientos de cemento; restos de lo fue la casa de la hacienda El Progreso que en tiempos de La Violencia fue quemada por los conservadores por ser propiedad de tres miembros del Partido Comunista: Rodolfo Flores, Arturo Meneses y Pedro Rodríguez, mi padre.

CAPÍTULO VII

El 4 de julio se anuncia de acontecimiento. En los alrededores de la casa de los Gordillo hay más gente de lo normal. A eso de las once de la mañana cae un torrencial aguacero, la tierra seca queda completamente empapada de agua y el camino de mi casa a la de los Gordillo queda convertido en un completo lodazal. El tiempo parece congelado, las horas transcurren lentas. Permanezco impaciente hasta cuando llegan las seis de la

tarde, momento en que las flores blancas con figura de trompeta dan su aroma. La nostalgia puede respirarse en el ambiente. Los muchachos se van; todos lo saben, pero nadie lo dice.

La comida tiene sabor a ceremonia de despedida.

Luego de cruzarnos miradas infinitas abrazo a mis padres y hermanos; con una muda de ropa entre la mochila de fique como único equipaje salgo de prisa, pero sin que nadie me vea regreso por detrás de la casa, entro al cuarto donde duermen mis viejos y sustraigo de la mesa de noche un revólver calibre 32 destartado que mi papá disparaba cuando mucho una vez por año. Pedro Gordillo me lo había sugerido el día anterior argumentando que las armas estaban muy escasas y cualquier arma, por mala que fuese, sería de gran utilidad. Luego de este robo me alejo corriendo en dirección a El Encerrado.

Mientras corro pienso que, en ese rancho abandonado, a un kilómetro de distancia de la casa de los Gordillo, me encontraré con los compañeros que no saben que voy.

A medida que corro la ansiedad de llegar me conecta otra vez con mis recuerdos. Corro hacia El Encerrado como aquella vez que nos fuimos a bañar a la quebrada Agua Blanca y preparamos un plan a las escondidas de don Santos. Yo me iría con mis hermanos por un camino contrario, de tal manera que don Santos no nos viera. Pedro, Jesús y José Miguel fingirían que se iban a trabajar. Nos encontramos en El Encerrado, nos encaramamos en árboles diferentes y apostamos al que comiera más frutas en menos tiempo. Para que ninguno hiciera trampa uno vigilaba a otro y cada fruta consumida era contada en voz alta; en segundos el número de frutas consumidas aumentó de quince a veinte. Cuando Jesús hizo trampa porque consumía menos naranjas que los demás le colocamos como penitencia que recibiera tres naranjazos en la espalda por tramposo; la gritería era endemoniada, pues a cada naranjazo le gritábamos ¡tramposo!

Antes que todas las naranjas se estrellaran en la humanidad de Jesús, sin darnos cuenta, llegó don Santos con un ataque de histeria por el desorden que teníamos.

—Piticocas hijueputas, acabaron con mis frutales, les voy a cortar las bolas pa' que respeten. ¡Pedro, rejeroz maldito, tan grande y tan sinvergüenza! —gritaba el viejo, blandiendo una horquilla de bajar cacao que en su mano se veía como la guadaña de la muerte.

—Tirémonos —gritó mi hermano Álvaro—, el viejo nos va a chuzar como a los ratones.

Los árboles se movían al ritmo de nuestro desconcierto y cada quien buscaba la manera de tirarse. Don Santos reía y lloraba al mismo tiempo, en su desespero no lograba darle al blanco con su arma. Como pudimos nos tiramos por las ramas más bajas y salimos corriendo en medio de los insultos de don Santos y de los machetazos que les daba a dos naranjos que al final rodaron por el suelo.

El olor a boñiga de vaca, a sudor humano y a cigarrillo, me sacan de estos recuerdos. Pienso entonces que esta ya no será una guerra con naranjas. En ese instante una voz me grita:

—¿Quién anda por ahí?

—Soy yo, Nicolás —respondo.

De guardia está Jesús Gordillo, hermano de Pedro. Como él no sabe de mi venida, dice:

—¡Este marica qué hace aquí!

—Carlos me dijo que viniera —digo.

—¡Siga!

Miro con curiosidad a todos lados y allí están los vecinos que nunca imaginé encontrarme en esta aventura que apenas empieza. Todos me saludan efusivamente, como si con mi llegada se terminara la espera. Carlos pide silencio para que un

hombre pequeño, para mí desconocido, siga entregando la indumentaria a cada uno.

Como no hay equipo para mí, Carlos hace desocupar el que tiene las medicinas; Rovira se disgusta porque ahora debe volver a empacarlas en su equipo. También me dan una hamaca y un plástico verde de dos metros de largo y cincuenta centímetros de ancho. Carlos averigua por botas; solo queda un par número 37 y ambas del mismo pie.

—No importa —me dice—, te las amarras bien.

—Yo calzo 34 —le reclamo con rapidez, pero en medio de la premura nadie presta atención a lo que digo. No tengo otra opción que quitarme las cotizas y amarrarme las botas lo mejor que puedo.

—Aquí toca lo que salga, como al pescador —me susurra al oído Pedro.

—Silencio, silencio —solicita Carlos para dar instrucciones—. Vamos a iniciar la marcha, nos distribuiremos en tres grupos: la vanguardia, el grueso y la retaguardia.

De inmediato nombra a los integrantes de cada grupo e iniciamos la marcha, sin utilizar caminos, hacia un destino solo conocido por unos pocos.

—¿Por qué no nos vamos por el camino? —le pregunto al compañero que va delante mío.

—Porque no podemos dejar rastros —responde, sin mover casi los labios.

CAPÍTULO VIII

La marcha es muy lenta y paramos para descansar a eso de las dos de la madrugada. No nos ha rendido casi nada, nos encontramos aún muy cerca de mi casa; aprovecho la oportunidad

y le digo a Carlos que podemos ir por la carretera para que nos rinda más. Él consulta con la vanguardia y acepta mi sugerencia.

En la hacienda San Carlos tomamos la carretera con dirección a El Carmen. Con la técnica del zigzag recorreremos la carretera hasta la tienda de don Jorge Pinzón, allí pasamos con sumo cuidado porque en la orilla de la carretera los campesinos están matando una vaca para vender la carne al amanecer. Por fortuna nadie nos ve y nos ocultamos en un cafetal a la orilla del camino que une la carretera donde estamos y la que conduce de Barrancabermeja a la finca El Centenario. Luego de organizar la guardia cada uno nos recostamos sobre el equipo; sentados sobre el suelo mojado y empapados en sudor, dormimos entre zumbidos de mosquitos, lo que no fue ningún impedimento porque el cansancio nos arropó a todos.

Me despierta el ardor de la cara, los mosquitos se han dado su banquete en la noche; varios de mis compañeros aún duermen, otros ya están de pie y toman café. Pregunto la hora y me dicen que son ya las nueve de la mañana.

— Cuñao — me dice Pedro —, tome tinto para que le espante el sueño.

Me tomo tres tragos de café fuerte con poco azúcar. Allí, entre susurros, se habla de todo y los que se van despertando se suman al corrillo. Yo escucho y trato de entender tantas cosas nuevas que se dicen.

Junto a Carlos y Rovira, están los compañeros que conozco: Pedro Gordillo, Manuel Muñoz, Ciro Silva, Jorge González, Hernán Moreno y Salomón Amado. Ahora sus verdaderos nombres no se deben pronunciar. Pedro se llama Parmenio. Manuel Muñoz se llama Miguel. Ciro Silva es Conrado. Jorge González es José. Hernán Moreno es Pedro David y Salomón Amado es Segundo. A los ocho restantes no los conozco y los

llamamos: Policarpo, Abelardo, Leonardo, Guillermo, Delio, Silverio, Omar y Juan. En el Encerrado, antes de partir, algunos se cambian de nombre. Allí Carlos les dice a todos que mi nombre de guerra será Norberto.

—¿Cuál ejército vamos a construir nosotros con estos pedazos de escopetas viejas? ¿Con qué vamos a pelear? —dice alguien en tono molesto.

—Hermano —susurra otro—, ¿usted no sabe que en la época de La Violencia los primeros guerrilleros empezaron con machetes? Las armas las tiene el enemigo y peleando se las vamos a quitar, y el que no tenga claro esto debe decirlo de una vez antes que se haga tarde.

El compañero del interrogante agacha la cabeza y entre dientes murmura:

—Esto es de locos.

—Usted tiene razón, los locos son los que se atreven a las cosas difíciles, porque los cuerdos son miedosos y demasiado flojos —quien así habla es Pedro David, el veterano comandante de las guerrillas liberales de Rafael Rangel.

A las diez de la mañana desayunamos con carne asada, yuca cocida y guarapo. En la tarde, después de un fuerte aguacero, el sol se va escondiendo por encima del cerro Pan de Azúcar y cuando llega la oscuridad Carlos nos reúne para darnos las instrucciones de la siguiente jornada:

—Caminaremos toda la noche, en el mismo orden que traemos; no se pueden prender luces y cuando el de atrás se quede, el de adelante avisa para esperar, pues hay muchas partidas de caminos y nadie puede perderse; aquí donde estamos parados todos deben borrar los rastros para que nadie se dé cuenta de nuestra presencia y movimientos.

De inmediato salimos por el camino que conduce a la vereda El Topón, pasando por el río Oponcito. Aprovecho un descanso y le pregunto a Pedro para dónde vamos; sin pensarlo mucho me responde:

—Eso no lo sabe sino Carlos y es mejor no preguntarlo, porque es un secreto.

Me queda claro y no espero más explicaciones. El desplazamiento es lento. Por la oscuridad no vemos casi nada y vamos de pantano en pantano. Mi cabeza también sigue empantanada en los recuerdos. No puedo olvidar las lágrimas de mi madre, y desfilan por mi mente mi padre y cada uno de mis hermanos.

—Cuñao, ¿escucha ese chorro abajo? —me susurra Parmenio, y su pesada mano que coloca sobre mi hombro termina por romper mis pensamientos.

—Esè es el Oponcito. Cuñao, debe ir crecido y nos toca cruzarlo.

Mi temor lo manifiesto con un silencio, conozco perfectamente lo caudaloso y violento que es ese río cuando está crecido. Seguimos escuchando el ruido del chorro cada vez más intenso. Ya en la orilla vemos el río que baja furioso y los nervios me invaden, tanto que hasta en mi ropa se notaría si fuese de día.

—Policarpo, corte un palo y ensaye qué tan hondo está el río, tenemos que cruzar enseguida —orienta Carlos en voz baja.

El negro Policarpo se quita el equipo, desenfunda su machete y corta una vara de unos cuatro metros de largo. Con ella en la mano se va metiendo al río, el agua le da al pecho; al poco tiempo regresa y le informa a Carlos que podemos cruzar. Uno a uno nos tomamos de las manos haciendo una cadena y le entramos a la corriente.

—Nadie se ponga de frente, sino de lado, así se corta mejor el agua —sigue recomendando Carlos.

Cuando el agua me da al pecho empiezo a flotar, y siento que el agua me arrastra.

—Tranquilo cuñado, esto no es nada, nos queda por cruzar el Cascajales, a ese malparido sí le tengo miedo, porque ese come gente —me dice Parmenio, sujetándome fuertemente de la mano.

Ya todos al otro lado del Oponcito, continuamos la marcha en la madrugada. Un aguacero torrencial nos moja sin misericordia, pero seguimos caminando sin importarnos nada.

—Ya no puedo más —me quejo con Parmenio, pero me reanima diciéndome que pronto llegaremos a la finca de don Pedro Landines.

A las tres de la mañana, en medio del aguacero, pasan la voz que debemos esperar. Cada uno va agarrado del equipo del compañero de adelante, como una larga cadena, porque no vemos absolutamente nada. La espera se hace interminable. El frío nos carcome a todos. Luego de cuarenta minutos Leonardo pasa adelante para averiguar lo que ocurre; al momento nos dicen que un compañero confundió al de adelante con un tronco y sin que él se diera cuenta los compañeros de adelante continuaron la marcha. En ese instante vemos avanzar hacia nosotros una linterna. Todos nos agachamos; cuando está a unos diez metros, le gritamos el santo y seña y lo responde de inmediato, es un compañero que viene en nuestra búsqueda. A las cuatro de la mañana llegamos a casa de don Pedro Landines.

Se organiza la guardia y don Pedro nos aloja en los cuartos de su casa.

—Mija, dele cafecito a los compañeros, y a los que no tengan ropas secas dele cualquier trapito, para que se cambien el mojado

—le dice don Pedro a su esposa; el viejo sigue nuestros movimientos con su mirada y a modo de consejo nos dice:

—Pónganse lo que encuentren, lo que importa es que puedan dormir. Yo sé lo que se sufre, porque en los últimos tres años antes de la amnistía de Rojas me tocó guerriar en las filas de Rangel.

El viejo sigue hablando, pero una fuerza desde mis adentros me jala.

Abro los ojos para obedecer la orden de una voz que nos llama a todos para ocultarnos en el cafetal. Ya son las ocho de la mañana y todos los compañeros se encuentran de pie; los campesinos empezarán a pasar por el camino y debemos evitar que nos descubran.

Estamos en la vereda Los Aljibes, en el triángulo entre Barrancabermeja, San Vicente y El Carmen de Chucurí. Han transcurrido dos días después de nuestra partida. Don Pedro insiste ofreciéndonos un trago de aguardiente, pero Carlos no lo ve prudente.

—Tranquilo Carlos, yo comprendo que los muchachos deben ser disciplinados, pero un solo trago no es problema y la gente debe calentar la sangre pa' recuperarse del cansancio.

Carlos vacila un momento, y acepta que nos tomemos el trago. Media hora después un succulento sancocho de gallina y una totumada de guarapo es el desayuno que nos sirve la esposa de don Pedro.

Don Pedro se queda mirándome y dice:

—Lástima no tener yo la edad de este chino pa' volverme a tirar el chopo al hombro. Vusté tiene que salir arrecho Comejercito, porque vusté tiene raza.

El viejo se va y Carlos nos reúne para decirnos que podemos dormir otro poco. Todos sentimos alegría porque llevamos

caminando dos noches, pero durmiendo poco y muy mal. A la una de la tarde nos llaman para el almuerzo; don Pedro nos anima contándonos experiencias de cuando La Violencia, intercambian recuerdos con Pedro David, el Capitán Chiquitín de las guerrillas de Rangel. A don Pedro le causan curiosidad los binoculares que cuelgan del cuello de Carlos.

—¿Qué es eso?

—Con esto se puede mirar hasta muy lejos, porque tiene adentro un lente de aumento.

El viejo se ríe con picardía, y le pide a Carlos que se los preste.

—Con esto voy a mirarle el culo a la maestra de allí abajo, que tiene la costumbre de bañarse todos los días, esta no me la pierdo —dice don Pedro, y se aleja con los binoculares en la mano.

Enseguida Carlos nos reúne para explicarnos unas convenciones necesarias a tener en cuenta en la marcha de la noche que iniciará en un par de horas.

—Cuando vamos por un camino, no siempre se coloca guardia donde el camino se divide en dos; podemos colocar una rama o arbusto, y el que viene detrás siempre toma el camino que señala la parte de la raíz de la rama o arbusto.

Para que no queden dudas se colocan varios ejemplos y todo queda claro. A las cinco de la tarde comemos y de inmediato nos despedimos de don Pedro Landines, quien ha regresado de mirar con los binoculares a la profesora. Para no dejarnos ver por ella cruzamos una loma agachados y a la carrera. En la cima de esa loma hay una partida de caminos, debemos ir atentos a la señal convenida. Yo corro detrás de mis compañeros; al llegar a la partida de los caminos me agacho y allí está la rama indicando la ruta a tomar. Miro hacia atrás y al compañero que me

sigue le indico la señal que está ahí. Jadeantes y sudorosos cruzamos un descubierto y nos metemos de nuevo a la selva. De la vanguardia pasan la voz preguntando si vamos todos, la incertidumbre es grande cuando nos damos cuenta que falta Silverio. Lo esperamos quince minutos, pero no aparece. Carlos ordena a Pedro David ponerse de civil para ir en su búsqueda. Todo es inútil, sus rastros van por el camino equivocado que conduce al caserío de El Topón, sobre la carretera de Barrancabermeja a El Carmen. La angustia de Carlos es grande porque Silverio lleva equipo guerrillero y uno de los dos únicos fusiles que tenemos. Además, si los campesinos lo ven, nuestra clandestinidad tan indispensable en ese momento de debilidad se puede ir a pique. Pero a esas horas ya nada podemos hacer, continuar nuestra marcha es la única opción.

Empieza a oscurecer y seguimos la marcha por un camino poco transitado. A las nueve de la noche cruzamos la carretera Barrancabermeja-El Topón y continuamos por potreros y rastros hasta llegar a la orilla del río Cascajales; al verlo tan crecido se me erizan los pelos, pues recuerdo que Parmenio me había dicho que ese río comía gente.

— Todos los compañeros que tienen arma larga la llevan terciada y evitan que la poca munición se moje — advierte Carlos.

Como en el Oponcito, nos tomamos de la mano y empezamos la riesgosa tarea de cruzar el río crecido. Mientras mis compañeros caminan con el agua al pecho y logran fijar con firmeza los pies en el fondo de río, yo, sujetado a las manos de mis compañeros, floto como una pluma. Me insisten con que trate de colocarme de pie, pero mis esfuerzos son vanos.

Cuando alcanzamos la otra orilla, aún sobre la playa pedregosa, Parmenio me dice en voz baja:

—Cuñao, aquí las cosas son a otro precio, estas montañas las conocemos como la palma de la mano. Aquí no nos agarran ni con perros, varios de los que vamos tenemos descumbres a dos jornadas de aquí, tenemos sembrao plátano, yuca, maíz, chonte y cacao, además hay buena cacería, pavas, pajuiles, venados, ñeques, tinajos, marranos de monte y bastante pescado.

Parmenio hace silencio para reanudar la marcha. Más adelante le pregunto por la hora.

—Tal vez serán las once.

A esa hora solo se oyen nuestros ruidos y el vacío que dejan los grillos que se silencian a nuestro paso. De adelante llega una voz:

—Vamos a salir a una carretera, utilicemos la técnica de zigzag, nadie pierda de vista al de adelante y en caso de una emergencia todos se abren de la carretera a mano derecha.

A los pocos minutos de caminar por la carretera un golpe en la cabeza me frena en seco y caigo sentado. Me he golpeado contra un barranco; de inmediato me doy cuenta que voy caminando dormido, es el cansancio acumulado de tres noches de poco dormir. Rápidamente me incorporo y continúo la marcha. A las tres de la mañana se termina la carretera y continuamos por un camino lleno de pantano. Cuando el barro ya nos cubre hasta las orejas empieza a amanecer y Carlos, preocupado, nos advierte:

—No podemos dejarnos ver por los civiles, nos queda poco trecho para llegar al sitio donde acamparemos hoy, entonces vamos a caminar a la mayor velocidad posible, los compañeros que puedan ir más rápido van pasando adelante.

Yo siento ganas de llorar, temo quedarme solo y le pido a Parmenio que no me vaya a dejar.

—Tranquilo — me responde —, yo sé que usted es capaz y yo tampoco lo dejo.

Todos empiezan a acelerar el paso; a los quince minutos mi sudor es frío y me siento mareado.

—Estoy que me caigo —le digo, y él me anima diciéndome que la casita que está a cien metros es el fin de nuestra jornada.

Llegamos a la finca de don Luis Vera, rendidos hasta más no poder; nos acostamos todos, menos el compañero que está de guardia. Nos tiramos junto a unos aserraderos de madera a cien metros de la casa. Al mediodía nos llaman para almorzar, pero varios compañeros prefieren seguir durmiendo; alguien que despertó de mal humor gruñó con su voz avinagrada por el trasnocho:

—Con esta mamadez, alimenta más dormir que comer —y siguió durmiendo.

Serían las cuatro de la tarde cuando todos recibimos la orden de colocarnos en disposición de marchar. Como el intento falla por el cansancio, Carlos opta por acampar ahí, y aprovechar la noche para descansar. Todos dormimos profundamente hasta el amanecer. La guardia fue de una hora por compañero.

A las seis de la mañana Carlos ordena recoger un poco de leña y designa a Policarpo para que haga un café; este lo asume de mala gana y refunfuña porque la leña está mojada. Lo vemos tan disgustado que quienes estamos colaborándole nos retiramos un poco a mirar el espectáculo, los ojos le lloran, echa madrazos de todo calibre y cuando Segundo trata de ayudarle le dice que no sea lambón, o si es que así se siente más hombre. Segundo se retira en silencio adonde estamos los demás en corrillo, especulando sobre la sanción que Carlos le aplicaría por grosero y machista.

— A ese güevón lo van a poner a cocinar una semana pa' que no sea pingo — a lo juez sentencia Segundo.

— En este momento es mejor que nadie lo joda porque está más toreado que una mapaná — dice Abelino.

— Cuando a Rangel algún pendejo le hacía esto, lo amarraba, o en casos extremos lo pelaban — le dice Pedro David a Delio.

Policarpo, enfurecido, orina sobre los tizones humeantes y remata dándole una fuerte patada al fogón. Los tizones ruedan sobre la hojarasca humedecida. Muy alterado se retira adonde tiene su equipo, se recuesta sobre él y se cubre la cara con su sombrero de pelo negro. Todos, sin decirlo, esperamos con expectativa la llegada de Carlos para ver el final de este episodio. Como a las diez llega Carlos, con él vienen también los que traen el desayuno, pero sin la sobremesa, puesto que era el café que debía preparar Policarpo.

— Acérquense, compañeros — nos dice cariñosamente Leonardo.

— Traigan las losas y vayan pasando en fila. Policarpo, traiga café — le dice fuerte, pero sin gritar, buscándolo entre la gente.

— Café no hay, el fogón no prendió, la leña está mojada — replica Policarpo.

— Nos quedan grandes las tareas pequeñas Policarpo — dice Carlos, incorporándose—. Apenas estamos empezando, necesitamos una actitud diferente frente a estas cosas, vamos a prender candela.

Y empieza a juntar los tizones. Jorge toma un tronco seco y con su machete va sacando virutas, como lo hacen los carpinteros cuando cepillan la madera.

— Este sí sabe cómo es — comenta Segundo, que saca astillas de otro tronco.

Con un pedacito de vela que alguien colocó debajo de la leña organizada, la llama que tomaba forma iba calentando la olla con agua y panela que colgaba de una vara.

—Muchachos, para que las cosas caminen hay que ponerle voluntad —señala Carlos, mirando de sesgo a Policarpo—. La soberbia es la madre de lo absurdo.

Lo que todos imaginábamos sería un regaño, terminó siendo una lección de ejemplo colectiva.

En la noche del 7 de julio reanudamos la marcha, ya todos sabíamos que nuestro rumbo era El Cerro de los Andes. A eso de las diez Parmenio me dice:

—Cuñao, este sitio se llama Patio Cemento y ese es el río Sucio.

Caminamos una hora más y llegamos a La Loma, la pequeña finca de don Luis Fernando Parada.

Tan pronto amanece nos llaman para que tomemos un café caliente, pues de inmediato iniciaremos la marcha, por primera vez a la luz del día. Pese a que el sol está radiante y caliente con fuerza, caminamos protegidos por los gigantescos árboles que nos saludan meciendo sus gruesas ramas, quizá como en otro tiempo lo hicieron con las guerrillas de Rafael Rangel. Somos la misma historia y en la misma geografía.

Arribamos a las dos de la tarde a un rancho abandonado, al que le dimos el nombre de rancho Número Uno; este sería durante un mes nuestro primer campamento guerrillero. Allí estaba Silverio, el compañero que se extravió en la finca de don Pedro Landines. No terminábamos de saludarlo cuando inició a contar su odisea, mientras fumaba un cigarrillo.

—Yo me quedé como un güén tórtolo en el camino rial, y cuando me sentí solo, antonces pensé que aquí tenían que llegar vustedes y cogí por tu el camino hasta que bajé al Topón, tu ese

poco e' pingos que me miraban se me retiraban como si yo tuviera cagao y el ispetor me preguntó que pa'onde iba y yo le dije: pues p'allá p'arriba ¿no me ve?, entonces dejó de joderme.

Todos reímos a carcajadas y Carlos lo anima para que siga contando la aventura.

—En el Topón me le monté a una hipueputa volqueta d'esas grandes que traía un poco de carreteranos que venían pa'cerquita de El Centenario, p'a la jinca del viejo Noel Acevedo dí'ahí p'acá me vine por tu'el camino y llegué antier aquí más mamao qui'un chupo viejo.

Ya en el campamento, en los días siguientes empezamos a aprender las primeras lecciones sobre la vida guerrillera. No podíamos perder un solo minuto, debíamos prepararnos por si acaso llegaba el enemigo. Desde el primer momento vi a Carlos como a mi maestro militar, y a los demás compañeros como a mis hermanos, todos mayores. Con cuatro palos amarrados con bejucos, Carlos construyó su escritorio y allí colocó una vieja máquina de escribir marca *Olivetti*. A los pocos días de llegados me llamó para que le dictara unas cuantas páginas de un manual de táctica guerrillera. Con el exigente entrenamiento de cada día, empecé a tenerme confianza y a despejar las dudas; saboreaba con cierto aire de orgullo que yo podía ser un guerrillero, pero en las noches, en los pocos segundos antes de quedarme dormido, me angustiaba pensando si sería capaz de poner en práctica lo aprendido a la hora de un combate.

CAPÍTULO IX

Veinte días después de iniciados los entrenamientos, entrego la guardia a las cuatro de la mañana y me acuesto a rematar los últimos minutos de sueño que me quedan. Una explosión

lo estremece todo. Salto de la hamaca al instante, alguien me pasa por encima mientras escucho, en medio de la confusión, la voz de Carlos que ordena salir inmediatamente del campamento porque el enemigo nos ataca. Su voz se apaga con otras dos explosiones de granadas que sacuden el rancho que hace de dormitorio. Todos los palos que sostienen el rancho vibran al tirar simultáneamente los lazos de las hamacas, porque la orden es no dejarle nada al enemigo. En ese momento me acuerdo de mi revólver y voy a buscarlo sobre el equipo, allí lo había colocado antes de acostarme. Al no encontrarlo siento mucho desespero, y en medio del llanto empiezo a buscarlo por el suelo, con tan buena suerte que lo encuentro; de inmediato me lo coloco en la pretina, me echo el equipo a las espaldas y en ese instante alguien junto a mí se queja y suplica que no lo dejemos, que está herido. Cuando me aproximo a él, alguien me empuja y dice:

—Tírese al piso, güevón, que se lo llevan de un balazo.

Asustado, tomo uno de los brazos del herido; es Segundo.

—No me vayan a dejar —nos suplica.

Del otro brazo alguien lo lleva también. Los disparos no dejan de sonar y nosotros vamos saliendo con el herido que, aunque puede caminar despacio, no deja de quejarse. Después de caminar doscientos metros alcanzamos a un compañero que había salido antes de nosotros.

—Oiga, avise que llevamos un herido —le dice el compañero que me ayuda.

Los disparos se han silenciado por completo. En ese momento alguien en la oscuridad dice que posiblemente estamos rodeados; siento mucho miedo, ya en mi cabeza Dios no existe, pero me santiguo dos veces y le pido al Todopoderoso que nos saque con vida de este trance. Rápido salgo de esa idea porque en ese instante llega el refuerzo para recoger al herido.

— ¡Que todo mundo regrese al campamento! — grita la voz familiar de Pedro David.

Lo ocurrido había sido una alarma para ver nuestra reacción en caso de un ataque enemigo. Se escucha un murmullo de todos al tiempo y Delio dice, rezongando:

— Estos güevones la hicieron bien hecha, yo me tragué el cuento que era el enemigo.

Son ya las cinco de la mañana y las tenues luces del amanecer nos acompañan de regreso al campamento.

Los entrenamientos no amainan: marchas, diferentes sistemas de guardia, avance diurno y nocturno, cómo romper un cerco, cómo explorar, sistemas de supervivencia, manejo práctico del terreno. El manejo de armas, como son muy pocas, lo aprendemos de los dibujos que Carlos hace de manera muy pedagógica en un tablero. En la instrucción Rovira le ayuda a Carlos, pero poco nos gusta entrenar con él, pues además de no ser consecuente con lo que enseña, es mentiroso. En una oportunidad un compañero le preguntó por una cicatriz grande que tenía en la espalda.

— Yo era el tercero a la vanguardia de una compañía que perseguía una banda de contrarrevolucionarios en Cuba. En el recodo de un camino en la Sierra de Sancti Spíritus caímos en una emboscada; cinco de los soldados cubanos que iban junto a mí murieron, yo me atrincheré mientras el personal flanqueaba al enemigo y luego de cuarenta minutos de combate los bandidos huyeron — contó Rovira, con orgullo de veterano—. En aquella oportunidad me condecoraron con la medalla Camilo Cienfuegos — remató.

Por estas aventuras que Rovira nos contaba se generó en nosotros una admiración hacia él, pero todo se derrumbó cuando Carlos le llamó la atención por mentiroso y nos explicó que la famosa cicatriz era producto del ácido de una batería de

un radio de comunicaciones que en cierta oportunidad se le había regado en la espalda.

Como de costumbre, luego del entrenamiento, una comisión guerrillera sale en búsqueda de plátanos. A su regreso, junto con los plátanos, llegan las inquietudes por la pobreza del campesino que con generosidad nos los regala, pues si bien lo hace con gusto, podría necesitar algún dinero debido a su situación tan precaria. Carlos nos reúne para hacer la siguiente reflexión:

—No tenemos dinero para comprar, entonces debemos alimentarnos con lo que produce la región: yuca, plátano, chonte, arroz, maíz, cacería y pesca. La comida que nos entregan los campesinos hay que pagarla en los casos que la necesidad lo requiera; como no tenemos dinero trabajaremos en sus parcelas para compensar lo que nos comemos, en otros casos pagaremos a los campesinos con Bonos Revolucionarios de la Esperanza. Esto consiste en un documento que contiene la fecha de entrega, el nombre de la persona a quien va dirigido, el motivo y la firma del primer mando del Estado Mayor.

Para ilustrarnos aún más, saca de una libreta un bono, cuyo original ya había sido entregado. Lo enseña levantándolo en la mano y al final lo lee:

«Julio de 1964. El ELN hace constar en el presente documento que debe al señor Francisco Nova la suma de quinientos ochenta pesos por la compra de un corte de yuca. Este dinero será pagadero luego del triunfo de la revolución colombiana. Firmado: Carlos Villarreal, primer responsable del Estado Mayor».

—De igual manera —continúa diciendo—, seremos extremadamente respetuosos con la población y jamás tomaremos ni una hebra de hilo sin su autorización.

En los primeros días de agosto abandonamos el rancho Número Uno, y a tres horas de ahí construimos el rancho Número Dos. Limpiamos unos veinte metros de selva, pero sin tumar los árboles grandes; este sería el nuevo campamento.

A la vez que los entrenamientos se prolongan, las ropas, las botas y demás objetos personales se deterioran aceleradamente. Su reemplazo no se ve por ningún lado, el hilo y las agujas pasan más tiempo en nuestras manos para cubrir de remiendos nuestras prendas. Unos lo hacen con elegancia, otros mostramos torpeza para estas nuevas actividades. Viéndonos los unos a los otros es imposible ocultar nuestra propia pobreza. Los calzoncillos se habían convertido en artículo de lujo. La comida es la misma de siempre: sopa de maíz molido, plátano cocido y muy de vez en cuando medio pocillo de agua de panela. La carne se consume cuando se caza algún animal, pero ahora poco la vemos en el plato, porque la munición de escopeta calibre 22 se está agotando. Con el ingenio de Leonardo, Pedro David y José, la situación se hace menos crítica. Ellos fabrican trampas para cazar tigrillos, faras y zorros; aprovechamos su carne, y la piel de los tigrillos la vendemos para comprar munición. Esta dura realidad que vivimos, muy parecida a la de los campesinos, nos obliga a compartirlo todo, la comida, la ropa, las pocas medicinas y por supuesto la amistad.

Colgado junto al tablero, en el rancho Número Dos, está el reglamento diario que rige nuestra vida guerrillera en el campamento:

REGLAMENTO INTERNO

5:00 - Diana.

5:00 a 5:10 - Aseo personal.

5:10 a 6:30 - Ejercicios.

- 6:30 a 8:00 - Estudio.
- 8:00 a 9:00 - Desayuno.
- 9:00 a 12:00 - Entrenamiento.
- 12:00 a 12:30 - Almuerzo.
- 12:30 a 14:00 - Actividades personales.
- 14:00 a 17:00 - Entrenamiento.
- 17:00 a 17:30 - Comida.
- 17:30 a 18:00 - Aseo personal.
- 18:00 a 19:00 - Descanso.
- 19:00 a 20:00 - Estudio colectivo.
- 20:00 a 20:10 - Lectura de la guardia.
- 20:10 a 5:00 - Descanso.

A mediados de agosto llega la compañera Mariela. Su inoculable parecido a José y a Guillermo los delata como familiares. Mariela es la encargada de atender los enfermos y de administrar los pocos medicamentos, es la única mujer con nosotros. Finalizado el mes abandonamos el rancho Número Dos y marchamos a construir el Número Tres. Por esos días las noticias de la radio registran con insistencia la situación crítica de la Universidad Nacional y de la Universidad Industrial de Santander. Todos los días hay jóvenes protestando en las calles, tiran piedras, realizan mítines, los vehículos son quemados, quedan policías heridos y estudiantes detenidos. Carlos nos explica que en la ciudad también hay compañeros del ELN, que son estudiantes, profesionales, obreros o personas comunes y corrientes, pero que pasan desapercibidas, incluso para la misma gente que convive con ellas.

Un día, en las horas de la tarde, llega al campamento un muchacho bajito, trigüeño, de barba cerrada, de unos veintiocho años y con acento costeño. Luego de los abrazos, Carlos y

el recién llegado se reúnen de inmediato. En la noche, al inicio de la sesión de estudio colectivo, Carlos nos informa que el compañero viene de la ciudad, que el enemigo lo busca porque lo relaciona con la colocación de unas bombas en el Instituto Colombo-Americano en Bucaramanga.

—Este compañero —nos dice Carlos— es el segundo hombre del Estado Mayor del ELN.

El recién llegado está de pie delante de nosotros. Nos repasa con la mirada a cada uno, levanta un poco la cabeza buscando más gente en el infinito y con voz calmada nos dice:

—Compañeros, mi seudónimo es Andrés, estoy aquí para compartir con ustedes las tareas revolucionarias que están por venir. Les traigo un saludo de todos los compañeros que están en la ciudad. Ellos están en este camino al igual que nosotros, tenemos el mismo compromiso y seremos los encargados de formar la vanguardia de la revolución colombiana.

Todos aplaudimos sus palabras. Nos queda claro que nuestro Estado Mayor está conformado por el primer y segundo mando. A partir de ese momento Carlos se reúne a menudo con Andrés para discutir, organizar los entrenamientos y desarrollar las constantes visitas a los campesinos de la región que conocen nuestra presencia.

Luego de una intensa jornada de entrenamiento nocturno nos reunimos cerca de diez compañeros y de manera natural empezamos a intercambiar todo tipo de inquietudes. Pedro David anota que no ve en Andrés la capacidad necesaria para ser el segundo del Estado Mayor; esa inquietud la compartimos todos los presentes, y argumentamos que no tiene capacidad para dirigir un combate, que no camina con agilidad en el monte, que no se orienta bien en el terreno, que habla muy fino y varias de sus ideas no logramos entenderlas, y que ade-

más de ser despreocupado es torpe en los entrenamientos. Otro anota que su arma de dotación, la única carabina San Cristóbal que tenemos, la tiene muy mal de aseo y desportillada de tanto darle golpes contra todo por su torpeza en las marchas. No falta quien señale que Andrés da muy poca confianza para hablar con él, por eso casi nadie se le acerca. El corrillo termina sin encontrar soluciones a nada. En la cabeza de muchos, el ambiente para Andrés ya es desfavorable.

Una noche de luna apagada el guardia pasa el informe que escucha ruidos, como si alguien tratara de llegar a nuestro campamento por uno de los flancos. Todos nos colocamos en posición de combate. En el momento que Carlos ordena que estemos alertas, los disparos rompen el silencio y de inmediato nos replegamos por el lugar acordado. Andrés, en medio del enredo, deja su arma de dotación, las cartucheras y el equipo. Este incidente hace aún más compleja su situación. A los pocos días Carlos conoce, por boca de Leonardo, las inquietudes que sobre Andrés existen.

Los entrenamientos continúan, cada día los sentimos más rutinarios y repetitivos y en nada se diferencian a los juegos de niños. Las granadas que lanzamos son bolas de barro, los tiros son el pum-pum que hacemos con la boca y no con el fusil, en los polígonos no hacemos ni un solo tiro, las armas de guerra las conocemos por los dibujos que Carlos hace en un tablero y luego algunos compañeros las construyen de madera para los entrenamientos. Los minados son reemplazados por latas o piedras, los cables por bejucos y las baterías por pedazos de palo a los que les incrustamos las tapas del positivo y negativo para practicar las conexiones de los minados en serie y paralelo. En la cotidianidad que llevamos la rutina nos carcome por completo.

En medio del entrenamiento Silverio se enfurece porque ya son las dos de la tarde y a esa hora aún no hemos desayunado por estar simulando una emboscada de aniquilamiento parcial; el paso del supuesto enemigo se prolonga y Silverio tira el fusil de palo y refunfuña para que todos escuchemos:

—Qué gran rejijueputas, yo no hago más pum-pum, si por esta mierda me van a pelar, que me pelen, pero yo me voy p'al campamento a tragarme un plátano más que sea.

Todos nos angustiamos porque, según nuestro código guerrillero, lo que acaba de hacer Silverio es insubordinación. Cuando llegamos al campamento, Carlos y Andrés hablan a solas con Silverio, quien se hace una autocrítica pública por su actitud. A continuación, Carlos le notifica a todo el personal que Silverio hará cuatro días de rancho como sanción por su error. En la noche, Carlos y Andrés dan una extensa charla sobre la importancia de acostumbrar el organismo a no comer demasiado, sino a consumir los alimentos indispensables para la nutrición. Si bien esto se dice a propósito del incidente con Silverio, también porque algunos compañeros, luego de comer en el campamento, habían salido donde los campesinos y recibido comida. Carlos dice que ese desespero exagerado, por la comida es mentalidad de barriga. Pero como la comida además de mala es rutinaria, suscita muchas inquietudes. En la mañana siguiente, mientras esperamos para recibir el desayuno, Policarpo, en tono de sorna, empieza a contar un cuento:

—Una vez un gringo compró un burro y se empeñó en enseñarle a vivir sin necesidad de comer; durante la primera semana le daba solamente una comida al día, a la semana siguiente le daba una comida día de por medio, a la tercera semana una comida cada tercer día. Con el transcurrir de las semanas el burro veía alejarse más y más la comida y el gringo

estaba alegre porque el burro aprendía, sin ninguna dificultad el arte de vivir sin comer, pero cuando al fin el burrito ya casi aprendía del todo a vivir sin comer... se murió.

Todos soltamos las carcajadas, pero a Carlos el chiste le suena a una indirecta del negro Policarpo; en medio de la discusión que se suscita, anota:

— Los compañeros que tengan reparos por la escasa comida, deben comprender que apenas estamos empezando y tenemos que prepararnos para nuevas y mayores dificultades, es necesario que entendamos que estamos en un momento de clandestinidad donde el enemigo no puede conocer de nuestra presencia, lo cual nos impone mayores restricciones.

Policarpo pide la palabra para decir que un pequeño grupo de compañeros puede salir fuera de la zona donde estamos y realizar un secuestro.

— No es prudente — argumenta Carlos —, el secuestro no es obra de revolucionarios y eso puede hacernos aparecer como simples bandoleros.

Leonardo argumenta que podemos salir lejos y hacer un asalto a una entidad bancaria, y en concreto propone asaltar la Caja Agraria de Barrancabermeja. Carlos desaprueba la idea, pues para él cualquier falla en una operación de este tipo haría abortar nuestro secreto como organización revolucionaria. El día en que irrumpiéramos militarmente debía ser con una acción política de contundencia donde no le diéramos pie al enemigo para presentarnos ante el país como bandoleros.

— Por eso — recalca Carlos —, no debemos desesperarnos en las dificultades, aún tenemos muchas posibilidades para mantenernos en la clandestinidad, con el apoyo de nuestros amigos en el campo y la ciudad saldremos adelante.

En los primeros días de septiembre abandonamos el rancho Número Tres y cruzamos el Cerro de los Andes para construir el rancho Número Cuatro.

El cielo encapotado retarda el amanecer; la llovizna suave y monótona es la misma eternidad que todo lo hace lento. Mientras el desayuno termina de hacerse, Rovira y Pedro David, junto con otros compañeros, se encargan de borrar el campamento. La orden es no dejar huellas en el lugar. El campo de entrenamiento desaparece, en los alrededores del rancho quedan sembradas una buena cantidad de matas de plátano.

Cerca de las nueve de la mañana todo está listo para salir.

—Formación irregular —ordena Carlos, con voz fuerte para que todos lo escuchemos.

La vanguardia se ubica de inmediato por la ruta de salida, el grueso de la tropa formamos en el centro para recibir las órdenes para la marcha, la retaguardia se coloca cerrando por el lado contrario a la salida.

—Pararemos en la cresta del cerro para hacer una explicación sobre el terreno —dice Carlos, mientras señala con la mano la ruta que tomaremos, y de inmediato iniciamos a caminar.

Al mediodía llegamos a la cima del cerro. Un colono amigo que está ahí nos recibe con mucho cariño y con plátanos maduros, papayas y piñas, que nos sirven de almuerzo a muy buena hora. En medio de ese banquete, Carlos y Andrés aprovechan para examinar una carta topográfica, la colocan a la vista de todos para explicarnos dónde queda cada punto cardinal.

Me doy cuenta que mi vereda está al oriente, y para llegar a ella habría que caminar cerca de catorce horas. Mi mundo, mi pequeño mundo, se va alejando.

La carta topográfica vuelve a la mochila de Carlos, protegida por una bolsa plástica, donde él guarda con delicadeza

sus secretos. Acto seguido nos ponemos en marcha. Al instante comienza el descenso por un sendero imperceptible pero muy resbaloso, al final del cual llegamos, fatigados, al sitio donde será el nuevo campamento.

A los pocos días llega Elí con su hermano Daniel; vienen del Tolima a aprender la vida guerrillera para luego regresar a construir un frente guerrillero en esa región. Daniel es de carácter fuerte, algo huraño y demasiado intolerante. En una de las noches lentas, Silverio se duerme en la guardia y el compañero que lo descubre le avisa a Carlos, quien de inmediato va hasta el sitio de guardia donde efectivamente Silverio está dormido. Carlos dispara su pistola junto a Silverio, este apenas se mueve y continúa durmiendo. Tan profundo es su sueño que al despertarse estira los brazos queriendo espantar la pereza, y le dice al compañero que lo releva en la guardia:

—Rejijueputa, no me di de cuenta aquíhoras me dormí, la única novedá es que escuché un tiro de escopeta, pero lejos.

En la reunión de crítica donde se analiza el error de Silverio, Daniel pide como sanción aplicarle una inyección de agua cada semana durante dos meses. Esta propuesta enfurece a varios compañeros que la consideran una verdadera tortura, y le dicen a Daniel que él no tiene autoridad moral para exigir la aplicación de ese tipo de sanciones. Con esa discusión, el ambiente entre nosotros queda enrarecido. De todas maneras, Silverio es desarmado y tiene que cocinar durante dos semanas, como lo estipula el código guerrillero.

Por esos días llega un compañero de la ciudad. Trae empacados, en cajas de cartón, medicamentos, ropa, munición de fusil, de escopeta y calibre 22, también veinte pares de botas y algunos enlatados. Este detalle nos sube la moral a todos.

—Se acordaron que en estos montes hay gente luchando y que tiene muchas necesidades — comenta Jacinto.

En la noche Andrés aprovecha la oportunidad para recordarnos la importancia de los compañeros de las ciudades, así como de las luchas de los obreros y estudiantes:

—Una de esas luchas la dieron los obreros petroleros de Barrancabermeja, el año pasado — dice, de manera emotiva, mientras gira los ojos y se frota los dedos entrecruzados—. Es la misma lucha nuestra, y es por impedir que los yanquis, los ricos de Estados Unidos, se roben el petróleo colombiano y lo conviertan en combustible para los aviones que luego van a bombardear a los pueblos que, como en Vietnam, luchan como nosotros por su libertad.

Esas palabras crean una aureola de grandeza en todos nosotros. Leonardo nos recuerda su lucha contra las petroleras y el ejército. Carlos nos cuenta que cuando él llegó a la región de Yarima y Río Fuego, a finales de 1963, más de trescientos campesinos estaban a punto de levantarse en armas para atacar una compañía de soldados acantonada en el municipio de El Centro, cerca de Barrancabermeja.

—Menos mal que llegamos a tiempo, de lo contrario quién sabe lo que hubiese pasado — termina diciendo.

Finalizando septiembre llegan cinco fusiles de perilla casi nuevos, al día siguiente todos tenemos la moral encaramada en la coronilla porque saldremos de polígono; todos mis compañeros van disparando uno a uno, pero al llegar mi turno se niegan a dejarme disparar. Me siento la persona más inútil; me argumentan que el fusil patea muy fuerte y podía romperme la clavícula. Para mí son razones inaceptables. Le digo a Carlos que entonces para qué me han incorporado a la guerrilla. Me promete que en el próximo polígono me tendrá en cuenta.

Como tengo mis destrezas para el orden cerrado, me encomiendan la tarea de adiestrar a mis compañeros. Todo marcha bien hasta el tercer día de prácticas, cuando se me ocurre tomarle el pelo a la escuadra que tengo al frente y sin pensarlo mucho les digo:

—¡Atención!... ¡Fí!... jense bien lo que les voy a decir...

Y me eché a reír porque se colocaron firmes. Al caer en cuenta de mi broma, se salen de la fila, me insultan y van a quejarse donde Andrés, porque Carlos no estaba en el campamento. Andrés me llama disgustado y de manera enérgica me dice:

—De ahora en adelante le queda suspendida la enseñanza a los compañeros. Debe ser más serio, el adiestramiento del personal no debe tomarse para burlas, eso es una falta de respeto a los compañeros y poco respeto le tendrán a usted cuando se le asigne una responsabilidad. Esta noche debe hacerse una autocritica ante el personal, reconocer su error, y por eso queda suspendido para seguir enseñando.

La depresión me invade por completo y tan pronto encuentro a Parmenio le digo:

—Me siento muy mal por mi embarrada, me da miedo hacerme la autocritica.

—Cuñao —me dice, con acento paternal—, después que uno la embarra debe ser valiente, ya no hay otra salida más que poner la cara. De todas maneras, diga lo que de verdad siente por haber cometido ese error; en todo caso, tampoco por eso el mundo se acabará.

En la noche, ante la mirada acusadora de todos, reconozco mi error y les pido disculpas. Delio, quien está más disgustado, pide la palabra para decir que la guerra es para mayores y que el error no había sido mío, sino de los mandos que me habían incorporado.

— Ese muchachito es muy repelente, no respeta a los mayores, se mete en todo y se cree con los mismos derechos de los adultos, por eso el error es del mando por haberle dado responsabilidades.

La polémica empieza a tomar volumen, unos hablan a favor y otros en contra mía. Leonardo les recuerda que a sus trece años se había metido a la guerrilla liberal y que junto a él también estaban muchos niños de su edad.

— Ahora es lo mismo — continúa diciendo —, y los grandes somos quienes debemos entender a los jóvenes, si es el caso debemos acabar de criarlos, porque la guerra no solo es el combate, sino un montón de cosas que apenas empezamos a aprender.

Carlos interviene en la discusión argumentando que en Cuba y en otras revoluciones los niños participaban en la lucha porque eso era un asunto de todo el pueblo, y prometió conseguir dos libros sobre el tema: *La joven guardia*, y un libro del Che, *Pasajes de la guerra revolucionaria*.

La mayoría manifiesta estar de acuerdo con mi presencia en la guerrilla, pero como Pedro David no es partidario, a solas me advierte:

— Ahora no es que se sople por todo lo que se dijo... Mientras usted tuvo la oportunidad de estudiar tres años, muchos de los que hay aquí no conocen ni las puertas de una escuela, entonces en vez de ponerse a mamar gallo, aproveche el tiempo para enseñarles, pero sin burlarse de ellos, que eso es lo que a usted lo mata.

Le respondo que tendré en cuenta la recomendación.

Aquella reunión me deja pensativo. Muchos compañeros no ven con buenos ojos mi presencia en la guerrilla. Al día siguiente vuelvo a buscar a Parmenio y le digo:

—Estoy triste porque hay compañeros que no quieren que esté aquí.

—No se preocupe demasiado, porque no todos piensan así; a usted lo incorporó directamente Carlos y en la reunión Andrés defendió su incorporación. Aquí hay compañeros muy machistas que no comprenden las cosas, usted no debe confundirse por eso, pero sí debe superar la mamadera de gallo cuando esté en cosas serias, porque eso es muy arrechador y de pronto alguno con rabia le puede pegar.

Sin vacilar, me comprometo a ser más serio y respetuoso con los demás.

A los pocos días, cuando estoy en la guardia, ubicada por un caño abajo, un pelado de mi edad sube pescando con un anzuelo. El guardia tiene la orden expresa de no dejar entrar a nadie al campamento.

—¡Alto! —le grito.

Pero el intruso, en vez de acatar mi orden, sigue avanzando; tengo que retroceder por obligación. Lo encañono de nuevo y le digo:

—Párese o disparo.

—Dispare si quiere, pero yo a usted no le hago caso —me responde con soberbia, y sigue caminando.

No tengo otra alternativa que seguir retrocediendo; al verme acosado disparo cuatro veces cerca de sus pies, buscando que alguien venga a ayudarme a resolver la incómoda situación. De inmediato aparece el grupo de protección, pues el atrevido pelado sigue haciéndome retroceder.

—¡Qué pasa! —dice Saúl, jefe del grupo de protección.

—Que este chino no atiende y me tocó disparar para que respete —le explico.

Saúl toma de uno de sus brazos al impertinente muchacho y se va a informar de la novedad a Carlos.

Una mañana, a principios de octubre, Carlos regresa bien rasurado del caño donde nos bañamos; enseguida veo a Parmenio y a dos compañeros más que se alistan para viajar. De inmediato nos reúnen a todos y Carlos nos comunica que él se va de viaje y que mientras regresa Andrés queda al frente de todo el personal. De manera rápida se despide del grupo y con sus acompañantes sale con rumbo desconocido para nosotros. Al momento varios compañeros manifiestan sus preferencias por Leonardo o Pedro David, pues desconfían de las habilidades de Andrés para conducir el grupo por su incapacidad operativa, todos pensamos lo mismo. La ausencia de Carlos es sentida como cuando el papá se va y los hijos quedan con el hermano mayor, a quien poco se quiere y poco caso se le hace.

A los pocos días el entrenamiento empieza a disminuir y se intensifica el estudio de libros y documentos: las *Cinco tesis filosóficas* y los *Escritos militares* de Mao, la *Segunda Declaración de La Habana*, *Guerra de guerrillas, un método del Che*, *La Guerra de la pulga*, varios libros de Bolívar y de historia de Colombia. Estos y otros libros, entre ellos varias novelas, hacen parte de la biblioteca que Andrés dispone para enseñarnos.

Ocho días después del viaje de Carlos, Parmenio y los demás acompañantes regresan. Espero a que Parmenio se repose y a solas le pregunto si Carlos se demora mucho.

—Creo que sí, porque se fue para la ciudad — me responde.

—Esto está feo, la gente está descontenta con Andrés, el empeño para las cosas decae día tras día y él se mantiene arreo y como atortolado — le comento.

Para sanear un poco la tensión que se respira, Andrés distribuye el personal en tres comisiones. Una bajo el mando de Leo-

nardo, otra al mando de Pedro David y otra que sale con él. Yo voy con Leonardo, reconocimos el terreno y nos reunimos con los campesinos. Quince días después volvemos a encontrarnos todos. Finalizando octubre tenemos que empalmar un rancho porque los plásticos para los guindaderos individuales están rotos y cuando llueve los compañeros se mojan. Una vez el rancho terminado, Andrés ordena guindar allí a unos compañeros que aún tienen sus plásticos en buen estado y deja por fuera a varios que se están mojando. De inmediato los compañeros se disgustan, el reclamo es justo, pero Andrés se sale de casillas y responde de manera altanera a los compañeros:

— Ustedes deben decir con claridad qué es lo que quieren. Si quieren irse, eso no me asusta, muchos otros hombres del pueblo quieren empuñar las armas, y no quiero que nadie se sienta obligado.

Esas palabras acrecientan aún más la llama del descontento. Leonardo interviene para calmar los ánimos:

— Compañeros, no podemos llegar a estos extremos — habla pausado, tratando de controlar el incidente —, no se nos olvide nuestra misión, nuestra disciplina. Compañero Andrés, no está mal que usted piense que aquí puede haber algún compañero que se sienta aburrido, pero eso no le da para que generalice esa valoración a todo el personal, a un jefe no le corresponde tratar las cosas así; y los demás no hagamos de una pulga un caballo, aprendamos a entender que los humanos cometemos errores y nos equivocamos. Es mejor que cuando venga el compañero Carlos hablemos de estas cosas.

Nadie dijo nada, cada uno se fue para su lado, pero el malestar nos lo llevamos guardado.

Al día siguiente siguieron las actividades normales, pero el ambiente tenso se reflejaba en el rostro de todos, así nadie lo

mencionara. A los pocos días se incorpora al grupo el muchacho al que me vi obligado a dispararle en la guardia porque no me hacía caso. Al principio nos miramos con recelo, pero con el correr del tiempo nos hicimos amigos.

Terminando octubre, me llega el rumor que varios compañeros piensan irse para la casa a escondidas de Andrés. Rápido busco a Parmenio y le comento el asunto.

—¿Usted también se va? —le pregunto.

—No —me responde, con seguridad.

—Hablamos luego, el palo no está para hacer cucharas.

Por la tarde Parmenio le solicita a Andrés que me deje ir con él a traer plátanos donde el campesino más cercano. Ya en el camino me comenta:

—La situación no es nada fácil, más de medio grupo quiere irse a escondidas de Andrés, la gente piensa irse para sus casas y cuando regrese Carlos volver a la guerrilla. Esto está muy putiao, a Andrés no se lo aguanta casi nadie, los únicos que soportan un poco las cosas son Leonardo y Pedro David.

—¿Por qué no se le avisa a Carlos?

—Nadie sabe cómo avisarle —me responde, con cierta amargura.

Quedamos que seguiría comentándome las cosas, le pido que no se fuera sin avisarme y él me recuerda que debo guardarle el secreto. Andrés no sabe lo que está sucediendo; los compañeros más cercanos a él son los tres hermanos: Jorge, Guillermo y Mariela.

Por esos días llega a la guerrilla un compañero llamado Mario Hernández y nos cuenta sus experiencias en Cuba, donde estuvo estudiando. Mario trae noticias de Carlos; por comentarios de Abelardo, con quien tengo muy buena amistad, me entero que está por llegar.

Otro compañero nuevo llega de la ciudad, es costeño y amigo de Andrés; en la guerrilla lo llamamos Alejandro. Definitivamente los mandos en la práctica son Leonardo, Pedro David y de cierta manera Parmenio. A finales de noviembre volvemos a cruzar el Cerro de los Andes. Allí, muy cerca de la cresta del cerro, construimos el rancho Número Cinco. Quedamos escondidos dentro de un espeso follaje de la selva, hay muchas palmeras, que por esta tierra se llaman palma de vivo. Al nororiente de donde estamos se ve La Nariz, el pico más alto del cerro, que debe estar como a tres horas de camino por una trocha poco transitada.

Mientras construimos el campamento, Parmenio me comenta que la gente ha colocado un plazo de quince días; si en ese tiempo no llega Carlos, se irán. La idea es irse todos en grupo, llevarse las armas y equipos a un lugar cercano al Centenario, a una jornada de donde estamos, y de ahí en adelante que cada quien siga para su casa y espere el regreso de Carlos.

Llega diciembre, pero los días son iguales a los demás, sin fiestas y sin comida especial porque apenas tenemos para nuestro rutinario menú. Se aprovecha la llegada de Alejandro para que hable con nosotros de diversos temas, y en ocasión de las fiestas de fin de año nos interesamos por los asuntos religiosos.

—Compañeros —empieza diciendo Alejandro—, el ELN respeta los credos religiosos que no se oponen a la lucha revolucionaria. Pero nosotros debemos tener claro los diferentes pensamientos que existen acerca del origen del mundo. En esta oportunidad quiero que hablemos de la religión católica, que es la mayoritaria en Colombia. Hace casi quinientos años llegaron a estas tierras de América los europeos, ellos fueron los que trajeron la religión católica, porque los aborígenes que las habitaban tenían otras creencias. Los conquistadores utilizaron la religión para inti-

midar a los nativos, para engañarlos y someterlos. Al principio a los españoles les dio resultado el engaño para robar a los indígenas, pero cuando ya no les funcionó recurrieron a la violencia, por eso se dice que los conquistadores llegaron con la cruz en una mano y con la espada en la otra. Con la religión primero y luego con la guerra de dominación, aprovechando sus ventajas técnicas y su experiencia de guerreros. Con el correr de los años las oligarquías y la jerarquía eclesiástica han continuado utilizando la religión católica de igual manera para someter a la población.

Alejandro, con toda sencillez, hace las ampliaciones y explicaciones del caso. El tema deja muchas inquietudes, que en el transcurso de los días se van despejando.

En esa misma semana Alejandro nos habla de las dos teorías sobre el origen del mundo, ya en otras oportunidades Carlos y Andrés nos habían tocado el tema.

—A los que creen que el mundo lo hizo Dios —dice Alejandro—, se les llama idealistas, y a los que piensan que Dios no existe y que el mundo se originó por su propia dinámica, se les llama materialistas.

—Entonces yo soy materialista —me dije para mis adentros. Al día siguiente salí de cacería con Leonardo.

—Mijo, encomendémonos a la Virgen del Carmen para que nos vaya bien —me dice, con su voz paternal.

—Yo no creo en la virgen porque soy materialista —le respondo, con cara de ilustrado.

De regreso al campamento sin haber cazado nada, Leonardo, desconsolado, me recrimina:

—Se da cuenta, por culpa suya no matamos nada, eso nos pasó porque usted no cree en la virgen.

Los rumores sobre la llegada de Carlos son contradictorios, unos dicen que ya casi llega, otros que se demora. De todas

maneras, la fecha para irnos ya está definida. El 11 de diciembre llegan José Ayala y Wilson. José regresa de Cuba, y como a él le tengo más confianza, a la primera oportunidad que me da le pregunto por Carlos y él me responde que en dos o tres días llega. De inmediato le paso la noticia a Parmenio, quien de prisa sale a comentarles con alegría a los demás que debíamos esperar.

Al amanecer del 15 llega Carlos con la comisión que el día anterior había salido a esperarlo.

— Se salvó la patria, cuñao, ahora se va a prender esto — me dice Parmenio.

Por la noche se hace una reunión para celebrar la llegada de Carlos, Wilson y José Ayala. No faltan los compañeros que dicen que en ausencia de Carlos el desánimo nos tenía agobiados y que algunos llegaron a imaginarse que ya no regresaría. Carlos explica que el viaje realizado tenía como objetivo ejecutar otras tareas de importancia para la organización y que los resultados eran satisfactorios. No comenta nada sobre los lugares, ni lo que había realizado, pero se rumora que había estado en Cuba. A José Ayala lo bautizamos como Alberto.

Ahora las rutinas cambian un poco, Carlos y Andrés se reúnen por tiempos prolongados. Los demás hacemos diariamente una especie de exámenes prácticos sobre todo lo aprendido en los entrenamientos, /sobre cada tema hacemos simulacros que Carlos conduce y revisa en detalle.

CAPÍTULO X

Aunque de manera oficial no se ha dicho nada, se rumora que pronto saldremos a combatir. En la mañana llamo a Carlos y le digo:

—Compañero, yo sé que nos vamos a combatir, y quiero despedirme por última vez de mis padres.

—Hombre, Norberto, al combate vamos a pelear, no a morir
—me responde, tratando de consolarme.

En la tarde me ordena colocarme ropa de civil, porque salgo en una comisión. Al momento llega Alberto para comentarme que saldremos al día siguiente.

Luego de las incertidumbres de las semanas anteriores, ahora los días parecen atropellarnos, ya es 18 de diciembre. Caminamos un buen trecho saliendo de la zona guerrillera para luego llegar a mi casa. Toda la familia me recibe con mucha alegría. Mi mamá se interesa por saber cómo me siento y si estoy dispuesto a continuar en la lucha. Le digo que sí, que estoy aprendiendo muchas cosas importantes. Mi papá se suma a las opiniones de mi mamá para darme unos cuantos consejos más. Al instante mamá me dice:

—La maestra nos ha preguntado mucho por usted, y no se ha comido el cuento que está estudiando en Bucaramanga. Hace tres días me dijo que ella sabía cómo eran las cosas y que le dijera a Carlos que podía contar con ella. No vaya a dejarse ver por ella porque se pone más maliciosa.

Al día siguiente viajo con Alberto a San Vicente; allí recogemos unas municiones y otras cosas de logística, una caja con libros y propaganda. Luego que Alberto habla con varias personas de la red urbana del pueblo, regresamos al Cerro de los Andes. Cuando llegamos al campamento encontramos un ambiente de viaje, la gente solo esperaba nuestro regreso para partir.

Es una mañana espléndida, propia para un día de partida hacia lo novedoso o incierto, que en estos tiempos pueden ser lo mismo. Antes de seguir navegando en otro pensamiento, la voz de Carlos nos interrumpe a todos:

— ¡Formación regular!

Desde distintas partes corremos presurosos hacia donde Carlos nos hace el llamado. Luego de todas las instrucciones, concluye diciendo:

— Por medidas de seguridad vamos a quemar el rancho, si por alguna razón el enemigo pasa, le será difícil darse cuenta que estuvimos aquí.

Enseguida ordena a dos compañeros para que le prendan fuego. Las hojas de palma del rancho, además del calor que reciben del fogón, están totalmente secas por el verano de diciembre, y en pocos minutos del rancho Número Cinco solo quedan escombros.

Tomamos el camino bien temprano; el día se va gastando en cada trecho de camino, entre el ruido de los pasos y recuerdos de mi casa. Yo tengo catorce años recién cumplidos, muchas ideas anidan en mi cabeza, me siento estimulado por esta vida de guerrillero y espero con mucha ilusión la prueba de fuego para graduarme de combatiente. Al atardecer se va metiendo en nuestros oídos la bulla creciente de las aguas transparentes y fugaces del río Sucio.

Luego de dos días de marchas llegamos a la parcela de Segundo; allí hay un pequeño descubierto sembrado de plátanos, yuca, malanga y unas cuantas matas de cacao. En el centro está el pequeño rancho que meses atrás fue la vivienda del compañero que hoy marcha con nosotros.

Colocamos dos guardias para vigilar los alrededores y nos entramos al rancho para hacer la comida, un sancocho con plátano, yuca y mico; traemos mucha hambre, la poca energía acumulada la hemos dejado a lo largo del camino. Cuando voy con Segundo a buscar los plátanos, siento que le sale desde lo más profundo la canción que empieza a entonar:

*Allá atrás de las montañas
donde temprano se oculta el sol
quedó mi ranchito triste
y abandonado ya sin amor.*

—¿Está triste? —le pregunta Alberto, que también nos acompaña.

—Triste no —responde Segundo, manteniendo los ojos apagados—, quizá un poco de nostalgia porque lo bueno sería que los problemas no fueran tantos, que existiera justicia, menos violencia, que el gobierno atendiera el campo, que la policía y el ejército no fueran el símbolo de la represión. Seguramente si la vida fuera diferente, en lugar de empuñar una escopeta, todos los que vamos aquí empuñaríamos un azadón, una rula, y la tierra pariría comida y las gentes tendrían el disfrute hoy de lo que nos proponemos alcanzar después que triunfe la revolución.

Los tres callamos por un momento. Mientras corta un vástago de plátano para bajar un racimo, Alberto rompe el silencio.

—Si llego vivo al triunfo, quiero venirme a sembrar cacao a esta vega —y señala con la mano un plan grande a la orilla de la quebrada La Pitala.

—Qué bueno que llegara ese momento —le contesto yo—, siempre soñé con ser piloto, porque dicen que desde arriba uno se siente con la cabeza más lúcida para ver el mundo. Pero cuando me enteré que para ser piloto necesitaba ser rico, comprendí que mis sueños eran fantasía... Claro que, si llego vivo al triunfo de la revolución, seré piloto.

—Apúrense con los plátanos —grita Delio, que está de cocinero—, el mico se está ahumando.

Con la prisa de los plátanos se quedan en remojo nuestros sueños. Junto al viejo rancho donde hacemos la comida hay

escombros de un antiguo camino real. Andrés se interesa en él y le pregunta a Pedro David quién habrá realizado ese trabajo.

— Los que lo hicieron están dos metros bajo tierra o se los comieron los gallinazos, eso es una historia — pasándose la mano por la cabeza, sigue hablando Pedro David —. Compañero, cuando el gobierno de Laureano Gómez, a los liberales se les puso el culo que les hacía pucheros, porque sabían lo que les esperaba. Los godos no querían estorbo para su gobierno. A dos jornadas bien jaladas de aquí queda Santa Elena del Opón, ese pueblito era liberal y el gobierno, con los godos y la policía chulavita, se metieron y quemaron las casas. Los liberales murieron asados por las llamas, a una señora de sesenta años se la comieron asada con yucas para que le cogieran miedo al cabo Mujica y abandonaran el pueblo. Fueron muchos los niños carbonizados, otros destrozados por las balas y el machete; a la entrada del pueblo muchas víctimas quedaron colgadas del pescezo, y a varias mujeres embarazadas, que de rodillas suplicaban clemencia, les cortaron los senos y les sacaron sus criaturas rajándoles la barriga para que no volvieran a parir cachiporros. Por este callejón bajaban las gentes huyendo muertas de miedo refugiándose en Barrancabermeja, Yarima y San Vicente; mejor dicho, metiéndose donde les dieran posada. Cuentan que en Santa Elena mandaban los gallinazos. Estos son los escombros del camino por donde, durante varios años, escaparon los liberales de Santa Elena.

— ¿Y qué pasó después de toda esa tragedia? — pregunta Carlos.

— Después vino lo bueno — continúa relatando Pedro David —, la tragedia de Santa Elena se regó por todas partes y entre los liberales se fue enconando una sed de venganza, porque lo de Santa Elena fue demasiado cruel. Al poco tiempo los ricos conservado-

res se apoderaron de las tierras, de las fincas de los muertos y desterrados. Cuando yo entré a las filas de Rangel escuché un discurso de Gaitán donde condenaba la masacre de Santa Elena, de verdá p'a Dios, a uno se le ponían los pelos de punta. Un día Rangel seleccionó doscientos hombres de sus filas y nos dio como tarea acabar con los godos que se apoderaron de Santa Elena. La noticia que íbamos a recuperar esas tierras se regó por las veredas de La Salina, El Hojarasco, Los Aljibes, La Fortuna y El Oponcito, y muchos de los huidos de Santa Elena se unieron a nosotros. Aquí están Leonardo y Delio que también vivieron conmigo ese momento.

Pedro David hace una pausa para llenar su pipa con colillas de cigarrillos.

—Leonardo, ¿y usted cómo vivió ese momento? —pregunta Andrés.

Leonardo, acomodándose el sombrero hacia atrás, organiza los recuerdos de esos días:

—Yo era estafeta de Rangel, llevé varias cartas al Directorio Liberal de Barrancabermeja y de Bucaramanga, también repartí *La Vanguardia*. Lo de Santa Elena fue muy violento... A mí me vincularon a una escuadra de macheteros, la misión era recuperar Santa Elena al precio que fuera. De Los Aljibes salimos doscientos guerrilleros, pero en el camino se nos unieron muchos familiares de los muertos, creo que llegamos a ser quinientos hombres. La chulavita estaba acantonada en la mitad del pueblo. Recibimos la orden de no dejar escapar a nadie. Los que llevaban armas de fuego atacaron a la chulavita y los demás rodeamos el pueblo. A eso de las siete de la noche comenzaron los tiros y la quemazón de casas. Todo el pueblo se fue convirtiendo en llamas y el que trataba de escapar corriendo se iba muriendo. La chulavita fue reculando hasta agruparse en tres

casas grandes en el centro del pueblo. Nuestros polvoreros empezaron a meterles cargas de dinamita, cosa que a las diez de la mañana del día siguiente se murió el último chulavita, casi todos quedaron quemados o aplastados por los escombros de las paredes caídas, nosotros nos retiramos al medio día.

Los relatos se van intercalando con el sancocho del medio-día. Concluyendo las historias para continuar la marcha, Carlos anota:

—Todas estas cosas son las que hay que superar al triunfo de la revolución.

A las dos de la tarde abandonamos La Pitala. Luego de dos jornadas llegamos a la parcela de Delio, ubicada en el cerro de Las Pavas, donde también hay plátano, yuca, caña y cacao. En la puerta del ranchito, que está a punto de caerse, hay una tabla con un letrero que dice «El Edén». Como llegamos temprano, limpiamos las matas de plátano y reforzamos el rancho con madera nueva. Al día siguiente llegamos a las cabeceras de un río grande.

—Cuñao —me dice Parmenio, sonriente—, este es el Cascajales, donde nos mojamós las bolas en julio, en el segundo día de marcha.

—Ya me acuerdo —le respondo—, estaba más asustado que un picado de mapaná.

En la mañana del día siguiente hacemos una práctica de tiro; cada uno disparamos nuestra arma de dotación bajo la mirada vigilante de Carlos. Yo disparo la pistola *Star* nueve milímetros de Carlos. Camilo se pone celoso porque Carlos no tuvo la misma deferencia con él. Su molestia es tanta que antes de transcurrir quince minutos se acerca para decirme que me habían prestado la pistola porque yo era un lambón que bus-

caba tener a los jefes en el bolsillo. Entonces meto mi mano al bolsillo y le digo:

—De verdad, aquí los tengo a todos, si quiere le doy uno para que deje la envidia.

Camilo, enfurecido, me encañona con una escopeta; el espectáculo termina de inmediato porque otro compañero se la arrebató y yo me retiro a mis quehaceres. Por las premuras de nuestro desplazamiento el incidente se queda en el tintero. En los días siguientes las marchas son continuas hasta que llegamos a una pequeña finca; en el centro de un potrero plano hay una casita con tapias de barro. Cuatro personas la habitan, una pareja de campesinos y sus dos pequeños hijos. Sobre un tronco grueso labrado con hacha hay un letrero con letras negras que dice «Pénjamo», ese es el nombre de la parcela. Ahora nos encontramos muy cerca de la imponente cresta de la Cordillera de los Cobardes. Carlos pasa revista al terreno con sus binoculares.

—Ese descubierta se llama Marañón —le dice José, señalándolo con el dedo—. Por ahí pasa el camino que va para Simacota.

En Pénjamo descansamos cuatro días; solo Delio, Alberto, Guillermo y Segundo continúan el camino casi de inmediato. Por comentarios me entero que los cuatro compañeros se han adelantado para realizar labores de inteligencia sobre el objetivo que se piensa atacar. Aprovechando el descanso, Carlos y Andrés nos llaman a Camilito y a mí para tratar nuestros líos personales.

—Ustedes, que deberían ser más allegados —dice Andrés—, se tratan como si no fueran compañeros.

—Esto es muy delicado —añade Carlos—, porque esta situación nos puede llevar a nuevos incidentes como el del polígono, y si eso se repite nos toca dejarlos en una de estas fincas por unos tres meses mientras regresamos.

El solo hecho de pensar en eso me pone nervioso, y tan pronto me permiten hablar les prometo que de mi parte no volverán a tener problemas. Lo mismo añade Camilito. Pero tanto Carlos como Andrés se muestran incrédulos a nuestras promesas.

—Cuñao, ¿qué le dijo Carlos? —me pregunta Parmenio, preocupado, después de la reunión.

Yo le comento lo que nos dijeron. Y a manera de consejo me recomienda:

—Tiene que evitar esos líos, porque así las cosas se le complican y sería muy jodido que lo sancionaran, como dice Carlos.

También le prometo a Parmenio mejorar mi comportamiento. En la reunión de la noche Andrés nos hace la crítica pública y a Camilo lo desarman.

—Las armas son para usarlas contra el enemigo, no contra los compañeros —concluye Andrés.

—En todo caso —anota Carlos—, ustedes son los que tienen que ver cómo van a seguir tratándose, de lo contrario ya saben a qué atenerse.

El último día del año, temblando por el frío de verano, cerca de veinte guerrilleros nos despedimos uno a uno de la señora de la casa y de sus dos niños. Su esposo había ingresado a nuestras filas y, en medio de los sollozos de su mujer, se echó el equipo al hombro, le dio un beso a ella, a sus dos pequeños y tomó la punta de la vanguardia en la marcha que iniciamos hacia la Cordillera de los Cobardes.

—Ese hijueputa cerro altísimo hay que cruzarlo —me dice Parmenio, señalando con la mano la cordillera.

En el primer descanso que hacemos le pregunto:

—¿Por qué le dicen la Cordillera de los Cobardes?

—No sé, pero el frío que hace allá es arrecho y el tórtolo se le pierde a uno cuando va a miar y toca bajarse los pantalones p'a topalo —Parmenio se echó a reír con su particular picardía.

Seguimos caminando hasta llegar a El Marañón, una finca abandonada por donde pasa el camino que va de El Carmen a El Hato, un corregimiento cercano al municipio de Simacota.

—Busquen sitio para campamento en aquella cañadita —ordena Carlos a Leonardo y Segundo.

Luego de un cuarto de hora regresan y partimos a acampar en el lugar señalado por Carlos. Cuando recibimos la orden para asear las armas me siento junto a Pedro David.

—Présteme el destornillador —lé digo—, voy a ajustarle la chapeta a mi escopeta que tiene flojo el tornillo.

Sentados a nuestro alrededor también están Jacinto, Mariela, Silverio y Sergio.

—En este clima tan húmedo es bueno dejarles a las armas una película delgada de aceite para que no se oxiden, y cuando se van a usar deben estar sin aceite para evitar le caiga a la munición —nos recomienda con paciencia Pedro David.

Al día siguiente, muy temprano, antes de que el sol asome por entre los filos de la fría Cordillera de los Cobardes, comenzamos a subir por un camino regado de cascarillas de los proyectiles del antiguo fusil *Gras* custodiado por un desfile de tumbas con sus lápidas de letras desteñidas; una historia de guerras y tragedias se nos revela sin necesidad de palabras. Esparcidos a lo largo de ese camino encontramos pedazos de vasijas de cocina y dos bracitos de una muñeca que, sin saber por qué, recojo y guardo en mi equipo bajo la mirada interrogante de Andrés que camina detrás de mí. Como a las diez de la mañana, cuando la marcha se para, desde la vanguardia pasan la voz de que un toro cimarrón no deja pasar a nadie.

—Cómo putas nos va a atajar un toro —dice Carlos, un tanto disgustado.

—De lado y lado es peña y el animal está apoderado del camino —responde el mensajero.

—Que la retaguardia coloque guardia atrás —ordena Carlos, quitándose el equipo y pasando adelante a resolver el problema.

Media hora más tarde seguimos esperando la solución. De repente se escucha una gritería y todo el mundo corre buscando donde esconderse. El toro pasa resoplando por el camino abajo, pues Carlos le había colocado un trapo rojo de frente mientras otro compañero gritaba provocando al toro.

Pasado el mediodía culminamos el último repecho para llegar a lo más alto de la cordillera. Mientras descansamos, Carlos nos explica algunas cosas para orientarnos en el terreno.

—Cuñao, el combate está cerca —me susurra Parmenio al oído.

—¿Por qué nos vinimos tan lejos para la pelea? —le pregunto, preocupado.

—El tigre no se caga en la puerta de su madriguera... Nosotros hacemos lo mismo, peleamos lejos para regresar luego a nuestra región. Si peleamos allá, ¿para dónde nos vamos?

—Ya comprendo —le digo.

A las cuatro de la tarde llegamos a un lugar llamado Hoya Ciega, una pequeña finca con un ranchito en la mitad del potrero; allí encontramos una provisión que dispusimos para la comida. Me siento extraño en aquel terreno tan frío pues, aunque lo he visto en películas, no lo imaginaba así. El frío es increíblemente y siento que me llega a los huesos. Estoy de mal humor, el asma me atacó prácticamente desde que empezamos a subir la cordillera.

—Pueden irse a bañar en grupos de a cinco —ordena Andrés.

Esta es una actividad para la que no existen ánimos. Yo no tengo ganas ni de lavarme las manos. Nunca antes había estado

en un páramo. La neblina es tan densa que a veinte metros no se ve nada. Cuando empieza a caer la tarde ordenan acondicionar los dormitorios. Los pocos compañeros con experiencia nos explican que, en vez de usar hamaca, es mejor dormir en el suelo sobre un colchón de helechos secos y hacerlo en compañía para sentir menos frío; los novatos seguimos al pie de la letra las recomendaciones.

Mientras hacemos los dormitorios comentamos el caso de Rovira, quien dejó olvidadas las cartucheras en la cordillera y Carlos le ordenó ir a buscarlas; eso significa desandar seis horas luego de una marcha tan agotadora. Pero para todos está claro que en esos casos la disciplina lo exige.

—La suerte me hizo una mala jugada —le digo a Parmenio, al momento de acostarme.

—Por qué me dice eso, cuñao.

—Porque me toca llamar a Camilito para la guardia y seguro que no se va a levantar rápido.

—Déjese de tanta prevención, porque eso es lo que lo jode. Usted lo llama hasta que se despierte y seguro que no hay lío —termina diciéndome Parmenio, y en su tono de voz siento que quiere descansar.

A la una de la mañana recibo la guardia. Tengo nervios porque el viento se estrella con fuerza contra los matorrales y no deja escuchar casi nada. Cuando faltan cinco minutos para las dos voy rápido a llamar a Camilito, trato de sacarlo de la cama y nada. Pasan quince minutos y después de tres llamadas y nada que se levanta, voy donde Carlos a informarle la novedad.

—Vuelva a llamarlo, esté seguro que se despierte y se levante. Si no se levanta échele agua en los pies.

Con estas recomendaciones, me siento respaldado y vuelvo al ataque. Le advierto que si no se levanta le echo agua. Como

no hace caso le mojo los pies. Inmediatamente salta furioso y yo regreso rápido al sitio de guardia. Cuando le hago entrega formal de la guardia me insulta y me reta a que nos matemos. Le respondo que al amanecer arreglamos porque en la guardia no podemos hacerlo.

Al amanecer nos miramos, empezamos a hablar y casi de inmediato concluimos que lo mejor es no pelearnos, porque con seguridad Carlos nos desarma y no podremos ir al combate. Todo termina en un pacto de caballeros.

A las once de la mañana llegan Delio y Guillermo, dos de los compañeros que se adelantaron en Pénjamo. Nos saludan a todos y de inmediato se reúnen con Carlos y Andrés. Luego del mediodía somos convocados por nuestros mandos para hablar sobre el inicio del año nuevo.

—Compañeros, ha llegado un nuevo año, es un año lleno de expectativas para este nuevo ejército, expectativas que nuestra patria aún no conoce, esto nos exige un profundo compromiso que nos permita comprender los sacrificios, por eso hoy celebraremos con mucha sencillez, pero con mucha convicción revolucionaria. En este nuevo año que comienza tenemos el reto de demostrarle a nuestros enemigos y a los incrédulos de la lucha armada que somos invencibles, porque estamos con el pueblo, defendemos sus intereses y nos asiste la razón —termina diciendo Andrés, con vehemencia.

Mariela aprovecha el momento para repartir dos botellas de vino.

—Junto con este año nuevo que empieza a correr, vamos nosotros hacia nuevas tareas —anota Carlos, en tono pausado—, la marcha que continuaremos esta tarde es de mucho cuidado, así como las de los próximos días. De nuestra disciplina dependen los éxitos que podamos alcanzar.

Al terminar la charla formamos en un pequeño patio. Allí Carlos nos ordena entregar los equipos a una comisión para que los guarde en un lugar cercano.

—Solo dejaremos para la marcha la ropa que tenemos puesta, el arma y las municiones — termina diciendo Carlos.

Una hora después iniciamos el descenso de la Cordillera de los Cobardes. La brisa atropella nuestros rostros y con sus partículas frías nos trae la sensación del combate que se aproxima, una sensación revestida con un halo de pureza. Siento mis pasos en cámara lenta, como en las películas, y por mi mente desfila cada una de las lecciones aprendidas en los entrenamientos. Luego los nervios me invaden al imaginarme en un combate y todas las lecciones me llegan de golpe y en desorden.

Para consolarme me digo a mí mismo:

—Ojalá me toque cerca de Parmenio, así sentiré menos miedo.

Mis pensamientos los interrumpe un susurro que viene de la vanguardia.

—Hay que caminar con cuidado.

Estamos pasando cerca de una casa, doy la voz de inmediato y me concentro en el ruido de las botas. En el silencio de la noche, nuestras pisadas sigilosas hacen un ruido descomunal. En el terreno pedregoso y tostado por el verano las suelas de nuestras botas crujen sin parar. Finalmente, a las doce, paramos en un cañito para tomar agua y comer un pedacito de panela. Carlos aprovecha para advertirnos que debemos caminar más cerca el uno del otro, nos explica que hay varias bifurcaciones de caminos y muchas viviendas, y debido a la oscuridad debemos ser doblemente precavidos para no perdernos.

Continuamos marchando; alrededor de las dos de la madrugada Carlos ordena un alto y en tono severo advierte:

—Nadie puede retrasarse, no podemos amanecer sobre este camino, hacerlo significaría echar todo a perder, hagamos un esfuerzo y caminemos más rápido.

Carlos, que marcha inmediatamente después de la vanguardia, ahora se ubica de penúltimo en la retaguardia. Pese a este ajuste, por la oscuridad y el cansancio, continuamos caminando con la misma lentitud. A eso de las cuatro de la madrugada Sergio se quita las botas y le enseña a Carlos los pies cubiertos de ampollas de agua y le manifiesta su imposibilidad de seguir caminando. De inmediato lo llevan sin arma a una casa cercana. Los demás continuamos la marcha.

Al rato, desde un pequeño cerro, avistamos las luces de un pueblecito, El Hato, y en esa dirección continuamos el camino. Al amanecer estamos en las goteras del caserío y en varias oportunidades tenemos que agacharnos para que algunas personas que ya se han levantado no nos vean. Rápidamente entramos a una casa grande, de paredes gruesas y piezas amplias. Allí están los compañeros que se nos habían adelantado en Pénjamo cinco días atrás. En silencio nos saludamos efusivamente, pues los vecinos no deben escuchar nuestra alegría.

—Aquí nos quedamos hoy — dice Carlos —, los compañeros que nos estaban esperando se encargan de la seguridad y los demás descansamos.

El *Reporter Esso*, con su tropel de noticias, me saca de los sueños. Son las tres de la tarde del 4 de enero, algunos de los compañeros ya están de pie mientras otros siguen durmiendo. Luego de levantarme alguien me indica un lavadero y allí me baño, lavo la ropa y así mojada vuelvo a colocármela, es norma de los ejércitos en campaña. Luego del baño voy por el suculentísimo sancocho de gallina que los demás compañeros ya están disfrutando.

En medio del ruido de cucharas y del sabor de la gallina vuelven las recurrentes conversaciones sobre las historias de La Violencia:

—En ese tiempo la persecución fue tan feroz que el pueblo quedó solo; nosotros nos retiramos luego de varios combates que desarrollamos en esos cerros por donde ustedes bajaron. La policía se juntó con los conservadores y la orden era entregar la cabeza de mi hermano Gustavo y la mía a cualquier precio. Por aquí los liberales se levantaron en armas y varios de ellos pelearon de la Cordillera de los Cobardes para atrás. Allí murió Gustavo. Se hizo matar después que le rodearon la casa donde estaba — comenta José González, el anciano padre de Mariela, Jorge y José, ahora vinculados a nuestra causa.

El viejo está orgulloso porque nos alojamos en su casa, pero además porque ve a sus hijos en la lucha. Está emocionado a tal punto que sale a la calle y, ya con unos tragos encima, se mete en líos con un amigo, lo amenaza diciéndole que la cosa es en serio y que en su casa tiene quien responda por él.

El tipo se va de inmediato para la casa del viejo, a ver con quién tiene que arreglar el problema. Como en todo alegato callejero, no faltan los curiosos que quieren saber cómo terminará aquella bronca. Por fortuna, la señora —y nuestra prudencia para que nadie nos vea— logran sacarnos de aquel trance difícil que colocó en riesgo nuestra seguridad. El ambiente es tenso, pues la gente puede sospechar de lo dicho por el viejo. Nos ordenan permanecer de pie y en alerta. Nos distribuyen en comandos en lugares claves en el interior de la vivienda. Allí en El Hato solo hay tres policías, pero tienen una línea telefónica con El Socorro donde hay un batallón del ejército.

Un compañero conocedor del vecindario sale a dar una vuelta por el caserío y encuentra la situación normal; pese a eso reforzamos la guardia, y a las nueve de la noche nos acostamos.

Mientras el grueso de los guerrilleros permanecemos en El Hato, un pequeño grupo, entre los que están Delio y Alberto, sale a una misteriosa comisión de inteligencia.

El 5 de enero Alberto, tan pronto regresa, conversa largamente con Carlos y Andrés. El ambiente es de combate. El nerviosismo lo veo en el rostro de los demás; aunque me esfuerzo para que en el mío no se note, me queda la duda. Ahora todo parece trascendental, me da miedo perderme en este terreno desconocido.

—¿Si me pierdo en esta región qué debo hacer? —le pregunto a Parmenio.

—So tórtolo —me dice con cariño—, pues eso fue lo que ya explicaron.

—Sí, sí... pero yo quiero que usted me explique.

Parmenio se sonríe, mira la cordillera, se coloca de frente a ella y me dice:

—Aquí es fácil, cuñao, mire, si uno se pierde, si se queda solo, toca caminar siempre p'arriba, porque arriba es la cordillera y abajo es donde estamos. Entonces uno puede coger un caño, un camino o un filo arriba para montarse siempre a la cordillera que cruzamos antes de llegar a Hoya Ciega, eso está en esta dirección —extiende el brazo señalando la cordillera que alcanzamos a ver en el momento que las nubes se elevan—. En todo caso, cuñao, lo mejor es no perderse porque en esos jijueputas fillos hace mucho frío y si uno se embolata y no llega a Hoya Ciega, que fue donde dejamos los equipos, nos lleva el divino putas.

Al atardecer recibimos la orden de alistarnos para continuar la marcha. Carlos había salido a las tres de la tarde con Alberto, estamos seguros que han ido a confirmar la inteligencia al sitio donde vamos a incursionar.

En la noche debemos evitar al máximo hacer luces; pese que los únicos que llevan linternas son Carlos y Andrés, no sobran las recomendaciones:

—Compañeros, continuamos la marcha con las mismas medidas de seguridad que hemos traído. Repito, marcharemos con una distancia muy corta para que nadie se desvíe de la ruta. Cada vez que alguien se retrase se pasa la voz en susurro para esperar. Cuando pasemos junto a las viviendas lo hacemos con sigilo. En los lugares de descanso nadie olvide prendas, y el último de la retaguardia llevará arrastrando unas ramas de arbustos para borrar los rastros y evitar en exceso las huellas de botas —nos dice Andrés, quien ha asumido la primera responsabilidad en ausencia de Carlos.

Iniciamos la marcha a las siete de la noche. Como es verano no esperamos lluvia, es una noche de una oscuridad penetrante y la neblina se extiende como una masa densa encegueciendo nuestros pasos, por eso caminamos agarrados de la camisa del de adelante para poder guiarnos. Como estamos en días festivos, los caminos están muy transitados, sin remedio debemos marchar por entre los potreros tratando de acortar distancias, pero por la inexperiencia del guía y la nuestra todo se dificulta y lo que pensábamos recorrer en dos horas lo hacemos en cuatro. Las cosas se complican y Andrés empieza a preocuparse porque no alcanzamos a llegar a tiempo al lugar acordado con Carlos. A medida que transcurre el tiempo la marcha se hace más lenta. Algunos compañeros caminan descalzos, las marchas anteriores han destruido sus botas y no tenemos un peso para comprar nada. Todos estamos acostumbrados al clima caliente pero ahora el frío de la altura ataca nuestras fuerzas. Las horas pasan; junto al sofocante trajín de la marcha sentimos una especie de frío caliente y la respiración se hace húmeda.

La región es muy poblada y las gentes están de fiesta por el año nuevo. A medida que avanzamos vamos escuchando las explosiones de pólvora. El olor de la chicha y de los tamales santandereanos nos embriaga cuando pasamos cerca de las casas. En eso estamos cuando nos sorprenden tres linternas que vienen de frente, como a nuestro encuentro. De inmediato se da el orden de ocultarnos a un lado del camino. Mientras esperamos el paso de los intrusos sentimos el ladrar de los perros por todo lado, adelante y atrás. Lo hacen con desespero, es seguro que han detectado nuestra presencia. Son tres borrachos, con sus cervezas entre pecho y espalda. Me viene a la memoria las serenatas que dábamos con los hermanos Estrada, Gordillo y Ortiz en nuestra vereda en cada diciembre, a las que yo iba de pato.

— Pasen la voz que podemos seguir — dice un susurro desde adelante.

Luego de cuarenta minutos de camino pasan la voz preguntando si vamos todos. Descubrimos que falta Camilito. Varios compañeros suponen que pudo haberse quedado dormido en el lugar donde nos escondimos para darle paso a los borrachos. Andrés ordena parar la marcha y envía dos compañeros a buscar al perdido. Esta operación demora una hora y media. A las cuatro y media nos salimos del camino para ocultarnos en un pequeño cafetal. Allí Andrés nos reúne y en voz muy baja nos dice:

— Debemos hacer mucho silencio, a unos cincuenta metros de aquí vive una viejita sola y por la parte baja pasa un camino.

En ese cafetal entre El Hato y Simacota dormimos plácidamente hasta las seis de la mañana. A nuestro alrededor hay muchas viviendas, cafetales, sementeras, potreros y cañaduzales.

A las once de la mañana me llaman para hacer la guardia junto a Wilson, un compañero santandereano que había recibido entrenamiento en Cuba, al que pocas veces yo me acercaba

porque era muy regañón. En ese momento regresa un compañero que había enviado Andrés para comunicarse con Carlos. Al instante llegan también Carlos, Alberto y Delio, quienes nos saludan efusivamente y siguen de prisa para donde está Andrés. Con lápiz y papel en mano hablan durante más de tres horas.

Al mediodía, justo cuando el sol está pleno sobre nosotros y sus rayos se filtran entre los árboles que dan sombra a las matas de café, vemos venir hacia nosotros a la señora de la casa, quizá buscando algo. Al vernos se llena de miedo y arranca a correr dando gritos de angustia. Carlos ordena a Mariela darle alcance y calmarla. Detrás de ella también van otros tres compañeros, porque la viejita sacó energías de tal magnitud que no había quien la alcanzara. Al fin se le acercan y con mucha dificultad la convencen de que nada le va a pasar. La abuela solo se tranquiliza cuando ve a Delio, quien resultó ser primo de ella.

A las tres de la tarde Segundo, Delio y Saúl salen de civil por el mismo camino por donde llegó Carlos en la mañana. Segundo lleva una botella de aguardiente en el bolsillo aparentando que va en son de fiesta, aprovechando que es 6 de enero.

Ese día la comida está esquivada, de desayuno solo comimos medio chorizo por compañero y un pan mediano para tres; de almuerzo recibimos un pedacito de panela y de comida un tarrito de salchichas, también para tres.

—Tengo más hambre que ratón de iglesia, algunos creen que con hambre se pelea mejor — me dice Parmenio a eso de las cuatro de la tarde.

—Yo no creo, porque el hambre da desaliento — le respondo.

Con una mirada que busca el horizonte, me dice con una seguridad sin límites:

—Tranquilo cuñao, que luego del combate nos desquitamos, ya me sueño con el triunfo, lo único que me trasnocha es saber que

nos toca subir la cordillera, pero lo que me consuela es que pronto vendrá lo que nos ha repetido Carlos, el bautismo de fuego.

En la noche prestamos la guardia en defensa circular y a las ocho nos acostamos, levantándonos de nuevo a las once de la noche para reanudar la marcha. A las cuatro de la mañana escuchamos cantar los gallos por todas partes, aún estamos demasiado lejos del sitio que pensamos atacar al amanecer. En ese momento Carlos nos pide poner en funcionamiento todas nuestras fuerzas. Ya en medio de la claridad corremos por el camino ante las miradas nerviosas de los pobladores que se imaginan que somos un grupo de bandidos, de esos de La Violencia, aún tan fresca en su memoria.

Faltando veinte minutos para las seis de la mañana llegamos a un rancho donde viven dos señoras. Nos miran desconfiadas; en medio de su sorpresa nos brindan un poco de café sin saber si somos ejército, policía u otra cosa. Mientras disfrutamos ese café caliente y amargo, las señoras humildemente nos piden disculpas por su pobreza.

A esa hora todos estamos muy agitados, nerviosos e impacientes. El instante definitivo está frente a nosotros y el objetivo, Simacota, a escasos doscientos metros. Mientras miramos el pueblo, por debajo de un cafetal, Carlos da órdenes a cada uno de los comandos de ataque y señala con la mano el lugar asignado.

El primer grupo está bajo el mando de Alberto, su misión es aniquilar a la policía en un asalto por sorpresa; con él van Delio, Jacinto y tres compañeros más, todos de civil y con arma corta. Alberto lleva la única arma de ráfaga existente, una carabina San Cristóbal. Para la carretera que va de Simacota a Chima salen cuatro compañeros. A la captura del alcalde, a quien pensamos hacerle un juicio público por corrupto, salen Pedro David y Parmenio con otro comando. Para hacer las pintas y distri-

buir el Manifiesto son designados dos compañeros al mando de Andrés. Carlos, Rovira y dos compañeros más son los encargados de sacar el dinero de la Caja Agraria. Para expropiar El Estanco, donde hay una considerable cantidad de enlatados, van Leonardo y otro compañero; deben conseguir prestadas algunas mulas para llevar la comida del repliegue. Yo soy designado junto con Elí y Sergio para cubrir la entrada de la carretera que llega del Socorro a Simacota. Wilson y otro compañero deben cortar la línea telefónica para inutilizar Telecom y sumarse al comando donde voy yo. Por la premura del tiempo y por ya estar descubiertos, las misiones se dan delante de todos. Mientras estamos en eso, una señora, de entre las más de cien personas detenidas, se escapa y corre en dirección al pueblo.

El primer comando encargado de reducir a la policía sale a la carrera. Luego lo hace Carlos con el otro comando y al instante todos los demás. Un policía que nos divisa a unos doscientos metros se queda mirándonos sorprendido. Carlos, con voz enérgica, nos dice que continuemos caminando con normalidad y extiende su brazo derecho saludando al policía, quien al ver la familiaridad del saludo sigue su camino. En el momento en que el policía entra a un restaurante cerca de la Caja Agraria apresuramos la marcha.

Llegamos rápido a las primeras casas del pueblo y nos dirigimos a los sitios indicados. Antes que nuestro comando llegue a su lugar escuchamos los primeros disparos. De inmediato las gentes se encierran en sus viviendas, y las calles de Simacota quedan solas, desiertas.

Wilson nos distribuye en tres sitios desde donde nos vemos unos a otros y podemos cubrir la carretera al Socorro en un tramo de cincuenta metros.

Un viejito baja por un camino con diez mulas cargadas de leche y las descarga junto a nosotros. Wilson le ayuda y empiezan a conversar animadamente.

— Yo sé lo dura que es esta vida de ustedes porque fui guerrillero liberal desde que mataron a Gaitán. Vivo a veinte minutos de aquí, cualquier cosa que necesiten, a la orden — termina diciendo el viejito, y luego de organizar sus animales se marcha con una sonrisa de satisfacción entre los labios.

La gente que nos mira por entre las rendijas empieza a abrir las puertas de sus casas y tímidamente se va acercando.

— Tranquilos — les dice Wilson —, somos sus compañeros y no les vamos a hacer ningún daño, nuestra lucha es contra los ricos y sus fuerzas armadas. Somos amigos de todos los pobres, así sean liberales o conservadores.

A las siete de la mañana los disparos en el cuartel de la policía han cesado, la situación está controlada y el ambiente del pueblo es tranquilo; a nuestro alrededor hay más de cincuenta personas escuchando a Wilson. En ese momento bajan dos compañeros convidando a la gente a reunirse en la plaza.

— Los compañeros van a leer el Manifiesto, ya todo está controlado — le comenta un mensajero a Wilson.

La gente se va para la plaza y nosotros quedamos solos.

— Ojalá los refuerzos para la policía no aparezcan, porque con estas armas no matamos a nadie — le digo a Libardo.

Es verdad, estamos mal. Libardo tiene una carabina calibre 22 que por proveedor lleva un tapón de palo y para llevarle el tiro a la recámara debe colocarse con el cañón hacia abajo. Mis armas son un revólver hecho en el taller de Chorro de Humo, un herrero de San Vicente, que tiene presencia, pero no dispara; y una escopeta calibre 44 con solo siete cartuchos a los que, por advertencia de Leonardo, les he echado parafina para que

entren a la recámara. Sergio, que ya ha regresado de cortar el hilo telefónico con Elí, porta una escopeta calibre 16 de un solo tiro y Elí un fusil .30 de repetición muy escaso de municiones.

A las diez de la mañana Carlos, montado en un caballo brioso, baja de la plaza a visitarnos; veo en él la inconfundible imagen de los protagonistas de las películas mexicanas.

— Todo está controlado. Estén listos porque ya casi nos retiramos — nos advierte con ese aire de seguridad que siempre tiene —. Acompañeme a la plaza — le dice a Wilson.

Elí ordena repartir la leche de la hacienda, esa que el viejito había descargado junto a nosotros, entre toda la gente que ha regresado de la plaza.

Así se hace y todo es júbilo en las gentes, quienes marchan agradecidas con sus vasijas repletas de leche gratuita. Cuando estamos a la expectativa de retirarnos, escuchamos un carro que viene del Socorro. Reaccionamos de inmediato, pero la gente nos advierte que lo más seguro es que sea la camioneta que todos los días a esa hora viene a recoger la leche. Cuando se acaba la explicación aparece el vehículo, que no era la famosa camioneta de la leche sino un campero militar con soldados. La sorpresa es enorme. La gente que está junto a nosotros desaparece y al instante se inician los disparos, acompañados por el golpeteo desordenado de las puertas de las casas que se cierran con premura.

Elí, que está al mando, hace un disparo al vehículo y sale corriendo en dirección a la plaza. Sergio corre en sentido contrario y no lo volvemos a ver. Yo acciono mi escopeta y al no funcionar, salgo corriendo en la dirección señalada en el plan de emergencia. Mientras que los soldados nos siguen disparando, miro por donde debíamos retirarnos y veo correr a Libardo. Corro entonces tras él, cuando llego a una cerca de piedras le grito que me dé la mano porque no logro treparla y él extiende

su brazo, pero un disparo pega junto a nosotros y las esquirlas de piedra me dan en la cara. Mientras caigo al suelo escucho correr a Libardo del otro lado de la cerca. Miro otra vez y veo a dos soldados que siguen disparándome y echo a correr, encorvado, por el borde de la cerca.

Siento los disparos encima, el miedo de quedar perdido de mis compañeros aumenta mi angustia. Al instante recuerdo las recomendaciones de Parmenio y recobro la confianza. Sigo corriendo y a unos cien metros me tiro a una zanja de desagües, le cambio el cartucho a la escopeta y le coloco el de mejor aspecto, con la esperanza que reventara; reviso mis cartucheras y compruebo que nada me falta.

Lleno mis pulmones de aire hasta lo más profundo y salgo agachado por la zanja hacia arriba, esa es la dirección que me puede llevar al encuentro con mis compañeros. Luego de caminar unos cuarenta metros miro a mi izquierda, hay una corrajea y una bañadera de ganado y hacia allí corren dos soldados tratando de tomar posiciones más ventajosas. Apuro mi retirada para llegar a un lugar por donde habíamos pasado en la mañana antes del combate.

Al encontrarme con Segundo le grito:

— ¡Cuidado! Hay soldados en la bañera del ganado y desde allí nos pueden disparar.

— Corra y dígame a Carlos, que va ahí arribita — me responde él, y yo sigo corriendo a dar la voz de alerta.

Al conocer la situación Carlos toma rápidas medidas.

— ¡Todos al suelo! — grita —, los de las bestias sigan rápido adelante, los demás seguimos replegándonos asumiendo posiciones combativas sin dar la espalda.

En ese momento llega Rovira agitado y sudoroso. Con voz nerviosa le informa a Carlos:

— Compañero, mataron a Parmenio.

La tristeza me invade por completo. Un puño de mil dedos aprieta mi corazón y no puedo contener las lágrimas. Siento que se me va más de media vida, y la congoja con toda su fuerza se apodera de mí. Los tiros siguen sonando. Carlos ordena a dos compañeros que traigan su cadáver, pero en ese momento ya lo traen sobre una mula que viene con otra carga; su cuerpo se descuelga flácido sobre el animal. Cuando empezamos a trepar una pendiente del camino, la mula no puede con su peso y se cae.

— Vaya — me ordena Carlos —, sáquele de los bolsillos todo lo que tenga, compruebe si está muerto y si llega a estar solamente herido me avisa de inmediato.

Corro hacia donde está Parmenio y me tiendo junto a su cuerpo, le tomo el pulso, no siento nada. Coloco mi cabeza en su pecho buscando los latidos de su corazón, no escucho nada. Le hago la prueba de pupila. No hay duda, Parmenio está muerto. Dos compañeros me hacen señas para que agilice, entonces le saco las cositas que tiene en los bolsillos y, aunque no quiero separarme de él, debo retirarme. Imposible que pudiera estar vivo, la bala calibre 30.06 de fusil le entró por la espalda y le atravesó el estómago. Mientras me retiro en medio de los disparos pienso en doña Teófila, su madre, y en mi hermana, su novia. No puedo imaginar mi vida guerrillera sin mi mejor amigo. A unos cien metros de donde quedó el cadáver le rindo el informe a Carlos y le entrego las cositas que él llevaba en sus bolsillos.

— Está bien — me responde, mientras coloca su mano sobre mi cabeza para consolarme.

Ahí mismo tomamos posiciones de combate y esperamos a los compañeros que aún enfrentan a los refuerzos enemigos; entre ellos están Alberto, Leonardo, Policarpo y Delio.

Los disparos van silenciándose paulatinamente y por las lomas de los alrededores de Simacota vemos correr a varias personas, ganados y bestias, seguramente asustadas por los disparos y por los movimientos tanto del enemigo como nuestros.

Mientras esperamos, un compañero me comenta que Carlos está arrecho con Andrés, que tenía la misión de gritar la voz de retirada cuando comenzara el tiroteo, pero en vez de decir la voz acordada, que era «Choibo», cometió el gran error de gritar «Santa Ana», que era el nombre real de la vereda para donde pensábamos retirarnos.

— Eso es muy grave — me dice el compañero —, porque con eso Andrés delató el lugar adonde vamos, y si los soldados se enteraron nos pueden cerrar la llegada a la cordillera, pues Santa Ana es un paso obligado.

Nuestra conversación se interrumpe porque llegan los compañeros que estaban en el combate. El primero en aparecer es el negro Policarpo, que con una sonrisa altanera exhibe un fusil *Garand* M-1; lo sigue Leonardo con otro fusil igual.

— Vamos — le ordena Carlos a José, el hermano de Mariela, que encabeza la vanguardia, una vez que llegan todos.

Allá abajo, a la salida de Simacota, ha quedado mi entrañable hermano Pedro Gordillo Ariza, con su cara altiva, con su nombre de guerra, Parmenio, casi sin estrenar, y con sus manos empuñadas como enseñándome a ser valiente.

El camino por donde marchamos está encaramado por todo un filo que va subiendo derecho a la Cordillera de los Cobardes. Los rastrojos están llenos de matas de mora, la neblina pega contra el suelo y el sol se esconde recurrentemente por entre las nubes espesas. La marcha es demasiado lenta, las mulas se niegan a caminar y van asustadas porque sus arrieros son descono-

cidos. De vez en cuando dos helicópteros se acercan a nosotros, pero por la poca visibilidad se retiran de nuevo.

Seguimos subiendo por el cañón de la quebrada Santa Ana. A las cuatro de la tarde pasan la voz desde la vanguardia para verificar si vamos todos. La retaguardia avisa que faltan dos compañeros. Al parecer se quedaron donde habíamos descansado veinte minutos atrás, debemos parar la marcha para ir a buscarlos. Luego de una espera prudente, aparecen. Los rezagados se habían salido del camino y se quedaron dormidos sin que nadie se percatara.

Ante el cansancio generalizado, Carlos ordena acampar a la orilla de un monte pequeño, en un alto desde donde podemos observar un tramo largo del camino por donde hemos llegado. El cansancio es tal que quien se sienta, se duerme sin remedio. Organizamos un puesto de guardia por donde llegamos, hacemos una descubierta en los alrededores y enseguida descargamos las cinco bestias que llevamos. Leonardo, compañero a cargo de los suministros, empieza a revisar la carga para separar los comestibles y descubre con sorpresa que la comida no está.

¿Qué había sucedido? En medio de la prisa y el desorden, cuando llegó el ejército a Simacota, los encargados de salir con las mulas debieron atender nuevas misiones y otros compañeros por iniciativa propia arriaron algunas mulas que no eran las que se habían cargado. Ahora estamos frente a unas cargas de café despulpado pero verde, otra carga de cotizas de caucho número cuarenta y dos costales grandes llenos de pantaletas baratas, brasieres, pañales y un montón de baratijas de las que se colocan en las vitrinas de las tiendas pobres. En otro costal hay cuatro arrobas de velas. Carlos se rasca la cabeza y dice, disgustado:

— Esto es mucha mierda.

Algunos nos reímos, mirando el espectáculo y mamándonos gallo a nosotros mismos.

/ — A lo hecho pecho — murmura Leonardo, y se marcha con dos compañeros a buscarle una solución al problema; se dirigen a una casita cercana para averiguarle al campesino si puede vendernos una vaca.

Pasamos la noche en expectativa. Al amanecer, cuando nos levantamos, ya están matando la vaca. Con Abelardo, Libardo y tres compañeros más, vamos a conseguir leña seca. José es nombrado para encender fuego y otros compañeros van a buscar las mulas para continuar la marcha.

A las seis de la mañana tomamos café para mitigar el frío. La niebla está rozando la tierra y a veinte metros no podemos ver absolutamente nada, ni siquiera las ramas de los árboles. Las matas de moras abundan en estos rastrojos, están llenas de racimos y sus ácidas frutas, al igual que el frío, nos tienen sensibles los dientes. No es fácil conseguir leña, pero juntamos un buen montón que nos permite darnos un banquete de carne fresca.

En el preciso momento que los compañeros le están sacando el mondongo a la vaca, un compañero sale a defecar y oye un ruido extraño. En medio de la densa niebla y con muy poca visibilidad, pero aguzando el oído, logra descubrir a un soldado enemigo arrastrándose y tratando de cubrirse detrás de un tronco. Con serenidad se sube los pantalones, sin importarle lo demás, haciéndose el que no lo ha visto. Va y da aviso de la novedad. La neblina es cómplice de todos. Cubierta por ella, una escuadra enemiga alcanza a cerrar nuestro flanco izquierdo sin que nuestro guardia la detecte, pero nosotros también nos cubrimos con ella y rápidamente nos replegamos sin ofrecer combate. El guardia que está por la ruta de repliegue le informa a Carlos que por allí no hay novedad y de inmediato aceleramos

la marcha para alejarnos del peligro. El camino se hace cada vez más estrecho y los árboles viejos que han caído impiden el paso de las mulas, no hay más remedio que quitarles los aperos y abandonarlas.

El hambre y la fatiga nos acosan y solo las mitigamos con un pequeño pedazo de panela y tres cucharadas de maíz tostado que Leonardo guarda cuidadosamente en su mochila para estos casos extremos de necesidad.

A las cuatro de la tarde arribamos a Hoya Ciega, lugar donde habíamos guardado los equipos cuando íbamos para Simacota. Antes de llegar al rancho realizamos una amplia exploración para comprobar la situación de seguridad. Según los exploradores todo está normal. Se colocan tres guardias dobles cubriendo las tres vías de acceso al lugar: una por donde llegamos, otra por el camino que tomamos cuando fuimos a Simacota y la otra por donde continuaremos para subir a la Cordillera de los Cobardes.

La radio habla sin cesar de la toma de Simacota, casi todas las noticias dicen que a ese pueblo entraron quinientos hombres armados hasta los dientes. Todas las cadenas radiales leen el Manifiesto entregado a los pobladores. Escuchando las noticias conocemos que el verdadero nombre de Carlos es Fabio Vásquez Castaño, y que antes de ser guerrillero fue empleado de un banco en Pereira. Según la radio, el papá de Carlos fue asesinado durante La Violencia por un grupo de «pájaros». De igual manera se habla de Manuel Vásquez Castaño, su hermano menor, abogado y dirigente de una organización estudiantil; de Andrés, que se llama Víctor Medina Morón y es ingeniero; el gobierno lo acusa de ser responsable de haber colocado una bomba en el Instituto Colombo-Americano en Bucaramanga.

Las noticias insisten con que en nuestras filas se encuentran instructores cubanos y que todo nuestro armamento es soviético, que desde allí nos llegan los dólares por millones y se especula que hasta el Che Guevara anda con nosotros.

—Estos jijueputas ya no saben qué tanta mierda inventar —dice Silverio, comentando con disgusto una de esas especulaciones.

Las noticias no paran, dicen que Mariela fue quien comandó la acción, que ordenó la muerte de los policías y que su nombre verdadero es Paula Gonzáles Rojas.

Las Fuerzas Armadas del gobierno, por su parte, anuncian un operativo de exterminio contra el naciente ELN. En alocución el presidente Guillermo León Valencia pide a la sociedad tener confianza ante lo que él llama un nuevo brote de bandolerismo.

Un obispo enfurecido critica a un sacerdote llamado Camilo Torres, porque además de promover manifestaciones de protestas contra el gobierno, cuestiona a la Iglesia por estar del lado de los poderosos.

En la noche, después de la comida, Carlos nos convoca a una reunión.

—De la semana pasada a hoy la situación ha cambiado mucho —dice—. Hoy somos una organización conocida por el enemigo, y su objetivo será destruirnos. La toma de Simacota ha sido un triunfo contundente pero también una prueba para nosotros, una prueba que aún no hemos pasado. Es como el que comienza un camino y cuya meta está muy lejos. En medio del combate quedó regada la sangre de nuestro inolvidable hermano Parmenio y esa sangre, junto a la de muchos otros que tendrán o tendremos que quedar en el camino de la revolución, será la muestra de los costos de la guerra que estamos empezando. Parmenio se quedó entre nosotros para siempre y le

conferimos el grado póstumo de capitán. Para terminar, Andrés quiere compartir con nosotros unas valoraciones, entonces el compañero tiene la palabra:

— Compañeros, ese sacrificio y ese tiempo que invertimos para capacitarnos, que inclusive impacientó a varios compañeros, ha empezado a dar frutos importantes. Hemos pasado muy bien nuestra primera prueba de fuego y estamos sobre la senda de la revolución colombiana. Hemos dado la noticia de que estamos aquí para jugarlos la vida por el destino de los humildes de este país. Simacota pasará a la historia como el punto de partida de una nueva y justa causa.

Cuando terminan las palabras de nuestros superiores, siguen las anécdotas de todos. En medio de la bulla, Segundo comenta:

— Cuando llegué a la cárcel di la orden de que abrieran la puerta, pero primero les dije que los pobres no podían estar encadenados por nuestros enemigos. Cuando la puerta se abrió encontré como a cinco o seis presos todos asustados, les dije que la cárcel era para los delincuentes y que los principales eran los del gobierno y ellos se podían ir, pero ninguno de ellos quiso aceptar mi propuesta argumentando que sus penas eran cortas y que si se iban los volverían a capturar y se agravaría su situación. Por si las moscas — agrega Segundo —, les dejé la puerta abierta y me despedí de ellos. Luego regresé a la plaza y me encontré con un borracho que me gritó:

— ¡Viva el Partido Comunista!

— Yo no soy comunista — le dije.

Entonces el tipo gritó:

— ¡Viva el partido liberal!

— No soy liberal.

Entonces, con entonación de político, volvió a gritar:

— ¡Viva el gran Partido Conservador!

— Amigo, yo tampoco soy conservador.

— Entonces perdóneme, mi mayor — dijo el borracho con cara asustadiza.

Sin esperar que Segundo termine su relato y en medio del ambiente de alegría y picardía, Rovira explica, con lujo de detalles, lo que le ocurrió cuando disparó, cerca de la Caja Agraria, al sargento de la policía:

— Llegando a Simacota, José me dijo que si le echaba un poquito de pólvora barragán sobre la pólvora normal del cartucho, el tiro saldría con más fuerza; entonces yo le eché una tapada de pólvora al primer cartucho que iba a disparar. Cuando el compañero Carlos me ordenó dispararle al policía yo apunté y apreté el gatillo, sentí un golpe atronador sobre mi cabeza, el humo me tapó la visibilidad y pensé que no le había pegado al policía, y en cambio él me había disparado a mí. Cuando me toqué la cabeza y vi la sangre, me di cuenta que no tenía la escopeta — a medida que Rovira cuenta, nosotros lo seguimos a las carcajadas—. Finalmente, cuando el humo me dejó ver, lo comprendí todo, mi escopeta estaba en la calle partida en dos pedazos, el tiro seguramente tenía demasiada pólvora y por eso me había desbaratado la escopeta. Carlos me gritó que desarmara al policía que, diez metros adelante, estaba caído boca abajo.

Policarpo cuenta también, con amargura, lo que sufrió tratando de meter a la recámara de su fusil de 7 milímetros un cartucho de fusil .30-06, situación explicable porque los fusiles son muy parecidos y los cartuchos también.

— Yo tenía las cartucheras de un .30 y cuando llegó el ejército el compañero Carlos me ordenó hacer parte del comando bajo las órdenes de Alberto. Salí más contento que marrano estrenando lazo, pero cuando disparé los tiros que llevaba el

fusil y fui a cambiar, ahí fue Troya. Los tiros no entraban en la recámara y me desesperé, pues mientras mis compañeros disparaban y avanzaban yo como un buen güevón no acataba qué hacer. Entonces, Alberto me gritó preguntándome qué pasaba, y mientras le daba la explicación, el combate terminó y los otros compañeros les habían recuperado dos fusiles a los soldados, y el tercer soldado de los que se habían atrincherado salió corriendo abandonando a los suyos. Solo después, y porque Delio me lo explicó, pude comprender que al fusil 7 milímetros no le entran los cartuchos de .30.

Cada uno dice lo que hizo y lo que pensó hacer, unos lo hacen con prudencia, otros no ocultan sus ganas por sobresalir con su aventura personal. Todos nos sentimos parte de una historia nunca antes imaginada.

El 9 de enero vemos helicópteros enemigos acercarse a la Cordillera de los Cobardes, por donde vamos caminando, pero la neblina es tan densa que los hace regresar. Con el sudor atrapado entre las ropas seguimos trepando la cuesta hasta alcanzar su parte más alta al mediodía. Como las cantimploras están vacías, no paramos para descansar hasta encontrar el agua.

Antes de oscurecer llegamos cerca de Pénjamo, la finca del compañero Libardo, donde están su señora y los dos niños.

—Vamos a descansar un poco acá —dice Carlos—, pero es necesario elevar las medidas de seguridad.

Al día siguiente en la mañana Abelardo le informa a Carlos que Miguel, quien debía amanecer en la guardia, no aparece. Carlos, de inmediato, ordena buscarlo. Al no encontrarlo, luego de dos horas, concluimos que ha desertado. Para mejorar la seguridad cambiamos de campamento y nos vamos a un pequeño descubierto llamado La Fiesta. Desde allí salen Juan y Segundo a perseguir al desertor. Se lo encuentran en el camino

cerca de El Carmen, con él viene una patrulla del ejército. Los dos compañeros son delatados por el traidor Miguel y de inmediato detenidos.

La radio anuncia su captura señalándolos como los responsables de la muerte de los soldados del Batallón Galán que habían llegado como refuerzo a Simacota. Un tribunal militar los condena a veinticuatro años de prisión por asociación para delinquir, y son conducidos a prisión en la isla Gorgona, en el Pacífico.

En La Fiesta tomamos medidas de seguridad para prevenir sorpresas ante nuevas delaciones de Miguel. En el camino hacia Pénjamo mantenemos de manera permanente una emboscada. También salen seis compañeros a explorar la región del Cerro de los Andes y al comprobar que la seguridad está bien, hacia allá nos trasladamos a finales de enero.

La radio sigue hablando de nosotros. Ahora la noticia es Papayal, un pueblecito a las orillas del río Magdalena, cerca de Barrancabermeja. Según los noticieros, los mismos guerrilleros que el 7 de enero atacaron en Simacota, ahora lo hacen en las proximidades del más importante puerto petrolero del país.

La senadora María Elena de Crovo, junto con una comisión de la Cámara de Representantes de Santander, ofrece al gobierno sus oficios para mediar en la solución del conflicto armado, que parece extenderse por todo el país.

En el Cerro de los Andes la población nos saluda jubilosa, ahora somos su pequeño ejército de vencedores.

CAPÍTULO XI

En el mes de febrero, luego de varias incorporaciones, somos ya casi medio centenar de guerrilleros; eso nos permite recorrer

toda el área en pequeñas comisiones. Al poco tiempo volvemos a concentrarnos en un campamento muy cerca del río Sucio.

Un día, temprano, cuando aún todos estamos formados en el patio de armas, Carlos informa que nos distribuiremos en tres comisiones de la siguiente manera: la primera, al mando de Andrés, con veinticinco compañeros; la segunda, al mando de Alberto, con quince compañeros; y la tercera, bajo la dirección de Carlos. Además de esta distribución, Rovira y Mario Hernández salen a una misión especial.

Luego siguieron las despedidas. No pude ocultar la tristeza, sabía que continuarían los combates. Si yo caigo sería lo mejor —me decía yo mismo, para consolarme—, así mi corazón no cargaría con dolores como el que me dejó la muerte de Parmenio.

La comisión de Alberto sale primero. Aunque es un secreto el lugar a donde se dirigen, logro enterarme que marchan para la región de San Vicente, entonces puedo enviar con los compañeros muchos recuerdos a mis padres y hermanos.

Al día siguiente desertan de allí dos nuevos incorporados, Esteban Ríos y Florencio Amaya. Esteban se lleva el revólver con el que se había incorporado y Lorenzo se va desarmado.

—Cambiamos de campamento inmediatamente —dice Carlos—, porque lo más seguro es que estos desertores, al ser capturados por el enemigo, se vengan con ellos hasta acá.

Una semana después, Esteban es capturado por la comisión de Alberto en la región de La Colorada, cerca de San Vicente, y trasladado luego al campamento donde nos encontramos.

Por la noche le prestamos guardia para evitar su fuga. Al amanecer se reúnen Carlos y Andrés y al momento nos convocan a todos.

—Estamos ante la captura de un desertor —dice Carlos, con voz energética— que debe ser procesado conforme al código guerri-

llero. Actuaremos de la siguiente manera: el Estado Mayor nombrará a un acusador o fiscal, un defensor y un jurado calificador del proceso, quien dará el veredicto.

Enseguida Andrés nombra a Joaquín como defensor, a Saúl como fiscal y a cuatro compañeros más como jurado.

Reunidos todos y en presencia del acusado, Saúl dice:

—El acusado Esteban Ríos, al desertar, violó las leyes de la revolución cometiendo el delito de traición a nuestra organización y al pueblo; además, cuando se le pidió rendición en su captura, disparó en varias ocasiones un revólver con el que hirió en una pierna a uno de los compañeros que le solicitaban se entregara. Finalmente se entregó al comando cuando agotó sus municiones. Por estos delitos debe ser juzgado de acuerdo a nuestro código revolucionario.

Joaquín se pone de pie y busca quedar de frente a su auditorio. Se pasa la mano por la barbilla tratando de ocultar su nerviosismo, mira por encima de nuestras cabezas e inicia la defensa:

—Compañeros, estos casos nos resultan demasiado dolorosos. Se trata, por supuesto, de una acción incorrecta de un compañero, que por sus debilidades en el compromiso deserta y luego actúa contra los compañeros cuando lo van a detener. Son situaciones en las que necesitamos mucha serenidad y reflexión, por eso solicito al jurado que, en aras de esa reflexión serena, se le conmute la pena al compañero Esteban y se haga una excepción en la aplicación del código guerrillero. Considero, según mi análisis, que mi defendido debe tener otra oportunidad, reflexión que dejó a consideración de los compañeros del jurado.

Terminada la intervención del defensor, el jurado solicita permiso para retirarse a tomar la decisión final, entonces Carlos levanta la sesión.

Mi cabeza navega por las páginas del código guerrillero que había leído entre las idas y venidas, y mientras recuerdo sus drásticas y frías normas, llaman de nuevo a la reunión porque el jurado ya tiene la decisión. Todos los rostros tienen un extraño color gris, casi transparente. En el aire se siente esa mezcla de nerviosismo y angustia, todo se vuelve lento y a la vez distante, siento un peso invisible que me oprime. Es inevitable, las cosas tienen un curso dramático.

El coordinador del jurado se pone de pie y lee las conclusiones:

— Este jurado, respondiendo a la confianza y responsabilidad otorgada por todos los compañeros, en particular por el Estado Mayor, considera que el acusado Esteban Ríos ha cometido el delito de traición, con el agravante de haber herido a un compañero en el momento en que este se acercó a él requiriendo su entrega. Nuestro código es muy preciso en estos casos, ante lo cual el jurado, por unanimidad, ha considerado que el acusado debe ser condenado a la pena máxima, el fusilamiento.

Luego de que el coordinador del jurado termina el veredicto y se sienta, Carlos le pregunta a Esteban si tiene algo para agregar o preguntar. Este responde que nada tiene que decir; al instante baja su cabeza y empieza a llorar. Dos compañeros lo retiran, le amarran las manos atrás y lo sientan en la hamaca, donde ha permanecido desde el día anterior.

Esa misma tarde y en medio de la consternación de todos, Esteban Ríos es fusilado. Resulta duro para nosotros, pero entendemos que no puede ser de otra manera.

Al día siguiente, temprano, abandonamos el campamento con destino a las áreas definidas por el Estado Mayor.

Yo marcho en la comisión de Carlos, donde va también Mariela y un hermano de Alberto recién incorporado. Nues-

tro destino es la vereda Los Aljibes, donde llegamos luego de varias marchas nocturnas, evitando ser vistos por la población.

Nos instalamos en un rancho abandonado y desde allí Carlos llama a los responsables de las redes urbanas de Barranquermeja, San Vicente, Bucaramanga y Bogotá. Por varios días Carlos se reúne con muchos compañeros urbanos de quienes no conocemos sus nombres ni su lugar de origen, pero eso no es obstáculo para que nos cuenten las aventuras propias del pavimento y de las buenas películas que se ven en la ciudad.

Un día Carlos nos reúne para informarnos que dos de los compañeros que habían venido eran integrantes de una organización revolucionaria sobre la que nos han comentado en las sesiones de estudio, el Partido Comunista Colombiano Marxista-Leninista, y que habían venido a vernos motivados por la acción de Simacota. También nos comenta que habían entregado en solidaridad un revólver 38 y diez mil pesos.

Una tarde, luego de la instrucción que se imparte a los cinco campesinos que conforman el grupo de los «guerrilleros de la noche», llega de San Vicente el enlace campesino. Sin hacer ninguna pausa y de manera imprudente le dice a Carlos, en presencia de todos:

—Permiso compañero Carlos, he venido para informarle que ayer, en el puente de las cruces en San Vicente, el compañero Pedro Vargas le disparó cuatro tiros al sapo Florencio Amaya, que quedó malherido.

—Ese tipo de informes se dan en privado —le reprocha Carlos, mirándolo con disgusto— porque no todo el mundo necesita conocer los detalles de esas cosas.

Enseguida se retira con el hombre de la razón y nosotros comentamos con alegría la acción de justicia contra el traidor que ya había delatado a un buen número de colaboradores.

En la noche, días después de este incidente, un campesino que hace parte de un selecto grupo que recolecta información, llega sudoroso y agitado a informarnos que el ejército está cercando el área. Carlos recibe en detalle el informe, entramos en estado de alerta y nos ordenan quemar todo vestigio de nuestra presencia en el sitio. Carlos está enfermo y dos compañeros más indispuestos; aun así, marchamos varias horas esa noche. Tres exploradores regresan y confirman que el área está copada por las tropas enemigas. Decidimos quedarnos en un rastrojo de menos de una hectárea rodeado por potreros, a casi media hora de donde estábamos acampados. Para todos es evidente que estamos cercados, tomamos la opción de romper el cerco una vez seamos descubiertos.

Diez horas después de haber abandonado el campamento los soldados pasan muy cerca de nosotros, pero no logran descubrirnos. Estoy escondido en una trinchera junto con un compañero urbano que no tiene arma. Mi misión es disparar con mi revólver al soldado que nos descubra, cuando esté tan cerca que garantice darlo de baja y salir corriendo cuidando de llevarme a mi acompañante. Otro compañero tiene la misión de regar gasolina a los equipos una vez suenen los primeros disparos. Todos hablamos en susurro y lo estrictamente necesario, la tensión es tal que hasta el vuelo de un pájaro nos pone los pelos de punta. Para fortuna nuestra, paulatinamente el enemigo se aleja; a lo mejor pensaron que por algún lado nos habíamos escapado.

Al tercer día de exploraciones comprobamos que todas las patrullas se han retirado del área. Escuchamos un tiroteo lejos de nosotros y en dirección a El Carmen, a unos cinco kilómetros de distancia.

—Oigan —dice Carlos, señalando con el dedo la dirección del tiroteo—, hacia allá no hay compañeros, debe ser una confusión entre el mismo ejército.

Al día siguiente un enlace trae la información de que los tres caciques conservadores de El Carmen habían hecho fiesta porque les comentaron que la guerrilla había sido aniquilada por el ejército en el cerco, y que el tiroteo de la noche anterior era la pólvora celebrando nuestra muerte. Los conservadores de El Carmen piensan que nosotros somos una guerrilla de liberales y que la pelea es contra ellos, por eso actúan como enemigos nuestros.

Cuando el operativo enemigo termina, nos reinstalamos en la zona. Continúan llegando más compañeros urbanos, también regresan Rovira y Mario Hernández.

Mientras nos bañamos en el caño, cuidándose de que nadie lo escuche, Rovira me dice, en tono confidente:

—Voy para lejos. ¿Recuerdas la toma de Papayal?

—Sí —le respondo.

—Bueno, voy para allá, vamos a fundar otro frente guerrillero, no le cuentes a Carlos que yo te dije esto.

—Tranquilo, nadie lo sabrá.

Dos días después de la conversación, salen del campamento Mario y Rovira.

Un día las noticias anuncian con estruendo que, en una emboscada en el sitio conocido como Cruz de Mayo, cerca de Barrancabermeja, han sido muertos varios soldados y otros tantos están heridos; también se habla de varios guerrilleros muertos. La radio sigue difundiendo la noticia y al momento la precisa: los soldados muertos son cuatro, cuatro más los heridos, y junto a ellos ha sido dado de baja el guerrillero de nombre Hernán Moreno Sánchez.

Una úlcera afecta en estos días la salud de Carlos, y muy seguido lo tira a la cama. Vive con náuseas permanentes y un apetito muy reducido.

De San Vicente nos confirman que el ejército conoce nuestra ubicación y que se prepara para golpearnos. Abandonamos de inmediato la casa donde estamos y nos metemos en un montecito cercano. Ese día, mi hermana Beatriz, de quince años, y mi hermano Pedro, están visitándonos. A la hora del almuerzo se complican las cosas, una patrulla rodea la casa más próxima a nosotros. Cuando mis dos hermanos regresan a la casa llevando las vasijas en las que hemos almorzado, se topan con el ejército. Beatriz es detenida, mi hermano se escapa y nos alerta al instante.

— ¡La tropa, la tropa! — pasa gritando junto a nosotros.

Sin pensarlo nos ponemos en marcha, avanzamos despacio por seguridad y además porque con nosotros van tres compañeros urbanos que caminan muy lento, entre ellos el compañero Jerónimo. Se trata de un hombre joven, muy cariñoso con todos, de gafas con gruesos lentes, delgado, alto y muy parecido a Carlos. Todos especulamos que son hermanos, pero en silenciosa complicidad nadie pregunta nada.

Cruzamos luego la carretera que va de San Vicente a El Carmen y dejamos a un lado el operativo enemigo. Nos ubicamos cerca de la vereda Loma de Tunja, a media hora de la carretera; allí llega en la tarde un hombre blanco, alto y robusto, muy amistoso y de acento bogotano. Habla con Carlos y Jerónimo toda la noche y, después de poco dormir en la madrugada, se despide a las siete de la mañana. Antes de partir se acerca a nosotros, su mirada era muy especial, alegre, fresca y jovial, y con mucha familiaridad nos dice:

— Compañeros, me produce una alegría inmensa verlos a todos. La lucha que libramos es indestructible porque representa a un pueblo decidido a todo, y ustedes son dignos representantes de él. Quiero decirles que somos uno solo y pronto estaré con ustedes, por ahora voy a otro lugar, pero en la misma lucha.

Carlos le hace una seña indicándole que agilice y el compañero nos abraza uno por uno para despedirse.

Mariela, en confidencia, me comenta que ese compañero es un cura y que se llama Camilo Torres.

—¿El mismo del que hablan las noticias? —le pregunto.

—El mismo.

—Pero no tenía sotana.

—Se la quitó para que el enemigo no lo conozca y no se dé cuenta que viene a hablar con el ELN.

—Entiendo —le digo, satisfecho con la explicación.

Mi hermano Pedro está pensativo y me comenta que esta nueva vida es dura para él. Yo le digo que me había pasado lo mismo al comienzo, pero que poco a poco me fui acostumbrando. Pensar en volverse a la casa es un riesgo y podría terminar en la cárcel, como Beatriz. Él está muy preocupado por la ruina en que se encuentra nuestra familia, agravada por la enfermedad de mi papá y las amenazas que le hace el ejército, pues lo señala como el organizador de la guerrilla del ELN.

—¿Dónde está Pedro Gordillo? —me pregunta.

Hago un gran esfuerzo para no llorar, pero mis lágrimas ruedan como granos de maíz.

—¿Verdad que lo mató el ejército en Simacota?

—No —le respondo—, él está en una comisión por los lados de Barrancabermeja.

—Entonces, ¿usted por qué llora?

—Porque ambos nos hacemos falta y ahora no podemos estar cerca.

—Ese cuento no se lo come nadie, la gente dice que él está muerto, que lo mataron los policías en el combate. Pobrecita doña Teófila, no hace sino llorar y prenderles velas a los santos por el alma de Pedrito o para que regrese pronto. Dice que

usted y Carlos son los culpables de que Pedro se haya ido de la casa y que seguramente cuando Jesús esté más grandecito también se va pa'l monte.

—¿Qué dicen en la casa de mí? — le pregunto.

—De eso no se habla, mi mamá nos tiene muy advertidos y todos estamos de acuerdo para decir que usted está en Bucaramanga estudiando y que vive donde mi tía Tránsito. La que más pregunta es Fanny, la maestra. Un día me dijo: «¿Es cierto que Nicolacito se fue para el monte?». Yo le dije: «En el monte estamos todos, ¿o es que usted le tiene otro nombre a lo que hay por aquí?». Nunca más me volvió a preguntar. ¿Qué le tocó hacer a usted en Simacota? ¿Mató a algún policía?

—No, no he matado a nadie, es mejor no hablar de esas cosas.

En los días siguientes, Jerónimo empieza a dictarnos clases de historia y geografía.

—Vamos a organizarnos mejor, cada compañero debe tener cuaderno y lápiz para practicar escritura. Más adelante, en otras condiciones, los que saben leer deben cargar un libro, nosotros tenemos que estudiar y aprender todos los días algo nuevo, solo así podremos decir que nos estamos superando — nos dice Jerónimo, para animarnos.

Un día, temprano, empezamos una marcha que nos lleva de nuevo a Pénjamo, la finquita donde descansamos después de Simacota. Allí me entero por confidencia de un compañero que el sitio donde deberíamos estar es El Cerro de los Andes, pero que a raíz de la operación del ejército por esa zona nos tocó concentrarnos por este lado.

Muy poco tiempo permanecemos en Pénjamo y salimos para un sitio donde la niebla es casi permanente, cubriendo por tiempos largos la visibilidad sobre la ruta de llegada. Por

eso el guardia tiene la instrucción de caminar un trecho largo y adelantarse sobre el camino, para cuando la niebla lo cubra estar antes y evitar la sorpresa de algún intruso y dar la alarma a tiempo. Justo en mi turno de guardia el camino se nubla, no se ve casi nada; valoro que nadie entraría en ese momento y decido no cumplir la orden de adelantarme al camino, con tan mala suerte que en ese momento escucho el golpeteo de los cascos de una bestia que se aproxima: es el cura de El Carmen, que anda de paseo con su amante. Arranco a correr desesperado. Como la niebla es espesa me paso por un lado de los intrusos sin que se percaten y alcanzo a dar aviso a mis compañeros:

— ¡Viene gente, viene gente! — les grito, afanado, pero no les digo que ya están encima.

Los compañeros reaccionan, pero uno de ellos alcanza a ser visto por el sacerdote, que por los informes no era gente de confiar.

— ¿Quién es el tipo con escopeta que estaba en el patio de la casa cuando yo llegué? — le pregunta el cura a la señora de la casa.

— Un muchacho que ha sido contratado por las fincas de por acá para matar un tigre que está causando daño al ganado — responde la señora sin darle demasiada importancia al asunto.

— Ya entiendo... ¿y dónde está?

— Se fue en el momento en que su persona llegaba.

El cura hace un ademán de satisfacción con la cabeza y cambia de conversación.

Desde mi escondite no hago más que lamentar mi error, sé que es algo grave. Cuando el inoportuno sacerdote se va, todos volvemos a asomarnos.

— Nos vamos inmediatamente — nos dice Carlos —, ese tipo pudo sospechar y nos puede llegar el ejército.

Tomamos un camino casi olvidado y nos vamos por una falda escarpada más adentro de la cordillera; en cuarenta minutos de caminata llegamos a La Moral, un rancho abandonado.

—Que doblehijueputa moral puede ser esto, más bien parece la cagatera del mundo —comenta Guillermo, el hermano de Mariela.

El lugar es desagradable pero poco a poco lo organizamos.

—Aquí usted va a pagar la sanción por su descuido —me adelanta Carlos, dos horas después de haber llegado.

—Lo esperaba —le respondo.

Por la noche Carlos analiza mi error, reflexiona sobre los líos que podría haber acarreado el hecho de que el cura no se hubiese comido el cuento que le echó la señora e informara al ejército. Mi sanción es cocinar indefinidamente, y de acuerdo a mi conducta será la duración. Luego de diecinueve días de cocina termino mi sanción con un balance de buena conducta.

A La Moral, mientras yo hago los turnos de cocina, llega un médico, al que llamamos Hernando; nos examina a todos y se queda en la guerrilla. Se comenta que también es filósofo. Durante tres noches hace una extensa charla sobre lo que ocurría en todo el país. Su voz y su acento son severos, sobresale su carácter recio y es un hombre de pocas palabras.

—Colombia vive una de sus peores crisis, el pueblo ha entendido que debe organizarse y lo está haciendo en el más grande movimiento popular: el Frente Unido. Es tan abrumadora la acogida del movimiento que ha desbordado la capacidad de los dirigentes que están al frente de esa tarea. Camilo Torres, al igual que Gaitán, ha vuelto a llenar las plazas públicas y en cada lugar va sembrando la llama de la revolución. Este ejército que estamos construyendo debe desarrollar sus batallas al lado de las masas, esas masas que solo esperan que se las

convoque y se les dé la instrucción para el combate. Sin duda Camilo Torres es el más grande líder popular de estos tiempos.

Mientras Hernando sigue hablando yo recuerdo el físico de aquel hombre que me abrazó junto a la carretera que va de San Vicente a El Carmen, y que estuvo hablando toda la noche con Jerónimo y Carlos.

Hoy, domingo, hace exactamente un año estaba en El progreso despidiéndome de mi familia; hoy ya sé lo que es la lucha, pero aún falta demasiado para pensar que sea lo suficiente. La sanción me ha dolido mucho, no por el trabajo sino porque puse en riesgo a los compañeros, tengo que reivindicarme y eso solamente lo lograré con gran esfuerzo. Lo de Parmenio es lo peor que me ha podido pasar, pues no estaba preparado para eso, en todo caso el que cae en la lucha ha cumplido su tarea y los que estamos vivos no tenemos otro destino que el de seguir su ejemplo. Ahora que mi hermano menor se ha incorporado tengo el propósito de ayudarlo, pero manteniendo claro que cada uno debe ser responsable de sus actividades y su conducta.

Mis pensamientos se interrumpen por una voz que me trae de nuevo a la realidad.

—Al estudio, compañeros —llama Jerónimo con tono de maestro.

Mi cabeza se alista y mis piernas aligeran el paso buscando un lugar donde acomodarme. Todos nos apretujamos en los pocos lugares que hay y cuando estamos a su alrededor Jerónimo nos dice:

—Hoy, domingo 4 de julio, el ELN cumple un año de haber iniciado la primera marcha guerrillera. Esta joven organización ya ha logrado abrir un camino revolucionario y, aunque apenas comienza, ha producido un gran impacto en la vida política de nuestro país. Ustedes van siendo veteranos, seguramente ya son mejores guerrilleros que los últimos que nos incorporamos.

Cuando Jerónimo pronuncia su última palabra deja notar una sonrisa casi imperceptible, tal vez porque en realidad él es más veterano que muchos de nosotros.

Yo sé esto porque un día Hernando, el médico, nos comentó que Jerónimo ocupó un alto cargo en la organización de los universitarios y que mientras varios compañeros se dedicaban a entrenarse en Cuba, él cumplía tareas clandestinas para dar inicio a lo que luego le daría vida al ELN. Nuevamente la voz de Jerónimo me saca de mis pensamientos.

—Hoy nos acompaña el recuerdo inolvidable de Parmenio, de cuyo ejemplo todos tenemos mucho que aprender. Junto a Parmenio se nos fue Pedro David, el hombre de muchas batallas, quien cayó en la acción de Cruz de Mayo.

Por primera vez nos informan esta triste novedad, aunque de manera informal los rumores habían dado cuenta de la noticia.

—Pedro David era un hombre con una vasta historia de lucha, que no alcanzamos a recoger de manera plena. Para la ocasión vale la pena traer a la memoria uno de los muchos mensajes que nos deja la Segunda Declaración de La Habana:

«Ahora, en todo caso los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera e irrenunciable independencia».

A las once de la mañana Jerónimo ordena formar el personal en un pequeño patio de armas. En dos escuadras formamos los veintinueve guerrilleros que allí estamos. Una vez alineados y numerados, Jerónimo se coloca frente a Carlos y en posición de firme le dice:

—Compañero, el personal está a su disposición, permiso para incorporarme.

—Incorpórese, compañero —le responde Carlos, que de inmediato nos coloca a discreción.

—Compañeros —dice Carlos—, vamos a tomar unas fotos, para recoger imágenes de todos en este día tan importante para la organización. Compañero Joaquín, puede empezar.

Joaquín dispara en varias ocasiones una pequeña cámara fotográfica y nosotros facilitamos su trabajo corriendo a ocupar varias posiciones para cada nueva fotografía. Todos nos sentimos importantes, tal vez en cada fotografía viajemos junto con la historia que nuestros actos escriben, esa es otra forma para que el país la conozca.

A mediados de julio llega Andrés con los compañeros que combatieron en Cruz de Mayo: Después de los saludos y ante nuestras ganas de saber, deciden relatarnos los sucesos ocurridos.

—Por informes previos de inteligencia se conoció que el ejército patrullaba en carro desde Barrancabermeja a Yarima, y de allí a la bodega de la Ye de Río Fuego. Con esta información los compañeros planearon una emboscada: fingieron que una comisión guerrillera tenía bajas medidas de seguridad y se dejaba ver por todo el mundo. Bajo esa estrategia se organizó la emboscada. Pedro David y Ramiro, recién incorporado, tomaron la carretera en plena luz del día y entraron a la hacienda Las Cailas, de propiedad de un tipo amigo del ejército. Entraron a la finca, sustrajeron una escopeta calibre 12 y un rifle calibre 22, y seguidamente hablaron con el mayordomo identificándose como integrantes del ELN. A continuación, enviaron al mayordomo a decirle al dueño que viniera a la finca, que allí lo esperarían, pues querían hablar con él. Inmediatamente el mayordomo montó a caballo y fue a Yarima a llevar el mensaje al hacendado. Como era de suponer, el afectado dio aviso al ejército y una escuadra de soldados se puso en marcha hacia Las Cailas.

Mientras tanto, tan pronto el mayordomo partió de la hacienda, Pedro David y Ramiro buscaron algo de comer sin mayor fortuna. El estómago les reclamaba algún comestible pues habían caminado cuatro horas; siendo las nueve de la mañana estaban sin desayunar y la tarde anterior la habían pasado solo con unos cuantos tragos de agua de panela. Cuando abrieron la nevera vieron cerveza y cometieron la locura de tomárselas. No calcularon que, con el hambre, la sed y la debilidad que tenían, la cerveza les haría tanto daño.

Ante nuestra atenta mirada, Ramiro continúa su relato:

— Cuando tomamos la carretera sentí que la cabeza se me reventaba. Eran las nueve de la mañana, a esa hora el sol ya estaba inclemente y el aire se retorció por encima de las piedras. Pedro David me dijo que nos metiéramos en un caño, que así disminuiría la borrachera. Eso de nada nos sirvió, y en cambio sí causó extrañeza en los campesinos que se retiraban cuando nos veían pasar. «Así no podremos llegar a Cruz de Mayo», le dije a Pedro David. El compañero comenzó a mostrar signos de cansancio y desesperación. En eso divisamos una casa a la orilla de la carretera. Al encontrar al dueño le solicitamos un caballo, pero el hombre se negó a prestarlo aduciendo que el único que tenía estaba enfermo. Caminamos un poco más y finalmente divisamos la curva de Cruz de Mayo. Serían las once de la mañana, estábamos completamente embarrados, mojados y sin un aliento. «Las piernas ya no me responden», me dijo Pedro David. Yo, que estaba en las mismas, le respondí que no se desanimara, que en diez minutos llegaríamos donde estaban los compañeros. Pero ese día la suerte no estaba con nosotros. En el preciso momento en que llegamos al lugar de la emboscada vimos aproximarse una camioneta *Power* llena de soldados. Era la tropa que venía en nuestra búsqueda. Alcancé a tirarme a un

lado de la carretera, Pedro David no pudo hacerlo y empezó a dispararle frontalmente a la camioneta sin lograr protegerse.

Al escuchar estas historias, nos quedamos pensativos. Más tarde me acerco a Delio, quien también estuvo en Cruz de Mayo, para que termine de contar los detalles.

—La noche anterior — me dice Delio —, a eso de las doce o la una de la madrugada, habíamos colocado dos bombas de tres kilos de dinamita en el barranco de la carretera, separadas por una distancia de unos quince metros. Si el carro pasaba rápido y fallábamos con la primera, entonces caería en la segunda. A las cuatro y media de la mañana, poco antes que los campesinos empezaran a transitar por la carretera, nos emboscamos. A las tres de la madrugada salieron Pedro David y Ramiro a realizar la provocación en la hacienda. Andrés era el mando general en la emboscada. Nos dividimos en cinco comandos. Uno a cargo de Leonardo, responsable de la protección y de cerrar la emboscada. Yo estaba con seis compañeros encargado de la recuperación de armamento, y de centro en la emboscada; mi misión específica consistía en detonar las bombas. Libardo y otros cuatro compañeros debían retirar a los muertos o heridos que pudiésemos tener. Pedro David, además de la provocación en la hacienda, debía abrir fuego si las bombas fallaban y realizar la protección por la parte contraria de la carretera. Nada salió como lo habíamos planeado, las cosas se complicaron con la demora de Pedro David y Ramiro. Justo cuando ellos llegaban al sitio de la emboscada lo hacía el ejército. La camioneta donde venían los soldados frenó al ver a los dos compañeros sobre la carretera, el vehículo no alcanzó a entrar donde estaban las bombas y quedó frente al grupo comandado por Leonardo. El combate se generalizó de inmediato. Pedro David fue el primero en caer en la mitad de la carretera. Andrés se

puso muy nervioso y no supo dar las órdenes correctas para concentrar el fuego. No habrían pasado cinco minutos de combate cuando Salomón, un muchacho recién incorporado, llegó llorando y le dijo a Andrés que habían matado a Leonardo. De inmediato Andrés dio la voz de repliegue y la gente se fue retirando desordenadamente, porque la orden fue general y no por comandos como estaba definido. Yo, que veía todo el desorden, en un ataque de ira me le insubordiné a Andrés diciéndole: «Usted sin comprobar las cosas sale corriendo, eso no es de un mando, amárrese los pantalones y mire lo que está haciendo, yo me voy a buscar a Leonardo y, si me va bien, llego a la casa de contacto por la tarde o mañana en la mañana». Dicho esto, me devolví con Wilson y el negro Policarpo a rescatar al compañero. Para entonces los disparos habían disminuido. Avanzamos al sitio donde estaba la posición de Leonardo y allí lo encontramos, estaba caído boca abajo, inconsciente. Mientras cubríamos el lugar, Wilson atendió al herido, le dio respiración artificial y revivió lentamente. Leonardo se estaba ahogando con su propia sangre, el tiro había penetrado por debajo de la quijada, atravesado el cuello y salido por el omóplato derecho. Como Leonardo es de porte pequeño no nos costó demasiado trabajo sacarlo. Wilson nos dijo que el caso era muy grave porque Leonardo tenía roto el esófago, o sea, el conducto de la boca al estómago.

Durante el relato, Delio no oculta su disgusto con Andrés. Me repite que un mando, para tener autoridad, debe ser capaz de llevar y sacar a sus hombres del combate.

—Esto lo aprendí cuando presté el servicio militar — termina diciéndome.

Mientras los días transcurren, las noticias sobre Camilo Torres se acrecientan. El Padre está realizando una gira por todo el país llamando al pueblo a la revolución, las ciudades

por donde pasa se convierten en centro de noticia, las multitudes lo aclaman como a Jorge Eliécer Gaitán en su tiempo.

En La Moral sigue difícil el aprovisionamiento. La mitad del personal estamos dedicados a conseguir comida con los campesinos: cidras, algo de plátanos, frijol verde y un poco de yuca.

En la tarde, después de comer, sentimos que nos hace falta un poco más de alimentos para compensar el desgaste físico que tenemos. Tratamos de llenar nuestros estómagos recordando tiempos mejores, sobre todo el sabor de un pedazo de carne o de unos frijoles con garra.

— ¡Qué buenos son los frijoles! — exclama un compañero con nostalgia.

En ese instante Camilito nos interrumpe y dice:

— Mariela está embarazada.

Varios nos miramos sorprendidos, otros lo toman como si nada.

— ¿No será que le hicieron daño los frijoles? — dice Delio con sorna y se echa a reír.

Me queda la interrogante, pues por el momento nadie tiene esposa en la guerrilla y los compañeros que la tienen la dejaron al frente de sus hijos al incorporarse. A los pocos días Mariela y sus dos hermanos salen en una comisión.

En septiembre salimos de Pénjamo hacia al Cerro de los Andes. Luego de caminar cuatro días llegamos a un rancho abandonado que en pocos días convertimos en campamento. Estamos a treinta minutos del río Sucio, bastante cerca de la ruta por donde regresamos de Simacota. La situación del país continúa complicándose: a Camilo Torres lo expulsan de la Iglesia por revolucionario, los jerarcas lo critican y los pocos que lo defienden tratan de entenderlo. Las mayorías del país, como

los campesinos, los obreros, los estudiantes y la gente de la izquierda, lo aclaman.

Ya instalados en el nuevo campamento, Jerónimo sigue orientando el estudio. Por la mañana esto parece una escuela de primaria: se estudia español, matemáticas, historia de Colombia y geografía.

Luego del 15 de septiembre empiezan a llegar compañeros de la ciudad. El primero en llegar es un muchacho alto, joven, de acento bogotano, a quien llamamos Isidro. Él comenta que viene de Cuba y que es experto en comunicaciones. Finalizando el mes, también llegan los compañeros de la red urbana de San Vicente.

El ejército ha reforzado la base militar del Centenario con cien soldados más llamados «la contraguerrilla». Los campesinos comentan que esa tropa no anda por caminos, que ha sido entrenada en la Escuela de Lanceros y que varios de los soldados vienen de pelear contra los guerrilleros del Bloque Sur en Marquetalia.

Frente a esta situación Carlos se interesa en pulir nuestra capacidad combativa, por eso de inmediato organiza un reentrenamiento. Al iniciar el trabajo nos dice:

—Estamos en un terreno que conocemos muy bien, el apoyo de la población es muy bueno y aunque nuestro armamento no es tan potente como el del enemigo, la forma de guerra que desarrollamos nos favorece, porque se ajusta a nuestra realidad.

Los días de octubre transcurren en medio de un intenso entrenamiento que incluye un repaso a lo aprendido antes de Simacota y se complementa con el estudio de un manual de modalidades operativas del ejército norteamericano.

—Este manual —señala Carlos— es la cartilla que le dan los gringos a los ejércitos de América Latina donde han surgido

movimientos guerrilleros, como es el caso de Guatemala, Venezuela y la República Dominicana. Estos manuales los hacen los yanquis recogiendo las experiencias de su guerra de agresión contra los pueblos del mundo, en especial contra el pueblo vietnamita.

— Búscate unas lombrices y vamos a pescar al río — me dice Jerónimo, muy temprano, un día de sol brillante designado por los mandos para descansar luego de los entrenamientos.

Por el camino al río le dispara a una pava y acierta. Yo, de curioso, le pregunto:

— ¿Usted ha disparado muchas armas?

— No, apenas algunas, quizá la pava estaba de malas.

— ¿Y se va a quedar aquí con nosotros o se vuelve para la ciudad?

— ¿Por qué me lo preguntas? — me responde Jerónimo.

— Porque varios compañeros de la ciudad vienen y se regresan.

— Yo me quedo con ustedes por mucho tiempo, hasta que la lucha triunfe o hasta que se me acabe la vida, ¿y tú?

— Yo también.

— ¡Ah! Muy bueno, eres un privilegiado, es una fortuna poder darle a la revolución toda la vida, pero recuerda que tienes que estudiar mucho, te voy a dar un libro muy bueno que tengo, y cuando termines de leerlo hablamos.

Luego continúa diciéndome:

— Tú, ¿por qué peleas tanto con Camilito?

— Porque él me jode mucho.

— ¿Cómo que te jode?

— Sí, me la monta y yo no me dejo.

— Pero a lo mejor tú también...

Yo me quedo pensativo; él coloca su mano en mi cabeza y me dice, con entonación de profesor:

—Un día de estos vamos a reunirnos los tres, porque esto hay que superarlo. Ustedes deben ser ejemplo para otros jovencitos que quieren luchar y no está nada bien que dos hermanos de lucha se tengan rabia entre sí, eso es contrario a nuestra condición.

—¿Cuándo nos podemos reunir? —le pregunto, interesado.

—Yo te aviso.

En la tarde regresamos al campamento con el producto de nuestra pesca: casi una arroba entre doradas, doncellas, comelones y moncholos.

Luego de la comida, llamo a Camilito y le comento lo que hablé con Jerónimo. Los dos nos comprometemos a mejorar nuestra relación.

En la charla de la noche Hernando, nuestro médico, nos habla sobre la salud y solicita a tres compañeros para un curso de enfermería.

—Yo soy uno —le digo, entusiasmado.

Enseguida levantan la mano Libardo y Juvenal, un muchacho recién incorporado. El curso de salud es teórico y práctico, y como Hernando es estricto, la enseñanza es metódica y rigurosa.

Casi terminando el mes de octubre nos llevamos tremenda sorpresa. Se aparece en nuestro campamento Camilo Torres Restrepo. Su contextura robusta, su elevada estatura, sus ojos claros y su piel blanca contrastan con el físico de los compañeros que lo acompañan. Lo reconozco de inmediato, pero la mayoría de los compañeros no se imaginan de quién se trata. Uno de sus acompañantes es Gilberto Barragán, un vecino de mi casa que se había ido para San Vicente a buscar mejor vida.

Por sus mañas me sorprende que ahora esté entre nosotros, pero prefiero callar, por aquello de que la gente puede cambiar.

La llegada de Camilo me despierta una verdadera curiosidad. A cada momento me pregunto, sin encontrar respuesta: ¿Un cura guerrillero? ¿Un cura armado? ¿Un cura combatiente? Yo sabía que los curas son para dar misa, hacer confesiones, bautismos y decir sermones. ¿Qué clase de sacerdote es este? Se mete a la guerra a hacer lo mismo que nosotros, no se pone sotana, dice palabrotas y vive como cualquier guerrillero.

CAPÍTULO XII

— Este jijueputa mundo ta' patarriba — me dice Silverio cuando se entera que Camilo está con nosotros —; este cura se ve arrecho, no se queda quieto, no rechaza nada y vive pendiente de todo, ayer me preguntó si yo sabía leer y escribir y me dijo que me tocaba estudiar.

Silverio, al igual que casi todos nosotros, no entiende mucho del asunto. Quizá por eso el Estado Mayor hace una charla muy amplia para quitarnos los interrogantes.

En el campamento, todos reunidos sumamos cuarenta compañeros; otros quince están repartidos entre los que andan con Alberto por los lados de San Vicente y los que están con el compañero Lazo, a quien muy poco conocemos.

— Compañeros, desde esta noche contamos con la presencia del compañero Argemiro — nos dice Carlos, mientras señala a Camilo —; la lucha que libra nuestro pueblo y que nos tiene aquí ha ido juntando a todos los revolucionarios, a pesar de provenir de diferentes sectores de clase y diversos rincones de nuestra patria. Por esa razón hoy nos acompaña Argemiro, quien siendo sacerdote ha hecho causa común con los más pobres de Colom-

bia. El compañero ha desarrollado tareas muy importantes en la ciudad organizando a la gente pero, como sabemos, para esta oligarquía eso es un delito. Para los poderosos, el compañero ha cometido el delito de señalar el verdadero camino por el que las masas deben transitar, por eso el enemigo tiene planes para asesinarlo. Ahora Argemiro está aquí entre nosotros para sumar fuerzas a esta revolución.

Carlos termina de hablar y continúa Andrés:

—La revolución no tiene puertas ni talanqueras, es un camino abierto a todos los luchadores de este pueblo sediento de justicia, de soberanía y de cambios, por eso el compañero Argemiro está entre nosotros, como seguramente lo tendrán que hacer quienes se vean obligados por el enemigo a empuñar las armas ante la imposibilidad de luchar por las vías legales y amplias. Bienvenido compañero Argemiro a nuestro modesto campamento, desde ya cuenta con nuestro apoyo.

De inmediato Jerónimo se pone de pie y, con acento pausado, dice:

—La respuesta a las preguntas que se hace el país sobre el paradero del Padre Camilo Torres la tiene el ELN, porque el compañero está entre nosotros; quizá hoy muy pocos sean conscientes de la trascendencia de este acontecimiento, por eso nuestra más sabia actitud es explicarle al pueblo por qué está aquí su más grande dirigente. En todo caso, compañero Argemiro, cuenta siempre con nuestro modesto apoyo para continuar su camino revolucionario.

Hernando pide permiso a Carlos, quien está al frente de este recibimiento, para hacer su intervención:

—Me unen a Camilo lazos de fraternidad revolucionaria muy profundos, pienso que su decisión ha sido no solo la más consecuente, sino la más madura. Me constan los peligros que

lo acechaban siendo la cabeza del Frente Unido, ahora deberá encontrar la manera más eficaz de continuar su conducción. Bienvenido compañero, aquí esta nuestra trinchera.

Argemiro le hace una mueca a Carlos, quien le responde con otra indicándole que le ha llegado su turno de hablar:

— Compañeros, me encuentro muy feliz de estar entre ustedes. Pienso que juntos, y muy cerca de nuestro pueblo, vamos a alcanzar los grandes logros que todos queremos. Les traigo saludos cariñosos de todos los compañeros que están trabajando por la revolución en las ciudades, gracias a ellos he llegado hasta ustedes. Les pido mucha comprensión y ayuda para que soporten mis novatadas, de manera sincera les digo que quiero ser un buen guerrillero, tengan la certeza que no los defraudaré. Tengo la seguridad de que nos va a ir bien porque además de asistirnos la razón hemos acumulado valiosas experiencias, y porque junto a nuestro pueblo somos infinitamente superiores al enemigo.

Empezamos noviembre estrenando el campamento Las Tapias. Es una parcela de la familia Calderón, uno de nuestros mejores apoyos en la vereda. Días después llega un señor muy gordo, se trata de un dirigente del Partido Comunista Marxista-Leninista. Luego de tres días de compartir con nosotros y de hablar intensamente con Carlos, vuelve a salir para la ciudad sin haber reconocido la identidad de Argemiro; Carlos está sorprendido, pues el hombre era compañero de lucha de Argemiro en la ciudad.

Con relación a este incidente, Argemiro expresa:

— Quizá estas barbas me hayan cambiado, tampoco él pensará que yo estoy por aquí.

Argemiro se prepara para disparar las armas cortas que tenemos: una pistola calibre 45, tres revólveres 38 largos y

unas cuantas pistolas calibre 22. Carlos le imparte instrucción sobre las posiciones: de pie, de rodillas, de tendido y disparo instintivo.

—Darle al blanco no es tan fácil como parece —le dice Argemiro a Carlos, después de varios disparos.

—No te preocupes, es solo cuestión de práctica, ya lo lograrás —responde Carlos, animándolo.

Antes de diciembre, el ejército inicia patrullajes por el área donde estamos ubicados y obliga nuestro desplazamiento. Nos trasladamos entonces para Rancho Marrano, una pequeña parcela de un campesino de apellido Sandoval. De seis y media a ocho de la mañana Argemiro y Jerónimo inician con todos nosotros clases de matemáticas, geografía, español y alfabetización para los que no saben leer. Argemiro es obsesivo con su capacitación militar: ya ha aprendido a manejar todas las armas cortas y largas, ha leído rápidamente el manual de táctica —el mismo que nosotros gastamos meses estudiando y entrenando— y pide continuamente explicaciones a los compañeros que encuentra a mano.

Un día Argemiro se me acerca y, sin rodeos, me expresa lo siguiente:

—Sé que te han designado para que me des un entrenamiento. Me han dicho que eres buen instructor, te pido que me tengas paciencia porque a pesar de que tengo mucha voluntad, me cuesta un poco aprender.

Efectivamente, luego de unos minutos, me llama Carlos y me ordena darle entrenamiento durante dos semanas. Durante ese periodo fui explicándole los diversos tipos de marchas guerrilleras, medidas de seguridad en campamento y desplazamientos, mimetismo personal y enmascaramiento de posiciones de combate, trincheras naturales y artificiales, observación

diurna y nocturna, y los tres tipos de emboscadas básicas: de aniquilamiento, de contención y hostigamiento.

Usualmente la parte teórica la hacemos en treinta minutos y la práctica en una hora y media. Argemiro asimila rápidamente los conocimientos. Un día le comento que avanza muy bien en el aprendizaje, y para mi sorpresa me responde:

—No me des contentillo, exígeme más — me hace un gesto con picardía — que para eso eres mi maestro — termina diciéndome.

A partir de aquel momento sentí que empezamos a ser más amigos.

Un día, pensando en la religión y en mis vacilantes creencias, me atrevo a preguntarle a Argemiro si creía en Dios y si él consideraba que el alma era inmortal.

Me mira por un instante y de manera pensativa me responde:

— Esos temas son complicados de explicar y requieren de un tiempo que ahora no tenemos. Pero te puedo decir que, si por ejemplo yo no coincidiera contigo en las creencias o en los conceptos religiosos, no sería un problema inmediato; pero en cambio hay cuestiones como las que me estás enseñando que no se pueden aplazar. Lo que te quiero decir es que lo más importante es que esta lucha nos ha unido a todos sin importar que pueda haber diferencias en asuntos más particulares. Estoy seguro que a esta lucha se unirán otros sacerdotes y seguramente muchas más gentes que ven esta vía como la única posibilidad de lograr sus realizaciones.

Luego me pregunta:

— Dime, ¿a cuál compañero le tienes más confianza?

— A casi a todos, pero al que más quería era a Parmenio.

Le cuento que el ejército lo mató en Simacota y que durante un buen tiempo me sentí solo, porque él era mi confidente y porque en mi incorporación había influido mucho. Argemiro, atento y comprensivo a mi relato, me dice:

— Eso es terrible — argumenta a manera de consuelo —, pero la vida es así, la caída de cada compañero debe ser una fuerza que nos comprometa mucho más en esta lucha. A ellos los llevamos entre nosotros mismos, hay que hacerles un homenaje, la guerra es algo terrible que se justifica en la medida de su justeza y de lo inevitable de ella; el hombre nació para vivir en paz, y ese es el fin de la guerra.

Al finalizar el tiempo asignado para el corto entrenamiento, Argemiro me dice:

— Ahora soy mejor guerrillero, puedo decir que he aprendido la A del abecedario, y ahora quiero contigo aprender la B y las demás letras.

Coloca amistosamente su mano grande en mi pequeño hombro, y juntos vamos a informarle a Carlos que la tarea encomendada estaba cumplida.

— Misión cumplida, compañero Carlos — le digo, desde la posición de firmes.

— Muy bien compañero, puede retirarse — me responde.

Mientras me retiro miro de sesgo a Argemiro; él me guiña un ojo en agradecimiento, sonreímos, y sigo con marcialidad hacia la cocina.

Carlos continúa muy mal de su úlcera, su salud empeora diariamente. Con frecuencia hace deposiciones de sangre y vomita. A raíz de esta situación Hernando, el médico, me explica la situación y me dice:

— Te voy a encomendar una tarea muy importante: de ahora en adelante la comida para Carlos será tu responsabilidad, su

salud necesita urgentes cuidados. Te encargas de que no coma salado, evitar las grasas y condimentos, de sobremesa debe tomar leche o jugos de frutas, pero si no hay entonces le das agua de panela hervida. Además, media hora antes de cada comida, le das tres pastillas de droxacol; si siente ganas de vomitar, después de cada comida le suministras quince gotas de seiscopin.

Luego de las recomendaciones de Hernando voy a ver a Jerónimo, quien me entrega dos latas de leche en polvo, dos ollas pequeñas y un sartén de aluminio.

Llega diciembre y comienza también el verano. Los vientos estremecen las ramas largas y fuertes de las palmas que, entre la selva, se diferencian del resto de los árboles. La hojarasca seca cruje con nuestras pisadas como si reclamara por el atropello en sus últimos días antes de convertirse en fértil abono. Jerónimo manda conseguir un cerdo grande y tres gallinas. Abelardo, en cacería, mata un tinajo; con esa carne, más otros comestibles y aliños, el mismo Jerónimo organiza la preparación de una buena cantidad de tamales. Los compañeros de la red de San Vicente nos han enviado vino y galletas para celebrar nuestra navidad guerrillera.

En un descanso de la tarde el compañero Argemiro nos reúne a todos y nos dice:

—Compañeros, ustedes han escuchado las noticias y se podrán dar cuenta de que mucha gente se pregunta por mi paradero. Hace más de dos meses que desaparecí de la vida política para incorporarme a la guerrilla. Con los compañeros del Estado Mayor hemos evaluado que es el momento de hacer público que estoy en el seno del Ejército de Liberación Nacional. En estos dos meses entre ustedes he vivido los días más interesantes de mi vida, he reafirmado mi compromiso con la

defensa de los intereses de los más pobres, con su ayuda estoy aprendiendo a ser un guerrillero y a ser mejor revolucionario. Es necesario que le comuniquemos a los que tienen ideales, a los que palpitan con los acontecimientos, a todos los pobres de Colombia, que estoy aquí con ustedes, porque los verdaderos revolucionarios no tenemos otro camino que el de empuñar las armas para continuar la lucha. Les propongo que hagamos un documento entre todos, yo tomaré las notas con sus ideas y al final volveremos a mirarlas.

En la noche, ese es el tema de todos. Las ideas de cada uno se hacen palabras que Argemiro va escribiendo en su libreta a la luz de una vela; al final, comenta:

—Con estas ideas yo redacté el texto y mañana lo miramos entre todos, ¿cómo les parece?

El lunes 20 de diciembre Argemiro nos reúne a la hora de estudio y nos dice:

—Quiero que esta proclama sea muy sencilla y pueda llegar a toda la gente que espera nuestro mensaje revolucionario. Vamos a leer el documento párrafo por párrafo y lo comentamos, es importante que cualquier asunto que no se comprenda lo señalemos, esto es un borrador para que le hagamos aportes.

Argemiro va leyendo párrafo por párrafo hasta el final. Todos escuchamos con atención sus palabras; luego de un par de anotaciones el texto queda aprobado. Para rematar la obra colectiva, con su aguda voz hace la lectura final:

PROCLAMA A LOS COLOMBIANOS

Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía.

En aquellos momentos en los que la desesperación del pueblo ha llegado al extremo, la clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguarlo con nuevas fórmulas que siempre paran en lo mismo: el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para la casta privilegiada.

Cuando el pueblo pedía un jefe y lo encontró en Jorge Eliécer Gaitán, la oligarquía lo mató. Cuando el pueblo pedía paz, la oligarquía sembró el país de violencia. Cuando el pueblo ya no resistía más violencia y organizó las guerrillas para tomarse el poder, la oligarquía inventó el golpe militar para que las guerrillas, engañadas, se entregaran. Cuando el pueblo pedía democracia, se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponía la dictadura de la oligarquía.

Ahora el pueblo ya no creerá nunca más. El pueblo no cree en las elecciones. El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar su vida tengan educación, techo, comida, vestido y sobre todo dignidad. Para que los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano.

Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes, con su ejemplo y con su presencia, den la voz de combate.

Yo quiero decirle al pueblo colombiano que este es el momento. Que no lo he traicionado. Que he recorrido las plazas de los pueblos y ciudades clamando por la unidad y la organización de la clase popular para la toma del poder. Que he pedido que nos entreguemos por estos objetivos hasta la muerte.

Ya está todo preparado. La oligarquía quiere organizar otra comedia en las elecciones con candidatos que renuncian y vuelven a aceptar; con comités bipartidistas; con movimientos de renovación a base de ideas y de personas que no solo son viejas, sino que han traicionado al pueblo. ¿Qué más esperamos, colombianos?

Yo me he incorporado a la lucha armada. Desde las montañas colombianas pienso seguir la lucha con las armas en la mano hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido. Encontré el deseo y la realización de una unidad por la base, de base campesina, sin diferencias religiosas ni de partidos tradicionales. Sin ningún ánimo de combatir a los elementos revolucionarios de cualquier sector, movimiento o partido. Sin caudillismos. Que busca liberar al pueblo de la explotación de las oligarquías y del imperialismo. Que no depondrá las armas mientras el poder no esté totalmente en manos del pueblo. Que en sus objetivos acepta la plataforma del Frente Unido.

Todos los colombianos patriotas debemos ponernos en pie de guerra. Poco a poco irán surgiendo jefes guerrilleros experimentados en todos los rincones del país. Mientras tanto, debemos estar alerta. Debemos recoger armas y municiones. Buscar entrenamiento guerrillero. Conversar con los más íntimos. Reunir ropa, drogas y provisiones, y prepararnos para una lucha prolongada.

Hagamos pequeños trabajos contra el enemigo en los que la victoria sea segura. Probemos a los que se dicen revolucionarios. Descartemos a los traidores. No dejemos de actuar, pero no nos impacientemos. En una guerra prolongada todos deberán actuar en algún momento. Lo que importa es que en ese preciso momento la revolución nos encuentre listos y prevenidos. No se necesita que todos hagamos todo.

Debemos repartir el trabajo. Los militantes del Frente Unido deben estar a la vanguardia de la iniciativa y de la acción. Tengamos paciencia en la espera y confianza en la victoria final.

La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado, porque la jornada es larga.

Colombianos, no dejemos de responder al llamado del pueblo y de la revolución.

Militantes del Frente Unido, hagamos una realidad nuestras consignas:

¡Por la unidad de la clase popular hasta la muerte!

¡Por la organización de la clase popular hasta la muerte!

¡Por la toma del poder para la clase popular hasta la muerte!

Hasta la muerte porque estamos decididos a ir hasta el final. Hasta la victoria, porque un pueblo que se entrega hasta la muerte siempre logra la victoria.

Hasta la victoria final con las consignas del Ejército de Liberación Nacional:

¡NI UN PASO ATRÁS! ¡LIBERACIÓN O MUERTE!

Pienso que mis compañeros, al igual que yo, tendrán la piel de gallina. Estamos entusiasmados, las palabras que salen de la boca de Argemiro son lo que queríamos escuchar, son nuestras propias palabras, quizá las mismas que muchos colombianos quieren decir y escuchar pero que son silenciadas, pero ahora, por la figura que representa Camilo Torres, se podrán escuchar a los cuatro vientos. Andrés rompe el silencio que sigue a la aclamación de todos:

— Este documento producirá un impacto muy grande. Desde hace días los compañeros de la ciudad están pintando unos letreros que dicen: «¿Dónde está Camilo?».

CAPÍTULO XIII

Las patrullas de la contraguerrilla se alistan en sus cuarteles, todo indica que iniciarán operaciones. Un centenar de soldados se han ubicado a media hora a pie de la base de El Centenario por el Camino Real que va al Cerro de los Andes y empezaron a requisar comestibles. Ahora la compra de alimentos debe ser autorizada previamente por el capitán Angarita, comandante de la base militar. En los caminos los soldados ordenan a los campesinos descargar las bestias e inspeccionan cuidadosamente cada artículo, comparándolo con un duplicado de la lista comprada por los campesinos. Hace quince días el capitán Angarita había citado a todos los campesinos para realizar un censo cuyo esquema fue el siguiente:

Nombre de la finca o predio para donde se lleva la comida y artículos que la gente necesita:

Lugar de su ubicación:

Nombre del dueño (a) de la compra realizada:

Nombre de los hijos y su edad:

Nombre de las personas que trabajan en la finca:

Para cuántas personas está destinada y para cuántos días:

Cuántas reses hay en la finca o predio:

Cuántas bestias:

Cuántos cerdos y su peso:

Cuántas gallinas:

Qué tipo de comestibles produce la finca o predio:

Este sistema estadístico tiene como propósito no permitir que los campesinos transporten más comida de la que consumen, para evitar que llegue a la guerrilla. El control de los soldados en los retenes es permanente para que nadie lleve más de lo establecido según una lista firmada previamente por la autoridad militar. Las personas encontradas actuando fuera de dichas imposiciones serán conducidas de inmediato por los soldados a la base militar acusadas de auxiliadoras de la guerrilla, detenidas y juzgadas como tales.

También por la carretera que va de Barrancabermeja a Río Fuego el ejército ha emplazado otros cien soldados, en el sitio donde confluyen los caminos que conducen a la región donde estamos y tienen el mismo sistema de control.

Se han intensificado los vuelos de los helicópteros sobre nuestra área y el enemigo ha hecho circular muchas versiones falsas sobre su presencia en nuestra zona interna, con el propósito de desgastarnos.

Por esta situación estamos en máxima alerta. Abandonamos el campamento de Rancho Marrano, cruzamos el Cerro de los Andes y nos situamos cerca de Río Fuego. Prevemos que se librarán combates con la tropa que está en el área.

Recibimos órdenes de extremar las medidas de seguridad, debemos mantenernos en secreto para garantizar la sorpresa. Son días en que la población no debe vernos, hay que evitarlo a toda costa. Eso significa no dejar huellas, cocinar de noche, hablar en susurro, no lavar la ropa con jabón y no prender luces en el campamento.

— Estas órdenes son para cumplirlas al pie de la letra — nos advierte, en tono enérgico, Carlos, que está pendiente de cualquier movimiento.

Mientras escucho sus palabras llegan a mi cabeza los recuerdos más difíciles de mi experiencia en Simacota. Recuerdo los consejos de Parmenio en caso de llegar a perderme; la noticia que escuché en la radio después de la toma, esa que decía que el cura de allá no permitió que los soldados patearan el cadáver de Parmenio y lo enterró en el cementerio contra la voluntad de los militares; seguramente ese cura también quiere a los que luchan, así como el Padre Camilo Torres. Sí, como este Camilo que ahora está aquí con una pistola *Colt* escuchando las palabras de nuestro jefe.

Regresa una de las comisiones de exploración que dos días atrás había salido del campamento; trae el informe que una patrulla de veinte soldados se está desplazando del puesto militar de la Ye y se acerca con rumbo a nuestro campamento. De inmediato nos emboscamos en el camino por donde es más probable su llegada. Al cabo de dos horas un enlace llega a informar que la patrulla ha retornado a su base. Con la tranquilidad que sentimos en el contorno, decidimos levantar la emboscada.

Los primeros días de enero transcurren en un campamento que llamamos Rancho Polígono. Ahí probamos las armas largas y unas municiones viejas que nos habían enviado los obreros petroleros de Barrancabermeja. Algunos también recibimos un cursillo de explosivos.

A Camilo no le va muy bien en el polígono. En mis reflexiones trato de favorecerlo, ya que al imaginarlo celebrando misas, es lógico que no le vaya bien; pero pese a todo, no le va tan mal.

Después de unos días de merecido descanso, hemos recibido la orden de alistarnos para salir a combatir. El ánimo se exterioriza, sentimos una brisa invisible que nos acaricia la piel, y los músculos parecen crecidos, que hasta la ropa algo nos quedá

estrecha. El ambiente es reconfortante, aunque algunos han asociado estos días de descanso con el miedo al combate y hasta se han atrevido a murmurar que Andrés estaba influyendo en eso.

Al momento de iniciar nuestro movimiento, en un escondite fabricado con palmas y plásticos en lo más espeso de la selva, guardamos la sobrecarga que tenemos y lentamente nos vamos aproximando a un paraje conocido como El Triángulo, con el propósito de combatir con el ejército.

A cada paso pienso que mis compañeros, al igual que yo, vamos repasando todo lo aprendido sobre las emboscadas de despunte, y que ha llegado la hora de ponerlo en práctica. Mi sudor se desliza presuroso con el mismo afán de nuestra lucha, o como ese impulso que nos empuja a buscar nuestras futuras armas cuando las vemos en manos enemigas.

Luego de dos días estamos muy cerca de un grupo de diez soldados al mando de un cabo, que vigila un camino por donde consideran podríamos aproximarnos a la base militar. Para nuestra desgracia la patrulla está en la casa de un campesino al que no conocemos y allí también están su esposa y dos niños pequeños. Esa tarde, ya sobre el lugar, observamos que la guardia de la tropa es demasiado baja.

—Desde aquí los podríamos hacer añicos, pero no podemos poner en riesgo la vida de la gente y con mucha más razón si son niños —nos dice Carlos, tratando de hacernos comprender que en una guerra no todo es válido, que hay normas que debemos respetar, y que además nos mueven sentimientos humanistas.

Al día siguiente, a unos dos kilómetros de la casa, tendemos tres pequeñas emboscadas, pero como los soldados no salen decidimos retirarnos.

Por la constante información que tenemos sobre los movimientos de las patrullas en la zona concluimos que el enemigo

está cerca del cerro y es probable que baje en forma de rastrillo. Por esta razón el Estado Mayor decide que nos retiremos silenciosamente de ese costado y pasemos para el lado del río Sucio.

Dadas las circunstancias, un choque con el enemigo puede ser desventajoso para nosotros; así la marcha se haga lenta, debemos hacerlo con sumo cuidado. Wilson va al frente de la vanguardia junto a cinco compañeros más. El grueso lo encabeza Carlos, lo sigo yo, luego sigue el Padre Camilo y a continuación Pelé, en total sumamos veintiocho. Comentan que el enemigo se enteró que Pelé era combatiente del ELN luego del intento de ajusticiar a Florencio Amaya, el desertor que le había servido al ejército como sapo. El verdadero nombre de Pelé es Pedro Vargas, zapatero de San Vicente y muy conocido de mi familia.

Mientras caminamos mi tensión es grande; me preocupa la torpeza del Padre para caminar, los bejucos lo enredan demasiado y en las pendientes resbalosas la dificultad se le hace mayor.

En los lugares más difíciles lo espero para ayudarlo, pero él me dice:

—Tranquilo, Norberto, que voy bien.

En los descansos el Padre Camilo se recuesta sobre su morral y, cuando se puede fumar, prende su pipa. Carlos frecuentemente le explica cómo ubicarse en el terreno teniendo en cuenta la posición del sol, la dirección de las aguas y las cordilleras; el Padre le presta mucha atención a todos estos detalles.

Tan pronto cruzamos el cerro, me comisionan junto con tres compañeros más para buscar un lugar donde acampar.

—La bulla no debe escucharse desde ninguna trocha ni cordillera importante, tengan en cuenta que no podemos quedar en un hueco. Busquen un lugar como para enfrentar allí una situación de seguridad —nos orienta Carlos al momento de salir.

Luego de dos horas regresamos a informar sobre el buen lugar para campamento que hemos encontrado. En la tarde empezamos a acomodarnos allí. Este será solo campamento provisional, desde allí continuaremos al lugar propicio donde buscaremos el combate.

Los sitios para colgar las hamacas se organizan sin dañar la vegetación y el fogón se hace junto a las raíces de un árbol grueso y frondoso para que el humo salga disperso por entre las ramas. Aunque estamos relativamente seguros, no podemos exagerarnos con la bulla.

Tres campesinos visitan nuestro campamento muy seguido, trayendo información actualizada sobre los movimientos de la tropa en el área. Relacionando datos de los movimientos de soldados y de las posiciones ocupadas, concluimos que a nuestro alrededor hay tres patrullas de sesenta soldados comandadas cada una por un teniente y cuatro cabos. La más próxima está localizada a una hora del lugar donde estamos.

Camilo se interesa por conocer los acontecimientos de La Violencia; a cada momento escudriña nuestros recuerdos, porque sabe que somos los hijos de una noche que aún no quiere amanecer.

—¿Tú recuerdas aquellos tiempos de La Violencia? —me dice, colocando sus ojos en una dimensión oblicua que me hace sentir en un ambiente tan próximo y a la vez protegido por su gran tamaño y humanidad.

—Lo que recuerdo es lo que me han contado, porque cuando me conocí ya eso había pasado.

—Y... ¿Qué te contaron?

—Mi mamá me decía que yo nací en el Puente Murcia el primero de diciembre de 1950. Ese día ella iba para San Vicente, pero no pudo pasar porque se estaban dando plomo los libera-

les con los godos y su chulavita de lado a lado del puente. Mi mamá me contó que todo empezó porque un cura godo que hubo en San Vicente, para una Semana Santa, metió a la vereda de La Colorada una virgen de Chiquinquirá llena de fusiles. Una semana después, con esos mismos fusiles, los godos mataron a los liberales de esas regiones. Los liberales, que habían entrado en guerra por el asesinato de Gaitán, resolvieron pelear por sus tierras, confrontando a los godos que querían adueñarse de las mejores tierras productoras del cacao de todo San Vicente.

—Y tu papá, ¿qué te ha contado de esa Violencia?

—Él, cuando se tomaba sus cervezas, era el que más me hablaba de todo lo que le tocó vivir. Un día en la casa me contó una historia muy triste. «Esto era una tierra grande de tres socios: Arturo Meneses, Rodolfo Flores y yo», me dijo el viejo, extendiendo uno de sus brazos mostrándome el horizonte, en una mañana que apenas estrenaba el sol. «Pero nosotros habíamos cometido el delito de ser opositores políticos de los gobiernos de turno y además éramos miembros del Partido Comunista. Por eso nos persiguieron y yo no tuve otra alternativa que abandonar esta tierra en el año 1951. Los godos le metieron candela hasta más no poder, y cuando la vieron como un cenicero descansaron». Mi padre recordaba y con emoción me decía: «Cuando eso, usted y sus siete hermanos vivieron refugiados en una casa de San Vicente. Finalmente, en el 55 volvimos para acá y encontramos esto convertido en una sola rastrojera. Entonces la guerra ya había pasado».

—Cuando triunfe la revolución tengo que conocer tu casa, a tu papá y a tu familia —me dice Camilo, en este febrero que apenas comienza.

Aunque nadie lo dice, todos sabemos que el día del combate está próximo y sentimos muchas ganas de que ese momento lle-

gue. Carlos ordena dejar los equipos tan solo con lo indispensable. Tres compañeros buscan un escondite seguro para guardar los sobrantes, y nos alistamos de inmediato para caminar por entre la selva; no debemos dejarnos ver por la población ni dejar huellas. Tres días de caminata nos conducen a un campamento cerca del río Sucio.

—¿En qué lugar nos encontramos? —le pregunto en confianza a Delio.

Duda un poco para responder, pero me dice:

—Estamos a dos horas de donde el güevón del Policarpo se mió sobre los tizones cuando llegamos a esta zona. De aquí nos estamos lejos de un lugar llamado Patio Cemento.

Cerca de donde estamos pasa el camino que conduce a la base militar de El Centenario. Allí permanecemos unos días en espera de información sobre el enemigo que patrulla la zona y que ahora es nuestro objetivo militar inmediato.

Tan pronto llegamos al campamento, Carlos se reúne con los otros compañeros del Estado Mayor. Luego nos llaman a quienes estuvimos en la comisión para preguntarnos si podíamos llevar al personal a un sitio que habíamos explorado. Al escuchar nuestra respuesta afirmativa nos ordenan retirarnos.

Ya es 8 de febrero. Antes de amanecer salgo con Wilson del campamento rumbo a Patio Cemento llevando a doce compañeros. A las diez de la mañana llegamos, nos situamos muy próximos al lugar explorado el día anterior, a unos doscientos metros del camino hacia arriba; es una cordillera pequeña que se levanta apenas sobresaliendo del resto de terreno. A unos cincuenta metros más arriba de donde estamos, bordeando la cordillera, corre un cañito que cae al río Sucio. Al mediodía llega otro grupo de quince compañeros donde vienen Carlos y

Andrés. A las tres de la tarde llegan los demás, somos en total veintinueve.

Lo único que tenemos con nosotros es el armamento, municiones y un pedazo de plástico para dormir sobre él. Por fortuna estamos en verano y no llueve.

A las seis de la tarde nos reunimos todos a escuchar las instrucciones de Carlos:

—Aquí no se puede fumar, hablaremos lo estrictamente necesario y mañana a las seis de la mañana nos emboscaremos sobre el camino.

Todo es lacónico, sin muchas palabras. En la noche nos masacran sin piedad las palomillas. Las horas transcurren cansadas, interminables. Solo se escucha el golpe de las manos estrellándose sobre los cuerpos, tratando de espantar las palomillas, que luego de quemarnos con su afilado aguijón vuelan con renovada energía en busca de otras sangres más apetitosas.

—Contra estas malparidas no se puede hacer otra cosa que esperar a que amanezca —dice Wilson, sin importarle demasiado quien lo escuche a esa hora.

—Claro que hay remedio para ellas —le contesta Jerónimo, con humor—; la cosa es sencilla, agarras una arenilla y se la metes en la jeta a cada una de las que te piquen, y ya verás que esa se ahorca, y cuando sus compañeras la vean ahorcada se asustarán y se irán muertas de miedo.

—Me río por el colmillo derecho —le responde el Padre Camilo—, más bien las agarras de un brazo y les cortas el pipí a los machos y así no podrán reproducirse.

—Diana... diana... —dice alguien repetidas veces, anunciando que debemos ponernos de pie porque las luces del amanecer se nos vienen encima.

A medida que la luz se cierne por entre las ramas de los árboles y las siluetas de compañeros se revelan en figuras conocidas, me invade de repente ese miedo propio de los segundos antes del combate. Buscando protección aprieto el revólver 38 del finado Pedro David que ahora cuelga de mi cinto.

Tomamos un café caliente preparado por Libardo y mi hermano Pedro, quienes están en el rancho desde las tres de la mañana, tiempo suficiente para que el humo y el olor a café se diluyan a la hora en que la claridad se apoderara de nuestro improvisado campamento.

Con un cuaderno en la mano, como un maestro de escuela, Jerónimo lee el nombre de cada uno de nosotros y la ubicación que nos corresponde en la emboscada:

—Otoniel, Camilito y Rogelio por el camino que conduce de aquí a El Centenario, a unos doscientos metros de distancia de donde queda la cabeza de la emboscada; los demás compañeros, en el siguiente orden: Ramiro, Carlos, Argemiro, Jorge, Pelé, Ismael, Isidro, Pablo, Germán, Juvenal, Julio, Saúl, Mario, Mateo, Norberto, Wilson, Hernán, Hernando —el médico—, Joaquín, Libardo, Plutarco y Andrés; en el grupo de contención quedan: Juanito, Delio, Abel y Silberio.

Cuando Jerónimo termina de leer la lista, Andrés, frotándose las manos y mirando por encima de nuestras cabezas, nos dice:

—En la emboscada la distancia promedio entre compañeros es de cinco metros, lo cual indica que ocuparemos un espacio de ciento diez metros fuera del grupo de contención y de los compañeros que van para la parte opuesta a la emboscada. Por la información que tenemos todo parece indicar que la tropa viene caminando con una distancia entre cada hombre de quince o veinte metros, y lo hacen en fila india por el camino; por eso calculamos que en la emboscada pueden caer entre cinco y siete

soldados. Así las cosas, cada tres o cuatro compañeros le disparan a un soldado y de cada cuatro compañeros uno baja al camino a recuperar el armamento de los enemigos aniquilados. Si las condiciones lo permiten, los encargados de la recuperación deben traerse, además de las armas, las gorras y las botas.

Cuando Andrés termina de dar las últimas instrucciones se reparte el desayuno: una lata pequeña de salchichas para dos personas, medio pan mediano y un octavo de panela.

A las siete de la mañana ocupamos nuestras posiciones en la emboscada. Cada uno de los compañeros se coloca como mejor conviene: tendido boca abajo, rodilla en tierra o sentado.

—No coloquen delante de ustedes las ramas al contrario, ni se cubran demasiado porque no ven el camino —nos va diciendo Carlos, mientras revisa cada una de nuestras posiciones de combate.

Cuando termina de revisar al grupo de contención regresa con un bejuco en la mano y a cada compañero le da la respectiva instrucción:

—Te amarras este bejuco con un bozal en tu mano derecha, de tal manera que cuando el enemigo se aproxime, los compañeros de la contención jalen el bejuco para avisar. Si se jala una vez es el ejército y si se jala dos veces seguidas es un campesino. ¿Queda claro? —le repite Carlos a cada compañero.

Pienso que debe tenerse cuidado con el bejuco, pues al estar atado a la muñeca derecha, puede enredarse si uno reacciona con torpeza al momento de recibir la señal de aviso. Además de estas medidas de alerta, nadie debe dormir, ni fumar, ni hablar sin necesidad. Todas las orientaciones deben transmitirse en susurro.

—El que espera, desespera —me susurra Wilson, a las tres de la tarde—; esos perros ya no pasan hoy y lo que más siento

es el palomillero de esta noche otra vez. Estoy que me como un zapato viejo y creo que la comida va a ser otras dos salchichas, esas que no le calman el hambre ni a un grillo.

De repente la mano de Wilson se estremece y yo de un brinco caigo en posición de combate.

—La plaga — me dice, y veo palidecer su rostro como el de un muerto.

Yo siento un frío enorme y en la confusión jalo fuerte el bejuco para alertar a Mateo, pero cuando lo hago me doy cuenta que el bejuco ya se movía más adelante. De inmediato me quito el bozal que tengo en la muñeca, apunto mi revólver 38 como está planeado y veo a todo mundo listo para disparar. El silencio es absoluto, mi respiración es agitada y siento mis manos heladas. En mi mente hay un vacío completo. Distante a mi derecha veo que alguien viene hacia nosotros, y me digo, a ese güevón lo va a escuchar la tropa y nos van a descubrir por la imprudencia.

De pronto siento otro ruido a mi izquierda y reconozco a Carlos que se agacha para decirle algo a Jerónimo. Me inquieta tanto esta situación, pues el combate es inminente y el jefe está fuera de su posición; para mí todo se ha complicado.

Cuando Andrés llega a mi posición lo comprendo todo: se trata de una falsa alarma para probar nuestra reacción y mirar cómo funcionaría el bejuco como sistema de alerta.

A las seis de la tarde levantamos la emboscada. El día 9 ha transcurrido sin novedad.

—A que no me adivina quién le mandó saludos — me dice Plutarco con su sonrisa de siempre.

—¿Quién? — le pregunto impaciente.

—Don Luis Fernando Parada.

—Y ¿qué más dijo?

—Que su papá está mal, que los militares lo están jodiendo mucho preguntándole por ustedes dos. Que a su hermano Álvaro y a su hermana Beatriz hace poco los soltaron, pero siguen con presentaciones. Que su papá está bastante enfermo del corazón y que tiene ganas de vender la finca y comprar una casa en San Vicente a ver si el ejército deja de joderlo.

—¿Cuándo se vino el viejo Luis Fernando de por allá?

—Hace quince días.

—¿A él no lo está jodiendo el ejército?

—Claro que lo están molestando, pues no le querían dejar pasar el ganado para la finca de La Loma, porque dizque era ganado para la guerrilla, apenas hace cinco días se lo dejaron pasar. Se comenta que ese capitán Angarita, el comandante de la base militar de El Centenario, es muy mierda con la gente, y que a Luis Fernando le dejaron pasar el ganado porque buscó cinco firmas de personas conocidas que lo respaldaron.

—Allá es donde yo estoy vigilando el camino que viene del Cerro y el de La Pitala —me dice con voz más baja, hablándome al oído—, yo estoy a unos cien metros de la casa en un rastrojito y si el ejército llega me tiro al camino, pero cuando ya compruebe que arrancan de la casa para acá. Como me vengo corriendo, les saco por lo menos media hora de ventaja y alcanzamos a alistarnos para el combate.

Las palabras de Plutarco se van alejando en medio del ardor en la cara por las picaduras de las palomillas. Me despierto poco después de la medianoche cuando me llaman para la guardia.

Los días 10, 11 y 12 de febrero transcurren sin novedad. Las palomillas continúan tratándonos sin clemencia y hay varios compañeros, entre ellos Argemiro, que están muy hinchados por las picaduras de los insectos. Para nuestro infortunio los anti-*alérgicos* han desaparecido de la mochila de Hernando. El deses-

pero por la acción de los animalitos es tal, que el Estado Mayor ha autorizado fumar luego que se levanta la emboscada.

La comida es muy escasa, el desayuno es la acostumbrada lata de salchichas para dos personas y un pan pequeño, el almuerzo harina de maíz tostado con panela raspada y la comida una pequeña porción de arroz con un cuarto de plátano cocido y un pocillo de agua de panela.

El cansancio se refleja en el rostro de todos y el olor a sudor y mugre acumulado en la ropa y el cuerpo solo es tolerable entre nosotros.

A las siete de la noche Jerónimo, Argemiro y Juanito, entre palmadas para matar palomillas, el humo de los cigarrillos y el de la pipa de Argemiro, estudian idiomas. Argemiro hace las veces de profesor y les enseña francés a los demás.

Alguien me murmura que si mañana no pasa el ejército levantaremos la emboscada, principalmente por tres razones: falta de comida, motivos de salud y agotamiento generalizado.

El día 13 por la mañana, cuando apenas se aclara, Carlos y Jerónimo recorren cada una de las posiciones. Luego de revisar si hay asuntos de seguridad por corregir, nos reiteran que estemos muy pendientes. Nos repiten que el enemigo puede llegar en cualquier momento, que no nos descuidemos.

El día transcurre tenso, lento y caluroso. Al fin oscurece sin que el enemigo aparezca, por lo que otra vez nos retiramos al lugar de descanso.

A las ocho de la noche llegan tres compañeros que estaban haciendo la comida en una casa cercana. Con agrado descubrimos que es gallina y, aunque algunos quieren más, el sancocho es suficiente para restablecer nuestras fuerzas.

— Este es el mejor sancocho que me he comido en la vida — me dice Camilito, frotándose la barriga.

— Sí, esto estaba muy bueno. Además, después de estar comiendo salchichas tantos días y tan poquito, todo sabe a bueno — le digo.

— ¿Usted siente miedo porque viene el combate? — me interroga Camilito.

— Un poquito — le respondo, arrugando la cara con desdén.

— Voy a entregarle a usted una nota que escribí, para que luego del combate se la entregue al compañero Carlos.

Camilito saca de uno de sus bolsillos media hoja de papel doblada y me la entrega. Mientras recibo la nota siento caer sobre mí su mirada interrogadora, pero su semblante es tranquilo, como si en su interior habitara esa seguridad propia de los guerreros que los hace superiores a todos nosotros. Recibo la nota y me voy a dormir.

Por un momento las palometas han disminuido; quizá hemos matado a muchas, o de pronto nuestro desagradable olor las está ahuyentando. El Padre Camilo pasa cerca de donde me encuentro y me dice:

— ¿Te sientes bien?

— Sí, compañero — le respondo.

— ¿Te sientes bien en medio de los mayores?

— Al comienzo me dio duro pero ya me he ido acostumbrando.

— Yo conozco San Vicente — me dice, buscando establecer conversación conmigo —; sus gentes son buenas, laboriosas y luchadoras. He hablado con Carlos de tu familia y quiero que me hables de ellos, de tu papá, de tu mamá y tus hermanos.

— Nosotros somos dieciocho hermanos y veinte con mi papá y mi mamá. Mi hermano Pedro y yo estamos en la guerrilla

y dos hermanos estaban presos porque el ejército los encontró en la casa de Alberto; eso fue el año pasado, estos días me comentaron que ya están en libertad.

— ¿Por qué los detuvieron?

— Porque estaban en una casa que no era la suya, y allí cerca estábamos nosotros, entonces el ejército dijo que eran colaboradores por ser hermanos míos.

— Que injusticia, ¿y ellos son mayores?

— Mi hermano Álvaro tiene quince años y mi hermana Beatriz tiene dieciséis.

— ¿Y ahora dónde están?

— Yo no sé, parece que deben seguir presentándose a las autoridades.

— Caramba, todo esto es demasiado injusto, pero es el precio de la lucha. Norberto, cuéntame de tu papá.

— Mi papá nació en Charalá, Santander, el 29 de junio de 1903. No conoció a sus padres. No pudo estudiar, pues desde muy temprana edad tuvo que trabajar para mantenerse. Él nos contó que, cuando tenía once años, consiguió empleo en la alcaldía de Charalá llevando cartas a los municipios vecinos; ese oficio se lo asignaban a los niños porque corrían más rápido y les pagaban más poquito. Cuando cumplió los quince se voló para San Vicente porque lo acusaban de haber embarazado a una muchacha y lo iban a llevar preso. Entonces se radicó en San Vicente, allí se dedicó a la herrería, trabajó en el taller del señor Rodolfo Flores, un dirigente popular que organizó a los artesanos de ahí. En 1927, junto a otros activistas del movimiento, entró a coordinar actividades revolucionarias con los dirigentes de los trabajadores ferrocarrileros y bananeros, todo esto en el área que se extendía a lo largo del río Magdalena. En sus relatos, papá nos contaba que cuando se dio la Masacre de las Bananeras, la

gente de San Vicente se levantó y hubo desórdenes en contra del gobierno. En las calles se quemaron muñecos que representaban al coronel Cortés Vargas, al imperio gringo y al gobierno colombiano. Entre 1928 y 1930 era muy fuerte el movimiento popular en Barrancabermeja, Puerto Wilches, San Vicente y otras partes del país. De modo que los artesanos de San Vicente, agrupados y conducidos por El Partido Socialista Revolucionario, se lanzaron a la insurrección liderados por Rodolfo Flores, Eliodoro Ochoa, Rafael Galvis, Francisco Galvis, Guillermo Rivera, Carlos Humberto Durán y Pedro Rodríguez, mi papá. Este movimiento fue sumando fuerzas con los dirigentes de Barrancabermeja y Puerto Wilches. Lo grave fue que, a última hora, los dirigentes nacionales del movimiento cambiaron el día del alzamiento popular y se formó tremenda confusión, el comité nacional ordenaba postergarlo mientras que la seccional Bucaramanga ordenaba mantener la fecha inicial. Bajo esta directriz actuaron los dirigentes de San Vicente, Barrancabermeja, Puerto Wilches, La Gómez, La Dorada —Caldas— y El Líbano en el Tolima. Debido a la desorganización reinante a nivel nacional, el movimiento obrero terminó siendo aplastado por la represión que, al parecer, contaba con información sobre la insurrección y estaba al acecho. Hubo numerosos muertos y casi todos los dirigentes del movimiento en San Vicente fueron detenidos, incluido mi padre. Mi viejo fue a parar a la cárcel de Bucaramanga donde estuvo seis meses. Una vez libre fue perseguido y, como su situación económica era lamentable, debió irse al campo y volverse campesino. Para ello se asoció con otros dos dirigentes perseguidos para comprar tierras en favorables condiciones económicas. Poco duraría esta sociedad, pues los socios decidieron vender la tierra. Mi padre quedó con una pequeña parcela a la que bautizó El Progreso. Allí nacimos casi todos sus hijos. Poco a poco fue levantando su fami-

lia al lado de una mujer muy joven proveniente de un hogar campesino. Mi madre nació en El Guineo, una vereda de San Vicente, y junto a ella mi padre formó el hogar donde nacieron dieciocho hijos. Por entonces mi mamá era menor de edad, tenía catorce años y eso le trajo problemas a mi papá con la justicia. En 1947, cuando vuelven a complicarse las cosas, mi papá era un ferviente gaitanista y ya había roto su militancia con el Partido Comunista. La muerte de Gaitán lo sorprendió en San Vicente y allí se unió a la revuelta popular. Nuevamente fue detenido y encarcelado. Cuando el viejo salió de la cárcel, volvió a la finca y se percató que la situación se había puesto muy difícil. La casa estaba al borde de un camino real, por ahí pasaban permanentemente los guerrilleros liberales, el ejército y la policía chulavita. Como casi todos conocían la historia de mi papá, mi casa se convirtió en sitio de llegada de buenos y malos. No sé cómo hizo el viejo para que no lo matara la chulavita ni el ejército, lo cierto es que en mi casa se apoyaban las guerrillas de Rafael Rangel, Chiquitín y los hermanos Luque. Cuando ya estaba más grandecito recuerdo que en mi casa se contaban muchas anécdotas de ese tiempo, pasajes y cuentos de La Violencia. Todo esto lo tengo muy bien grabado, toda mi familia sufrió demasiado en esos años, por fortuna todos salimos vivos.

El Padre Camilo escucha mi relato sin perder detalle; quizá relaciona esta historia con otras tantas que habrá estudiado o conocido. Luego de un instante de reflexión me dice:

—Norberto, te agradezco mucho lo que me has contado. Ya está tarde y el cansancio nos hace daño. Mañana seguramente viene el ejército, es mejor descansar.

Con un gesto que lo caracterizaba, Camilo coloca sus manos en mis hombros y con una mirada cariñosa me dice:

—Hasta mañana, que descansas.

El calendario marca 14 de febrero. Es un día de mucha tensión, pues tenemos conocimiento de que el ejército está en la finca La Loma de Luis Fernando Parada, a menos de una hora de la emboscada. El bejuco atado a nuestra mano derecha se quita y se pone por el cruce constante de campesinos que pasan en ambos sentidos. Todos apostamos que hoy la tropa enemiga caerá en la emboscada. Pero llega el atardecer y todo continúa sin novedades.

Luego de la comida nos juntamos para escuchar a Andrés, quien nos dice:

—Compañeros, es verdad que llevamos buen tiempo esperando, pero no nos podemos desesperar, las cosas van bien y el objetivo está a punto de concretarse. Mañana necesitamos estar con toda la disposición, hagamos lo posible por descansar muy bien esta noche.

Luego de leída la guardia nos retiramos a descansar. Aunque estoy un poco cansado, no esquivo la pregunta que me hace el Padre Camilo:

—¿Tienes sueño, quieres que sigamos?

—Sí, sí, vamos —le respondo con entusiasmo, pues Camilo se interesa por mi historia y a mí me gusta contarle.

—Cuéntame un poco de San Vicente.

—Lo que me enseñaron en la escuela fue que al pueblo lo fundó un señor de nombre Sacramento Cristancho, creo que en 1879. Cuenta la historia que cuando llegaron los españoles estaba habitado por las tribus Chucurías, Yarigués y Pipatones, que pelearon hasta morir para no someterse a los invasores. Ahora en el pueblo vive un montón de gente, en esas tierras se cultiva cacao, café, caña, y algunos tienen algo de ganado. El terreno es arrugado. La parte más alta es la Cordillera de los Cobardes y tiene dos cerros que se llaman Cerro de los Andes y Cerro del

Tambor. Esa región está regada por varios ríos grandes como El Cascajales, Oponcito, río Sucio y río Chucurí.

Luego de la breve revisión de historia y geografía llega Delio a anunciarme que es mi turno de guardia.

—Mañana seguimos — me dice Camilo, y nos despedimos.

Hoy es martes 15 de febrero. El sol me pega en la cara, sus rayos forman una línea recta con relación al río desde mi posición de combate.

—Escúcheme, si usted ve al soldado muerto, me hace la seña poniéndose el dedo sobre el cuello; si lo ve vivo, le da plomo — me dice Mateo, con mucha seguridad —, yo haré lo mismo y cuando escuchemos la voz de recuperación de armas usted avanza, yo lo cubro por la derecha y Wilson por la izquierda.

Mateo tiene un ceño enérgico cuando me habla y, aunque el mando de la tríada es Wilson, yo lo respeto, pues si bien se ha incorporado recientemente terminó de prestar el Servicio Militar hace apenas dos años:

Estamos todos en posición de combate. La espera transcurre tensa y silenciosa. Como siempre, los silencios anuncian una ruptura inesperada.

A eso de las ocho y media de la mañana alguien jala del bejuco; rápido me lo quito de la mano y apunto con mi revólver, pero Wilson me susurra que es un campesino.

Todo indica que estamos a punto de entrar en combate. Wilson, con esa expresión entre jefe y papá, me dice:

—Los casquitos querrán llegar a su cuartel a descansar y nosotros también nos lo merecemos, ojalá que sea antes que los gallinazos nos ronden cerca por el olor.

Son las nueve de la mañana y el bejuco vuelve a moverse en señal de alerta. Mi corazón brinca y suena como cuando le

dan golpes a una pared. Por fin ha llegado la hora que todos queremos. El ruido de botas se va haciendo más nítido sobre el camino y veo cuando se asoma el primer soldado; muy cerca de él, quizá a cinco metros, van el segundo, el tercero y el cuarto. Mi revólver apunta con firmeza al quinto. De pronto los estremecedores disparos de las armas anulan el ruido del río Sucio. Rápido recargo mi revólver que tiene solo dos balas; por el sonido, mis disparos parecen de juguete ante el de los fusiles .30 de repetición con que nos disparan los soldados.

— ¡Viva el Ejército de Liberación Nacional! — grita una voz.

— ¡Viva la revolución! — grita Hernando, en medio del tiroteo.

— ¡Entréguense soldaditos, que les respetaremos la vida! — les grita Wilson.

Su grito lo oculta una ráfaga de ametralladora que dispara la tropa enemiga que no entró en la emboscada. Han transcurrido unos precipitados cinco minutos cuando Wilson me da la orden de bajar al camino a recuperar armas. Los tiros se han silenciado al frente nuestro y quienes tenemos la misión de bajar al camino a recuperar lo hacemos. Mateo y yo avanzamos sobre codos y rodillas. A menos de tres metros del camino veo a un soldado, tirado boca abajo; Mateo lo remata de un disparo y con la cabeza me hace la seña para que yo vaya y le quite el arma. Rápidamente avanzo y recupero el fusil, cartucheras, las botas y la gorra, de acuerdo a las instrucciones para estos casos. A unos cuarenta metros adelante, en la dirección de la cabeza de la emboscada, se oyen gritos y tiros esporádicos.

En ese momento, con aire triunfalista, Mateo grita:

— ¡Ya recuperamos un fusil!

Acto seguido Mateo tercia su fusil 7 milímetros de dotación; con el recuperado en porte sale caminando por el camino y me ordena que lo siga.

Hemos caminado tan solo veinte metros cuando suenan dos disparos. Mateo cae al suelo dando un grito y pidiendo auxilio.

El fusil recuperado que llevaba en porte cae al suelo y él se sale del camino con dirección a su posición de combate. Instintivamente y de inmediato me arrastro en dirección al fusil, lo jalo por la cargadera y rápido voy a alcanzar a Mateo.

— Me mataron estos hijueputas — me dice, llorando.

La sangre le cae a borbotones de su codo izquierdo y de su costado derecho. Los tiros arrecian desde nuestra área de repliegue.

— No haga bulla hermano que las cosas se complican, vamos a alcanzar a los compañeros — le digo, con preocupación.

Caminamos agachados unos treinta metros hacia la cabeza de la emboscada. Otros compañeros nos hacen señas para que nos devolvamos: son Juvenal, el médico Hernando y Hernán.

— Estamos rodeados — nos dice Hernando, con angustia.

Nos colocamos en disposición de combate luego de ubicarnos a unos veinte metros del camino. Los disparos disminuyen por nuestra vía alterna de repliegue y de inmediato le ordeno a Juvenal tomar la vanguardia. Lo sigo, luego vienen Hernando, Mateo y por último Hernán.

El ejército ha hecho una maniobra envolvente y nos ataca desde arriba. La situación es difícil; sin embargo, es preferible buscar el choque para evitar ser presionados contra el río.

Seguimos caminando y a unos treinta metros un mando enemigo ordena a la tropa concentrarse en el camino delante de nosotros. De inmediato aprovechamos esta circunstancia para cambiar de ubicación.

Cuando pasamos por el sitio abandonado por ellos encontramos el cadáver de Delio, que había sido arrastrado por los soldados. Aún tiene sobre su espalda su pequeño morral; la cabeza se la destrozó un disparo y su pecho fue atravesado por otro.

Seguimos caminando con dirección a la vereda Filo de Oro, en sentido contrario por donde se han replegado el grueso de los compañeros.

Como la herida trae a Mateo fatigado y adolorido, nos vemos obligados a parar la marcha. El pecho de Mateo ha sido perforado por el mismo proyectil que le destrozó el brazo. Hernando, en un rápido procedimiento, introduce la aguja de la jeringa en su pecho buscando el pulmón, logra extraerle una buena cantidad de agua-sangre y alivia significativamente su dolor. Concluye su trabajo colocando el brazo lesionado en un cabestrillo para facilitar el desplazamiento del herido.

Mientras nos alejamos, los helicópteros sobrevuelan a muy baja altura el sitio de la emboscada. A las tres de la tarde paramos en una casa cercana para buscar algo de alimentos y hacerle una mejor curación al herido.

Después de una noche difícil, desde el amanecer marchamos hasta el mediodía. En una casa de confianza conseguimos un poco de comida, nos informan sobre el enemigo y nos dan indicios para encontrarnos con los demás compañeros. A las siete de la noche, escuchando las noticias, nos enteramos que en Patio Cemento han sido muertos seis compañeros, entre ellos Camilo Torres Restrepo.

— La revolución colombiana ha sufrido su golpe más fuerte con la muerte de Camilo — nos dice Hernando, llorando y con mucha amargura.

Estas contundentes palabras solo pueden ser acompañadas por nuestro silencio. No volvemos a hablar más del asunto hasta que nos reencontramos todos el 27 de febrero en el campamento.

Los compañeros nos imaginaban muertos, por eso hay entusiasmo con nuestra llegada; pero aun así predomina la tristeza por los acontecimientos vividos.

Me enteró que ayer ha finalizado en el campamento la evaluación de la operación realizada, y se concluyó que el golpe recibido es demasiado fuerte. Camilo era para el pueblo un símbolo de lucha, de redención, de firmeza y dignidad. Los recién llegados escuchamos con atención a Jerónimo que nos dice:

—El pueblo colombiano ha perdido a su mejor dirigente y nuestra organización ha recibido un golpe en la cabeza. Hernando, que conoce a fondo el Frente Unido y el papel de Camilo en él, comprenderá mejor la magnitud de la pérdida; el ELN tendrá que hablar de su historia antes y después de la muerte de Camilo.

Al escuchar estas palabras Hernando vuelve a llorar, como lo había hecho el 16 de febrero al enterarse de la muerte de Camilo por las noticias.

—El enemigo ha decretado nuestra muerte política, nuestra desaparición como expresión revolucionaria —continúa diciendo Jerónimo—, los enemigos de Camilo dentro de la Iglesia tal vez se alegren con su muerte, y nuestros enemigos dentro de la izquierda nos culparán por ella. Camilo y los que cayeron junto a él son un claro ejemplo de lucha y compromiso. No faltará quien en estos duros momentos se sienta desmoralizado por su muerte. ¿Cómo puede desmoralizar a sus seguidores la caída en combate de su dirigente? ¿No es acaso el más grande ejemplo de entrega a su pueblo la acción de Camilo? Vamos a levantarnos de este golpe, vamos a seguir el camino de Camilo, digámosle con firmeza al pueblo que somos los continuadores de su lucha.

Jerónimo coloca su mano en el hombro de Hernando y concluye diciéndole:

—Casi siempre aprendemos más de los golpes que de las victorias, hoy no tenemos otra alternativa.

—Pueden contar conmigo — responde Hernando, profundamente conmovido.

Poco a poco voy teniendo conocimiento de cómo sucedieron los hechos. Ese día en la tarde, hablando con Carlos, me comenta:

—Cuesta creer que un solo soldado nos haya hecho tanto daño, ese hijo de puta mató a Camilo, a Camilito, a Ramiro y a Joaquín. Cuando iniciamos el combate la subametralladora *Madsen* se me trabó y quedó inservible. Para colmo de males cuando intenté saltar buscando protección, perdí la pistola y quedé desarmado; el soldado aprovechó y se protegió de inmediato manteniéndose inmóvil y sin disparar.

Carlos aún tiene muy frescos los acontecimientos, por eso las palabras le salen casi amontonadas, como tratando de contármelo todo de una vez.

—Mientras recuperaba un fusil Camilo fue herido por el soldado agazapado. Él se quejó y cuando Ramiro fue a auxiliarlo, el tipo le dio también a él; luego bajó Camilito y también le dio. Yo no me di cuenta a qué horas mató a Joaquín, los compañeros me dicen que él venía por el camino sin percatarse de lo que pasaba y cuando le gritaron que se tendiera el soldado le disparó. En ese momento empezó a llegar la gente y a amontonarse junto al camino. Cuando intentábamos organizar un grupo para rodear al soldado y dispararle desde el río, nos emplazaron una ametralladora a unos cien metros por detrás y desde arriba; sin remedio nos tocó replegarnos dejando a Camilo y al resto de los compañeros. El río lo cruzamos combatiendo y los últimos lo

cruzaron por más abajo de lo acordado, porque al final el paso estaba prácticamente tomado por el ejército.

Carlos no oculta su amargura en el relato. Me muestra su sombrero con un tiro en la copa que le rozó el cabello.

—Dos centímetros más abajo y allá estuviera —me dice, y me enseña su mano derecha con una cortada a sedal producida por una bala que le rozó el dedo meñique.

—Camilito murió como un héroe —continúa diciendo Carlos—, cuando escuchó la voz de recuperación vino y me dijo si me ayudaba a cargar los proveedores, entonces le dije que estaba con la metra trabada y se me había perdido la pistola. Le dije que Ramiro estaba auxiliando a Camilo que estaba herido, y de inmediato se fue para allá... Murió tu amigo y ahora no tienes con quién ir a las pescas...

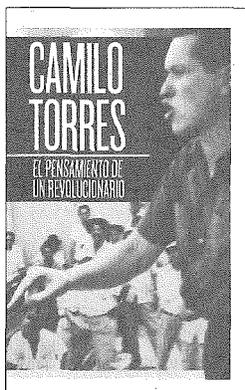
En ese instante me acuerdo del papelito que Camilito me había dado antes de la emboscada, aún lo tenía en el bolsillo del pantalón. De inmediato se lo entrego a Carlos y le digo:

—Camilito me dijo que era para usted, me lo entregó antes de la emboscada.

En silencio Carlos toma el papel, y lo lee para que yo lo escuche:

*Llegó el primer combate,
pasó el segundo y derecho,
y cuando llegó el tercero
una bala dio en mi pecho.*

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR

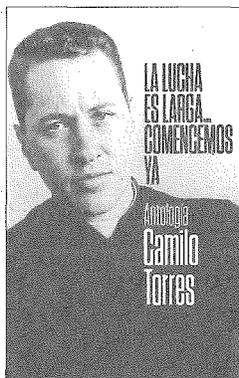


CAMILO TORRES

El pensamiento de un revolucionario

El presente volumen, que reúne algunos de los textos más emblemáticos y lúcidos del sacerdote colombiano, tiene como propósito acercar sus ideas a los lectores actuales, ideas que permanecen vigentes y resultan inspiradoras para todos aquellos, cristianos o no, que creen en la necesidad de esa revolución que el propio Camilo predicara.

144 páginas, 2015, ISBN 978-1-925019-85-8



LA LUCHA ES LARGA... COMENCEMOS YA

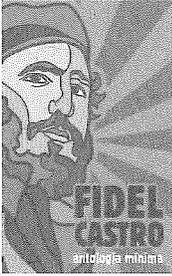
Antología

Camilo Torres

La evolución de su pensamiento se evidencia en las reflexiones que se radicalizan con el paso de los años. Los textos del sacerdote y líder colombiano Camilo Torres describen el contexto social apremiante que lo llevan a fomentar la unión entre las diferentes fuerzas revolucionarias de la nación, e incluso, a tomar las armas en favor de la Revolución.

360 páginas + 8 páginas de fotos, 2016, ISBN 978-1-925317-10-7

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



FIDEL CASTRO **Antología mínima** Fidel Castro

Esta antología, que incluye las reflexiones y discursos más representativos de Fidel Castro, sin dudas constituye una referencia de incalculable valor en el contexto de transformaciones políticas y sociales que vive América Latina. La voz del líder cubano ha trascendido las fronteras nacionales para encarnar las ideas más radicales de la lucha revolucionaria mundial.

350 páginas + 26 páginas de fotos, 2011, ISBN 978-1-921438-98-1



LOS DESAFÍOS DE LA INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Abel Enrique González Santamaría

Los procesos de integración en América Latina y el Caribe se fueron desarrollando durante varias centurias de intenso batallar. En este libro, Abel Enrique González Santamaría ofrece una visión integral de los desafíos de la integración latinoamericana y caribeña, desde su origen y evolución hasta el año 2015.

304 páginas, 2015, ISBN 978-1-925019-99-5



CHE GUEVARA PRESENTE **Una antología mínima**

Ernesto Che Guevara

Compilación y prólogo de David Deutschmann y Ma. del Carmen Ariet

Reúne escritos, ensayos, discursos y epistolario que revelan aristas sobresalientes del pensamiento teórico y práctico del Che acerca de la lucha revolucionaria, sus conceptos de cómo construir el socialismo en sociedades subdesarrolladas, su rol en la política exterior cubana y su solidaridad e internacionalismo.

453 páginas, 2004, ISBN 978-1-876175-93-1



CHE Y FIDEL

Introducción Aleida March

Prólogo Graziella Pogolotti

Un libro de fotos que invita a conocer el origen de la amistad entre dos hombres excepcionales que marcharon juntos por los senderos de la historia y que se nos presentan, en estas páginas, como símbolos de firmeza revolucionaria y como ejemplo para todos los que luchan por un mundo de justicia y dignidad plenas.

96 páginas, 2014, ISBN 978-1-925019-03-2



ocean sur

una casa editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman parte de colecciones como Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista y El Octubre Rojo, que promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

«La crónica que aparece en estos relatos impresiona por su espontaneidad y por dar acceso a una cotidianidad genuinamente campesina, donde se encarnan los valores de la solidaridad, de la resistencia a la opresión y de la búsqueda de utopías sociales y políticas. (...) Impresiona descubrir allí los orígenes de una vertiente de la insurgencia nacional, historiografiada de otras mil maneras por el discurso oficial y dominante para ser ubicada en los imaginarios del horror. Antes de que sea muy tarde, debemos rescatar al máximo la memoria vivencial de la guerra, la única que puede construir un sentir ético que roture caminos de paz hacia el futuro».

JAVIER GIRALDO, SACERDOTE JESUITA

«Nicolás Rodríguez Bautista y Antonio García recogen voces, historias y personajes que van dejando estelas de luces, y también de dolorosas pérdidas. Ese grito de ¡Papá, son los muchachos! que da título al libro define el alma, el ánimo de esos muchachos, adolescentes, casi niños. Lo más extraordinario de esta escritura limpia, transparente, natural como el agua que corre en los arroyos de pueblos detenidos en el tiempo, es que nos hace comprender, con una desafectada intensidad literaria, las razones de una lucha inevitable para los sufridos, desheredados, condenados al olvido».

STELLA CALLONI, PERIODISTA



ISBN 978-1-925317-1-83-1
www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au



LA FOGATA
EDITORIAL

www.lafogataeditorial.com